



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE HISTORIA

ALGO MÁS QUE UN VESTIDO:

LA CHINA POBLANA EN EL SIGLO XIX (1830-1860)

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

LICENCIADA EN HISTORIA

PRESENTA:

ANABEL OLIVARES CHÁVEZ

ASESORA: ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO



MÉXICO, D. F.

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A la memoria de mi madre:
Leovigilda Chávez Rangel*

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer la confianza y apoyo a la doctora Ana Rosa Suárez Argüello, pues sin su dedicación y consejos no habría sido posible el desarrollo del presente trabajo. Gracias por su paciencia y por adentrarse conmigo en el mundo de la china poblana. De igual forma expreso mi gratitud a los sinodales: Atzín Julieta Pérez Monroy, María Esther Pérez Salas, César Navarro Gallegos y Mariana Ozuna Castañeda, su lectura acuciosa y comentarios precisos enriquecieron la investigación.

En segundo lugar, le doy las gracias a mi familia por animarme, disculpar las ausencias y hacerme sentir su cariño.

En tercer lugar, expreso mi reconocimiento a mis amigos y compañeros. Sus comentarios ayudaron a esclarecer algunas ideas y a descubrir nuevos caminos.

Finalmente, agradezco infinitamente a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por brindarme el espacio para aprender y la oportunidad de conocer a personas invaluable (profesores, investigadores, alumnos y trabajadores). Las bibliotecas de la UNAM permitieron el desarrollo de este estudio. de forma especial la Biblioteca y Hemeroteca Nacional, la cual está bajo el resguardo de nuestra Máxima Casa de Estudios.

Noviembre 2007.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
--------------	---

Primera Parte

EL VESTIDO EN MÉXICO

Época precolombina	16
Época colonial	25

LOS MEXICANOS Y SU ROPA A TRAVÉS DE LOS VIAJEROS EN EL SIGLO XIX

Blancos	44
Mestizos	55
Indios	68

Segunda Parte

LA CHINA POBLANA EN EL SIGLO XIX

La mujer ideal	78
El nombre	89
La china poblana	102

LA REPRESENTACIÓN PLÁSTICA DE LA CHINA POBLANA

Los extranjeros	134
Tres casos nacionales	147

CONCLUSIONES	157
ANEXOS	168
FUENTES CONSULTADAS	196

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo surgió a raíz de la lectura de diferentes viajeros que visitaron México durante el siglo XIX tales como: Henry Georges Ward (inglés), Madame Calderón de la Barca (inglesa) y Carl Christian Sartorius (alemán). Cada uno de ellos describe, en forma más o menos detallada, entre otras cosas, el tipo de indumentaria que usaba la población del país. Así aparecen criollos, mestizos e indios con vestidos importados, coloridos o casi desnudos.

Debido a lo anterior habíamos pensado realizar un estudio sobre la indumentaria mexicana del siglo XIX, pero, conforme avanzamos en la investigación, un personaje cobraba vida: la china poblana. Las menciones de ella eran muy significativas, pues los extranjeros denominaron a ese traje como “nacional”, es decir: propio del país. Recordamos de inmediato que, aún hoy en día, en ciertos lugares del mundo se asocia a México con una pareja: el charro y la china poblana.¹ Así apareció una interrogante que nos llevaría a delimitar el

¹ Cabe aclarar que esta pareja se consolidó en el siglo XX, cuando el Estado

tema: ¿cuál fue el papel de los viajeros en la difusión y consolidación del traje de china poblana como una de las representaciones de la mujer mexicana?

Debemos decir que fue la Marquesa Calderón de la Barca quien proporcionó mayores elementos para establecer el proyecto a realizar. En el libro *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país* encontramos una de las descripciones más completa de los aderezos de las poblanas. Además, la autora narra un episodio que la consternó sobre manera y que no lograba entender. Ella quiso lucir el vestido de china en un baile de fantasía, pero tres ministros del gabinete de Anastasio Bustamante acudieron a su casa para “convencerla” de que no lo hiciera, pues era un atavío de *femmes de*

posrevolucionario intentaba consolidarse, unificar al país y lograr la paz social. Así se retomó a dos figuras que desde la centuria anterior habían llamado la atención de propios y extraños: la china poblana y el charro, derivado del hacendado o rancharo, dos iconos de regiones distintas del país: norte y sur. Vid. Ricardo Pérez Montfort, *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*. 2ª ed. México: CIESAS-CIDHEM, 2003, 237 pp., Cristina Palomar, “El papel de la charrería como fenómeno cultural en la construcción del Occidente de México”, en *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 76, abril de 2004. Versión en línea: <http://www.cedla.uva.nl/60_publications/PDF_files_publications/76RevistaEuropea/76Palomar.pdf> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 11:13 horas, SIGÜENZA OROZCO, Salvador, “Del mariachi y la china poblana como identidad nacional en el siglo XX a lo diverso y heterogéneo en el siglo XXI”, en *Desacatos*, primavera-verano, número 009. Versión en línea: <<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/139/13900913.pdf>> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 11:39 horas y CRESPO OVIEDO, Luis Felipe, “Políticas culturales: viejas tareas, nuevos paradigmas”, versión en línea: <<http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/derycul/cont/9/ens/ens3.pdf>> Última fecha de consulta: 13/10/2007, 14:24 horas.,

rien que no usaban medias.²

Al leer la anécdota relatada por la extranjera surgieron nuevas preguntas. ¿Por qué algunos políticos mexicanos se opusieron rotundamente a que la señora Calderón ostentara ese atuendo en una fiesta? ¿Existían prejuicios hacia la china?, ¿cuáles eran? ¿Cómo se convirtió en una de las representantes de la mujer mexicana? ¿Los extranjeros jugaron un papel en la revaloración de este personaje?, ¿cómo influyeron en la sociedad mexicana? Y, ¿cuál fue la participación de los escritores nacionales?

De esa manera, pudimos decidir que la finalidad de este trabajo fuera analizar la figura de la china poblana y su entorno, es decir, su relación con los diferentes sectores de la sociedad decimonónica mexicana, así como ver la importancia que tenía el uso de un atuendo determinado en el siglo XIX, sirva como ejemplo el traje de la china.

Como nuestra fuente de información había sido la literatura extranjera de viajes, pensamos que con ésta sería suficiente; sin embargo, conforme prosiguió la investigación, advertimos que para tener una visión más completa del fenómeno que envolvió a ese traje, debíamos acudir a literatos nacionales. De esta forma, autores como

² Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en*

Guillermo Prieto, Manuel Payno, José María Rivera y el pintor José Agustín Arrieta fueron de vital importancia para el desarrollo de este trabajo. Intentaremos ver el diálogo entre unos y otros y cómo se retroalimentaron: los extranjeros idealizando las bellezas mexicanas y los nacionales tratando de dar una visión “objetiva” de su sociedad.

En los primeros acercamientos al tema, encontramos que existe una tendencia a relacionar el traje de china poblana con una princesa india que fue raptada y llevada a la ciudad de Puebla en el siglo XVII. Su fervor religioso la ayudó a sortear los problemas y convertirse en una visionaria conocida por su piedad y conversaciones con Cristo.³ No obstante, como veremos, ninguna de las fuentes del siglo XIX consultadas hace referencia a la mencionada leyenda, lo cual permite pensar que fue un relato posterior a nuestra época de estudio.

María del Carmen Vázquez Mantecón afirma que podemos establecer el período de esplendor de la china poblana entre los años

ese país. México: Porrúa, 1959, pp. 81-82.

³ Margarita de Orellana, “Para vestirse de mexicana” en *Artes de México*. Revista-libro número 66, primera edición, 2003, p. 7; Gutiérrez Tibón Schnied, “Las dos chinas: Catarina de San Juan y la atractiva mestiza” en *Artes de México* 66, p. 10; Ricardo Pérez Monfort, “La china poblana como emblema nacional” en *Artes de México* 66, 2003, p. 40 y Agustín Grajales Porras, “La China Poblana: princesa india, esclava, casada y virgen, beata y condenada” en Eva Alexandra Uchmany, *México-India. Similitudes y encuentros a través de la historia*. México: FCE, 1998, p. 107.

1840-1855.⁴ Aquí tratamos de indagar si desde la década de los treinta se observaba a las chinas deambulando por las calles. Nuestro límite final son los albores de la invasión francesa: 1860, y dos los principales escenarios geográficos: la ciudad de México y Puebla.

De esta manera nos proponemos demostrar que: 1) los viajeros extranjeros fueron los primeros en reconocer la singularidad de las chinas poblanas e influyeron en la revaloración de éstas. 2) A partir del interés de éstos los mexicanos comenzaron a cambiar su percepción del atuendo. 3) En ese proceso tuvieron una activa participación algunos miembros de la Academia de San Juan de Letrán, como Guillermo Prieto, Manuel Payno y Marcos Arróniz. 4) Payno creó un estereotipo de la china poblana. 5) La conocida leyenda de Catarina de San Juan, a quien se le adjudica la creación y difusión del vestido de la china, surgió a finales del siglo XIX. Y, por último, 6) la china poblana era una mujer (mestiza o india) trabajadora y del pueblo, no una prostituta, como algunas fuentes lo señalan.

Cabe aclarar que reconocemos la complejidad del entramado social de México durante el siglo XIX, sin embargo utilizamos la

⁴ María del Carmen Vázquez Mantecón, “La china *mexicana*, mejor conocida como china poblana” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, número 77, 2000, p. 124. Versión en línea: <http://www.analesiie.unam.mx/pdf/77_123-150.pdf> Última fecha de consulta: 13/11/06, 11:33 horas

división social que manejaron los viajeros en sus obras: blancos, mestizos e indios. Pero no se debe olvidar que la sociedad decimonónica mexicana consideraba varios elementos para sentirse parte de un grupo u otro, tales como: la étnia, la cultura (educación y/o hábitos), el poder adquisitivo (nivel económico) y color de piel (blancos vs. morenos).⁵

Para lograr nuestro propósito, hemos dividido el trabajo en cuatro capítulos. Los dos primeros intentan explicar cómo el vestir significaba algo más que cubrir el cuerpo con telas y accesorios, por lo cual nos remontamos a la época prehispánica y colonial, para después analizar el México independiente. También hablaremos de los distintos grupos sociales y de cómo se diferenciaban unos de otros a través de la indumentaria. Esto nos permitirá entender y ver con otros ojos al México de Anastasio Bustamante y Benito Juárez.

Así podremos adentrarnos en el mundo de la china poblana. El tercer capítulo hablará de la percepción que tenían de ella sus contemporáneos, de los diferentes prejuicios y del diálogo entre

⁵ José E. Iturriaga, *La estructura social y cultural de México*. Edición facsimilar. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2003, p. 25; Andrés Molina Enríquez, “Las clases sociales mexicanas durante el porfiriato”, en Miguel Othón de Mendizábal *et al.*, *Ensayos sobre las clases sociales en México*. 11ª edición. México: Editorial Nuestro Tiempo, 1982, p. 67 y Nathan L. Whetten, “El surgimiento de una clase media en México” en *Ibidem*, p. 70.

nacionales y extranjeros por impulsar a la china poblana como representante de la nueva nación, de la mujer mexicana. De igual forma, señalaremos de que manera el romanticismo penetró en la sociedad. El último apartado permitirá constatar lo que dicen las fuentes escritas ya que está dedicado a la representación plástica de la china poblana. En las conclusiones expondremos los resultados obtenidos de este trabajo.

Finalmente, en el anexo encontraremos breves biografías de los autores empleados en esta investigación, así como una relación de ellos y un poema completo de Guillermo Prieto, titulado “El túnico y el zagalejo”.

PRIMERA PARTE

Vestido. En un primer nivel de análisis, el vestido implica variedad de materiales, colores y formas. Sombreros y tocados, chales y rebozos, zapatos y guaraches, pies descalzos y hombros desnudos, ricos pantalones o sencillo calzón de manta, uniforme militar o hábito monacal, vestido de seda o falda de percal. ¿Vestirse de garras o como catrín? ¿Qué son las “modas”? ¿Preocupación superficial y frívola? ¿Inquietud burguesa de una clase acomodada? También cabe preguntar si vestirse manifiesta innovación, cambio, inventiva, tal vez capricho, excentricidad, o peligroso modernismo. O al contrario, respeto por la tradición de la comunidad a la que se pertenece. ¿Cuál sería la actitud de los hombres, considerando el atuendo que pudieran o quisieran vestir en una sociedad tan atenta a los signos externos, inclusive como manifestación visible de las diferencias más profundas y en ocasiones muy dolorosas?¹

¹ Sonia Corcuera de Mancera, “Cuando la historia se vislumbra a través del grabado” en *Recuerdos de México. Gráfica del siglo XIX*. México: INBA-SEP-BM, 1987, p. 20.

EL VESTIDO EN MÉXICO

Época precolombina

Gracias a los relatos de los conquistadores y a los diversos vestigios dejados por las culturas prehispánicas, podemos saber que, desde mucho antes de la llegada de los españoles, en el Nuevo Mundo existía una estratificación de la sociedad y que, para marcarla, se recurría, entre otros, a la ropa.

Ésta, en efecto, sirvió como aparato de representación; a través de ella, cada individuo sabía y daba a conocer su lugar. Los materiales, adornos, colores y largo de la indumentaria iban en función de la persona que la portaba.²

En la actualidad, se piensa que el uso del algodón en las prendas indígenas era normal, pero no siempre fue así. En la zona del valle de México, sólo las clases privilegiadas (*pipiltin*) empleaban esa fibra, mientras que los *macehuales* (gente del pueblo) confeccionaron

² Ruth D. Lechuga, *El traje de los indígenas de México su evolución, desde la época*

su ropa con ixtle (fibra del maguey) o con yuca.³

El algodón no era entonces la fibra propia de los *macehuales*, su empleo en la indumentaria autóctona data del siglo XVI, es decir, comenzó con la evangelización. Durante la época prehispánica, ese material fue un lujo reservado para la clase gobernante (*Tlatoanis* y sacerdotes), un símbolo de estatus. Miguel León Portilla, en su obra *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, revela cómo, en el pensamiento náhuatl, el dios Quetzalcóatl enseñó a su pueblo las diversas artes y cultivos:

Y en su tiempo, descubrió Quetzalcóatl las grandes riquezas,
las piedras preciosas, las turquesas genuinas
y el oro y la plata,
el coral y los caracoles,
las plumas de quetzal y del pájaro color turquesa,
los plumajes amarillos del pájaro zacuán,
las plumas color de llama.
Y también él descubrió
las varias clases de cacao,
las varias *clases de algodón*.⁴

Es lógico pensar que, por tener una procedencia divina, no cualquiera debía, ni podía, ataviarse con él; Quetzalcóatl se disgustaría si un *macehual* lo llevara. Los *pipiltin* eran los indicados para usarlo, al

Prehispánica hasta la actualidad. México: Panorama Editorial, 1991, pp. 8, 70 y 72.

³ Electra L. Mompradé y Tonatiuh Gutiérrez, *Historia general del arte mexicano. Indumentaria tradicional indígena*. España: Editorial Hermes, 1976, pp. 19-20. Friedrich Katz, *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*. Traducción: María Luisa Rodríguez y Elsa Buhler. México: CONACULTA, 1994, pp. 40 y 70.

⁴ Miguel León Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. Dibujos de Alberto Beltrán. México: FCE, 1961, pp. 158-159. Las cursivas son nuestras.

igual que para aprovechar el arte plumario, la otra señal de poder social. Sólo en caso de que un *macehual* hubiese realizado alguna hazaña en la guerra obtenía el privilegio de lucir plumas y prendas de algodón.⁵

Quetzalcóatl enseñó a los hombres las diferentes clases de algodón: el que se daba en árbol, denominado *quauhixcatl* por los mexicas, el *ixcatl*, que procedía de plantas, y un tercero, cuya característica principal era el color “leonado”, o sea, café amarillento (*coyohixcatl*).⁶ De las tres variedades, el *ixcatl* era el más burdo y el que podía lucir la gente del pueblo, aunque la mayoría vistió el *ixtle*.⁷

Más allá del designio divino, existe otra explicación sobre la importancia del algodón. En el valle de México no se sembraba, pues su clima no era propicio para ello, sino que su cultivo se extendió en las regiones tropicales. Los territorios de Veracruz, Guerrero, Morelos, Yucatán, la sierra de Puebla y la Huasteca fueron ideales para el desarrollo de la fibra.⁸ Por medio del comercio y, principalmente, de la recaudación de tributos, ésta llegó a la meseta central y adquirió un

⁵ Katz, *op. cit.*, p. 71.

⁶ Lechuga, *op. cit.*, p. 13.

⁷ Mompradé *et al.*, *op. cit.*, pp. 19-20.

⁸ Lechuga, *op. cit.*, p. 14.

gran valor, por no ser un artículo de fácil acceso.⁹

El conquistador Hernán Cortés escribió en su *Segunda carta de relación* sobre la venta de ese material en el mercado de Tlatelolco: “Hay a vender muchas maneras de filado de algodón, de todos colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad”.¹⁰

En el mismo texto, el ilustre español puntualiza que el emperador Moctezuma le envió, en reiteradas ocasiones, además de oro y otros artículos, prendas de algodón como obsequio:

vinieron a mi seis señores muy principales vasallos de Muteczuma [...] y me dijeron que venían de parte del dicho Muteczuma a me decir cómo él quería ser vasallo de vuestra alteza y mi amigo, y que viese yo qué quería que él diese por vuestra majestad en cada un año de tributo, *así de oro como de plata y piedras, y esclavos y ropa de algodón y otras de las que él tenía y que todo lo daría con tanto que yo no fuese a su tierra* [...]; e con ellos me envió fasta mil pesos de oro y otras tantas piezas de ropa de algodón de la que ellos visten [...].¹¹

Líneas más adelante, el futuro marqués del Valle de Oaxaca agrega:

Demás desto, me dio el dicho Muteczuma *mucha ropa de la suya*, que era tal, que considerada *ser toda de algodón* y siendo, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal, ni de tantos ni tan diversas y naturales colores ni labores; en que había ropas de hombres y de

⁹ Katz, *op. cit.*, p. 127. Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*. 2ª ed. Traducción de Carlos Villegas. México: FCE, p. 143.

¹⁰ Hernán Cortés, *Cartas de relación de la Conquista de México. Tomo I*. Madrid: Calpe, 1922, p. 99 (Los grandes viajes clásicos).

¹¹ *Ibidem*, pp. 57-58. Las cursivas son nuestras. Las *Cartas de Relación* ofrecen más referencias sobre el tema: pp. 58, 66, 73, 77, 86, 88, 95 y 96.

mujeres muy maravillosas, y había paramentos para cama que hechos de seda no se podían comprar; e había otros paños, como de tapecería, que podían servir en salas y en iglesias; había colchas y cobertores de camas, así de pluma como de algodón, de diversas colores, asimismo muy maravillosas, y muchas otras cosas [...].¹²

Los mexicas ofrecían a los españoles los objetos más preciosos que tenían a su alcance: oro, plumas y algodón, con la vana esperanza de que no llegaran a la ciudad de México y salvaguardar así su forma de vida. Todo sería parte del quinto real que Cortés envió al emperador Carlos I de España y V de Alemania el 30 de octubre de 1520.¹³

El valor del algodón era, pues, muy grande. En una de las fuentes sobre el México antiguo, el Códice Mendocino, se observan mantas de algodón como parte del pago de tributos, algunas totalmente decoradas, y otras al natural. Friedrich Katz afirma que en ese código se puede contar un total de 123 400 piezas de ese material.¹⁴

En los inicios de la vida colonial, los encomenderos continuarían deman-dando manufacturas de algodón, que sirvieron para el

¹² *Ibidem*, pp. 95-96. Las cursivas son nuestras.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Katz, *Ibidem*, p. 125.

comercio interior y exterior.¹⁵ Exigían a los indios cantidades excesivas para venderlas a precios exorbitantes, al menos hasta entrado el siglo XVII, cuando los indígenas pudieron usarlas de forma más libre.¹⁶

El traje de uso diario de la población en el México prehispánico era muy sencillo. A pesar de que hubo variantes o excepciones,¹⁷ se acepta que los hombres podían utilizar el *maxtlatl*, bautizado como taparrabos por los españoles: una tela atada a la cintura, de la cual bajaba una fracción hacia delante y otra hacia atrás para cubrir la entrepierna. También usaban el *tilmatl*, especie de capa cuyo largo dependía de la posición social.¹⁸

Las mujeres se ponían el *cueitl*, tela que las envolvía de la cintura para abajo, denominada “enredo” por los hispanos. *Huipilli*, prenda rectangular, y/o *quech-quemitl*, de corte triangular, son los nombres que se daban a las “blusas”, aunque algunos autores, como Ramón Valdiosera, tienen la idea de que la parte superior del torso estaba descubierta.¹⁹

En la primera Carta de Relación, encontramos un pasaje en el

¹⁵ Abelardo Carrillo y Gariel, *El traje en la Nueva España*. México: INAH, 1959, p. 31.

¹⁶ Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*. 6ª ed. Traducción de Julieta Campos. México: Siglo XXI, pp. 82, 200, 202, 345.

¹⁷ Soustelle, *op. cit.*, p. 138.

¹⁸ José R. Benítez, *El traje y el adorno en México 1500-1910*. México: s./ ed., 1946, p. 10.

¹⁹ *Ibidem*.

que Cortés retrata a la población indígena, y a pesar de referirse a los habitantes de la península de Yucatán, nos ayuda a imaginar a los demás pobladores de Mesoamérica:

y los vestidos que traen es como de almaizales muy pintados, y los hombres traen tapadas sus vergüenzas, y encima del cuerpo unas mantas muy delgadas y pintadas a manera de alquizales moriscos, y las mujeres y de la gente común traen unas mantas muy pintadas desde la cintura hasta los pies y otras que les cubren las tetas, y todo lo demás traen descubierto; y las mujeres principales andan vestidas de unas muy delgadas camisas de algodón muy grandes, labradas y hechas a manera de roquetes [...].²⁰

Hombres y mujeres, en su mayoría, caminaban con los pies desnudos; sólo los de jerarquía más alta usaron el *cactli*, es decir, unas sandalias con suelas de fibra vegetal o piel, provistas de taloneras y atadas al pie por medio de correas entrelazadas.²¹

Bernal Díaz del Castillo describió el “cacle” del emperador Moctezuma en su *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*: “Y el gran Montezuma venía muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía calzados unos como cotoras, que así se dice lo que se calzan; las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima en ellas [...]”.²² Más adelante refiere como eran los “zapatos” que se comerciaban en Tlatelolco: “[...] así estaban en esta gran plaza, y los

²⁰ Cortés, *op. cit.*, pp. 28-29.

²¹ Soustelle, *op. cit.*, p. 143.

²² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Prólogo de Carlos Pereyra. Madrid: Espasa-Calpe, 1968, p. 180.

que vendían mantas de henequén y sogas y cotoras, que son los zapatos que calzan y hacen del mismo árbol [...]”²³

En gran contraste con la sencillez del atuendo indígena, encontramos la riqueza y variedad de sus adornos. Las mujeres lucían aretes, collares y pulseras en brazos y pies. Los hombres usaban esos mismos ornamentos, además de bezotes de cristal, concha, ámbar, turquesa y oro, penachos suntuosos que cubrían sus cabezas y espaldas, y se perforaban el tabique nasal a fin de insertar en él joyas de piedra o metal.²⁴

²³ *Ibidem*, p. 191.

²⁴ Soustelle, *op. cit.*, p. 144.

Época colonial

La caída de México-Tenochtitlan (1521) significó cambios en la vida indígena, tantos y tan profundos que transformaron su identidad. La economía, las costumbres y, por supuesto, el atuendo sufrieron alteraciones. Los conquistadores y los frailes fueron los primeros en modificar las cosas y, en ese proceso, el vestido recibió una connotación moral que no había tenido hasta entonces.²⁵

Así fue. Los atavíos indígenas parecieron impúdicos a los ojos europeos por dejar el cuerpo al descubierto, por atraer la mirada, por su colorido. Para los mesoamericanos, los españoles resultaron a su vez personajes insólitos:

Van en círculo, van en son de conquista. Van alzando en torbellino el polvo de los caminos. Sus lanzas, sus astiles, que murciélagos semejan, van como resplandeciendo. Así hacen también estruendo. Sus cotas de malla, sus cascos de hierro; haciendo van estruendo.

Algunos van llevando puesto hierro, van ataviados de hierro, van relumbrando. Por esto se les vio con gran temor, van infundiendo espanto en todo: son muy espantosos, son horrendos.²⁶

Destaca el último párrafo de la cita: “Algunos van llevando

²⁵ Carrillo y Gariel, *op. cit.*, pp. 43 y 45.

²⁶ *Códice Florentino* en Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. 23ª ed. México: UNAM, 2003, p. 42.

[puesto] hierro...” No todos los conquistadores vinieron como caballeros con la armadura de metal, dura y pesada; y los que la poseían, tuvieron que desprenderse de ella en aras de tener mayor movilidad. Imaginar al ejército de Cortés con sus resplandecientes armaduras es más una imagen pictográfica que una realidad.²⁷

La ropa de los que llegaban estaba formada por una camisa, jubón²⁸ abotonado y ceñido, cuello rígido y alto, calzas,²⁹ medias, casaca, capa hasta la cintura, gorra adornada a veces con plumas y prendedores y, en ocasiones, una capucha. Los colores oscuros predominaban, y los hombres solían portar barba.³⁰

Completemos el cuadro hablando de las mujeres españolas. Ellas llegaron a mediados del siglo XVI, luciendo basquiñas (faldas largas y amplias) con verdugados³¹ y corsés; la mayoría de las veces, las prendas eran monocromáticas, prevaleciendo el negro y el café.³²

De esta manera, podemos hacer contrastes. Por el lado indígena, los colores claros y pocas prendas que permitían mayor

²⁷ Carrillo y Gariel, *op. cit.*, p. 105.

²⁸ “Prenda de medio cuerpo, de la parte superior, ceñida y ajustada, con faldillas cortas.” En Atzín Julieta Pérez Monroy, *La moda en la indumentaria: del barroco a los inicios del romanticismo en la ciudad de México (1785-1826)*. Tesis de doctorado en Historia del Arte. México: 2001, p. 429.

²⁹ “Prenda masculina que a principios de la época moderna cubría el muslo y la pierna.” *Ibidem*, p. 427.

³⁰ Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*. México: FCE, 1996, p. 580.

libertad de movimientos; por el español, oscuridad y exceso de ropa, todo el cuerpo cubierto por alguna tela dificultando el desplazamiento.

Con la evangelización, una de las tareas de los conquistadores y los misioneros fue, además de instruir en la religión católica a los naturales, enseñarles a vestirse. Un ejemplo son las órdenes dadas por la emperatriz Isabel de Portugal el 31 de mayo de 1529, en Toledo, en las que solicitaba que a los 39 jóvenes indígenas que acompañaron a Cortés a España, “se les tratase bien y se les vistiese a la española”.³³

En conventos, iglesias y misiones, las indígenas aprendieron a confeccionar la indumentaria al estilo cristiano: faldas con grandes pliegues en la orilla, calzones y camisas.³⁴ Es decir, como antes de la Conquista, ellas continuaron a cargo de la elaboración de las prendas, fabricando incluso las telas que empleaban, sólo que no sabemos si siguió vigente el ritual del cual nos habla fray Toribio de Benavente, Motolinia: “si era hembra [al séptimo día de su nacimiento] dábanle un huso y un palo de tejer, en señal [de] que había de ser hacendosa y

³¹ “aros que daban a la falda una forma de campana.” Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 431.

³² *Ibidem*, p. 70, y Weckmann, *op. cit.*, p. 581.

³³ Virginia Armella de Aspe, “El traje civil”, en Virginia Armella de Aspe *et al.*, *La historia de México a través de la indumentaria*. México: INBURSA, 1988, p. 44.

³⁴ Ramón Valdiosera, *300 años de moda mexicana*. México: EDAMEX, 1992, p. 153.

casera, buena hilandera y mejor tejedora [...]”.³⁵

Los indígenas tuvieron que cubrir sus cuerpos con calzones y camisas de manta, como consecuencia del contacto que tuvieron con los nuevos dueños de la tierra por trabajo, comercio o necesidad. También los *pipiltin*, tras un proceso de aculturación, aprendieron a portar esos trajes. Se podría suponer que lo hicieron por conveniencia; ¿acaso pensaron que si se vestían como los españoles serían aceptados por ellos? Sin embargo, no debemos olvidar que en las regiones no evangelizadas se siguió usando la ropa prehispánica.³⁶

Recordemos que una de las maneras en que Cortés se alió con los naturales fue a través de la ropa; obsequiando prendas a los caciques lograba que acudieran a su encuentro e hicieran convenios con él, los cuales le sirvieron para la conquista de Tenochtitlan:

Luego que allí llegamos [a las costas de Veracruz], los indios naturales de la tierra vinieron a saber qué carabelas eran aquellas que habían venido [...], y otro día de mañana saltó a tierra el dicho capitán con mucha parte de la gente de su armada, y halló allí dos principales de los indios, a los cuales dio ciertas preseas de vestir de su persona y les habló con los intérpretes y lenguas que llevábamos, dándoles a entender cómo él venía a estas partes por mandado de vuestras reales altezas a les hablar y decir lo que habían de hacer que a su servicio convenía, y que para esto les rogaba que luego fuesen a su pueblo y que llamasen al dicho cacique o caciques que

³⁵ Fray Toribio de Benavente (Motolinia), *Historia de los indios de la Nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España, y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado*. 7ª ed. Estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O’Gorman. México: Porrúa, 2001, p. 38.

³⁶ Lechuga, *op. cit.*, p. 100.

allí hubiesen para que le viniesen a hablar, y porque viniesen seguros, *les dio para los caciques dos camisas y dos jubones, uno de raso y otro de terciopelo, y sendas gorras de grana y sendos pares de cascabeles*; y así, se fueron con estas joyas a los dichos caciques[...].³⁷

Imaginemos la reacción de los indígenas mesoamericanos, en este caso los de Cempoala, al contemplar atavíos tan extraños de materiales desconocidos. Siendo la ropa una representación del poder, es indudable que se sintieron honrados y quisieron conocer a quien se las regalaba. Acudieron a la entrevista y Cortés los distinguió de la siguiente forma: “[...] le hizo vestir una camisa de Holanda y un sayón de terciopelo y una cinta de oro, con lo cual el dicho cacique fue muy contento y alegre, diciendo al capitán que él se quería ir a su tierra, y que lo esperásemos allí, y que otro día volvería y traería de lo que tuviese [...]”.³⁸

Es decir, desde fechas muy tempranas se reconocía a los *pipiltin* a través del vestido. La costumbre se conservó a lo largo del período colonial, pues únicamente esa parte de la población indígena tuvo el privilegio de ataviarse a la española (no sólo con camisa y pantalón de manta, sino con todos los aderezos de los peninsulares) y, además,

³⁷ Cortés, *op. cit.*, p. 22. Las cursivas son nuestras.

³⁸ *Ibidem*, pp. 22-23.

podía poseer un caballo.³⁹

Cabe señalar que, en el nuevo orden social, muchas de las prendas autóctonas perdieron su significado. El *macehual* ya no estaba obligado a usar el *ixtle* y, en la medida de sus posibilidades, acudió al algodón para vestirse. Los naturales tuvieron ahora la oportunidad de elegir los trajes y diseños de su agrado.⁴⁰

Con el establecimiento del régimen virreinal, y mientras el grueso de la población cubría su cuerpo como hemos indicado, la aristocracia (integrada por algunos blancos novohispanos) adoptaba la moda⁴¹ que prevalecía en la corte española, y se renovaba con el arribo de cada virrey. Y es que el séquito que los virreyes traían consigo exhibía ante los habitantes de los territorios americanos las últimas tendencias en el vestir. La asimilación o imitación eran inmediatas, el fin consistía en parecer más noble, más próspero y de mejor gusto. De esta manera, la lucha de los conquistadores e hidalgos por mantener su estatus se manifestó, entre otras cosas, en el vestido, lo que contribuyó a que muchos se arruinaran, ya que: “Una de las características del vestir en

³⁹ Weckmann, *op. cit.*, p. 580.

⁴⁰ Lechuga, *op. cit.*, p. 97, y Gibson, *op. cit.*, p. 345.

⁴¹ Entendemos por moda los cambios que se dan en el vestir e implican más un arte de representación del poder que un acto cotidiano (cubrirse el cuerpo con telas). Concepto discutido en el seminario impartido por la maestra Julia Santibáñez, “Vestido, moda y cultura.” Agosto-diciembre 2005.

el virreinato fue el lujo que derrochaban no sólo los ricos, sino también los hidalgos pobres que se endeudaban para ello”.⁴²

El misionero inglés Thomas Gage, quien visitó la Nueva España en 1625, observó que: “Los hombres y las mujeres gastan extraordinariamente en vestir, y sus ropas son por lo común de seda, no sirviéndose de paño, ni de camelote⁴³ ni de telas semejantes”.⁴⁴ Podemos ver así que la lucha por mantener una apariencia exitosa se prolongó más allá del inicio de la vida colonial; es más, a lo largo de toda ella ese afán de fastuosidad se conservó .

Durante dos siglos (desde el siglo XVI hasta la primera mitad del siglo XVIII), las variaciones de la ropa se dieron en los detalles. Así, por ejemplo, la gorguera⁴⁵ adquirió grandes dimensiones en el siglo XVII,⁴⁶ las calzas cortas y bombachas utilizadas en el reinado de Carlos V se alargaron en el de Felipe II y el verdugado creció convirtiéndose en guardainfante.⁴⁷

Con el arribo de los Borbones (siglo XVIII), se sucedieron

⁴² Julio Jiménez Rueda, *Historia de la cultura en México. El virreinato*. 3ª ed. México: Editorial Cultura, 1960, p. 284.

⁴³ “Tejido fuerte e impermeable de lana” en Lydia Lavín y Gisela Balassa, *Museo del traje mexicano. Volumen III. El siglo del barroco novohispano*. México: Clío, 2002, p. 234.

⁴⁴ Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*. Introducción y edición de Elisa Ramírez Castañeda. México: SEP-FCE, 1982, p. 180.

⁴⁵ “Adorno del cuello hecho de lienzo con tul, encaje, etc., que va plegado o fruncido.” Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 429.

cambios importantes en la vida de la corte española. La influencia francesa se dejó sentir con mucha fuerza, y el vestido no fue la excepción. El marqués de Croix (1766-1777) la introdujo en la Nueva España. La ropa adquirió entonces colorido y voluptuosidad. Los hombres portaron pelucas empolvadas, tricornios,⁴⁸ chupas,⁴⁹ casacas, corbatas, medias y zapatos de tacón con hebilla de metal. Las damas lucían chiqueadores,⁵⁰ fichú,⁵¹ panier (parecido al verdugado), polonesa⁵² o caracó.⁵³

Es preciso hablar de otra parte de la población, de los diferentes a los blancos y los indios: las castas y los negros.⁵⁴ La movilidad geográfica y su contactos con otros sectores de la población de estos grupos, les permitió tomar elementos de varios lugares para desarrollar su propia vestimenta. Por ejemplo, la influencia africana los

⁴⁶ Carrillo y Gariel, *op. cit.*, p. 113.

⁴⁷ Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 87.

⁴⁸ “Sombrero de tres picos.” *Ibidem*, p. 431.

⁴⁹ Vestidura ajustada que cubría el tronco del cuerpo. Se usaba sobre la camisa y debajo de la casaca. Es el antecesor del chaleco. *Ibidem*, p. 428.

⁵⁰ “Círculos de terciopelo, carey o papel, aproximadamente de una pulgada de diámetro, que se pegaban en las sienes con sebo u otras sustancias.” *Ibidem*.

⁵¹ “Pañuelo transparente que las mujeres usaban encima de los hombros y el pecho.” *Ibidem*.

⁵² “Traje con los frentes de la sobrefalda retirados hacia atrás formando tres secciones de faldones colgantes que se levantaban por medio de cordones.” *Ibidem*, p. 430.

⁵³ “Traje con pliegues verticales en la espalda, cubría hasta la cadera, y tenía una falda con una o más hileras de holanes alrededor del dobladillo.” *Ibidem*, p. 428.

⁵⁴ División social empleada por Ana María Prieto Hernández en *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*. México: CONACULTA, 2001, p. 57.

dotó de atuendos amplios y colores llamativos.⁵⁵ Además, se reconocía a las mujeres de ambos grupos por el garbo con que portaban sus trajes y que era parte de su herencia africana.

Otro punto importante para la historia del vestido en nuestro país fue el comercio que se entabló con el este de Asia a través de la “Nao de China.” En ella llegaron mantones de Manila, peinetas, abanicos, brocados, rasos, chaquiras, lentejuelas y otros artículos que sirvieron para crear diseños propios.⁵⁶ De esa forma, en el siglo XVIII, cuando se expresó el amor por lo americano, los blancos (criollos) modificaron sus trajes para distinguirse de la madre patria.⁵⁷ El pueblo también elaboró sus vestidos con elementos de otros orígenes: español, francés, asiático y, en algunos casos, indígenas, es decir, portó atavíos mestizos.⁵⁸

La Corona trató de manejar todos los aspectos de la Nueva España, y la regulación de la indumentaria fue una parte. Se dictaron una serie de leyes que obligaban a los nativos a usar calzón y camisa de tipo europeo,⁵⁹ mientras otras prohibían a los negros que las

⁵⁵ Valdiosera, *op. cit.*, p. 153.

⁵⁶ Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 110.

⁵⁷ Benítez, *op. cit.*, p. 71.

⁵⁸ Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 110.

⁵⁹ Mompradé, *op. cit.*, p. 27.

llevaran.⁶⁰ Ciertos elementos del traje indígena fueron respetados, sobre todo, en el caso de las mujeres; así, en la Ordenanza del 31 de julio de 1582:

*se previene que ninguna mestiza, mulata o negra ande vestida en hábito de india [enredo, cueitl o huipil], sino de española, so pena de ser presa, y que se le den cien azotes públicamente por las calles, y pague de pena cuatro reales al alguacil que la aprenriere; y que esto no se entienda con las mestizas, mulatas y negras que fueran casadas con indios.*⁶¹

De acuerdo con la cita, podemos deducir que fue una preocupación mantener dividida a la población, que los aristócratas fueran los únicos detentadores de la suntuosidad; para conseguirlo se instauraron elementos que identificaran a cada sector y la ropa sirvió indudablemente para tales fines. También se sometieron a supervisión la confección y venta de los materiales. Se querían conservar las jerarquías de la sociedad, además de tener mercados para los diferentes productos llevados desde el Viejo Mundo.⁶²

La extravagancia a la que llegaron los peninsulares y criollos novohispanos preocupó a la Corona, la cual, con el fin de frenar la ostentación, emitió una serie de leyes suntuarias. A diferencia de las dictadas para el pueblo común y corriente, cuyo objeto era que cubrieran sus “vergüenzas”, aquellas invitaban al recato, el ahorro de

⁶⁰ Armella, *op .cit.*, p. 49.

recursos, la austeridad. Pero no fue posible detener el derroche y la vanidad, ni siquiera los Capítulos de Reформación expedidos por Felipe IV en 1623 lograron tal proeza. La distancia y la lentitud de las comunicaciones dieron a los habitantes de estas regiones ciertas libertades en cuanto al arreglo personal.⁶³

Con la Independencia, los habitantes de México ganaron el derecho a tomar decisiones en lo político, lo económico y, desde luego, las costumbres. Ya no había un extraño al cual rendirle cuentas, ni que sancionara el incumplimiento de los mandatos. Así, los mexicanos pudieron también elegir libremente sus ropas, puesto que las leyes suntuarias no existían más y cada quien buscó lo más adecuado para cubrirse.⁶⁴

Hasta aquí llega el bosquejo de cómo fue la indumentaria antes y a principios del México independiente. La intención ha sido dar una idea de como la sociedad prehispánica y la novohispana se distinguían a través del vestido.

Al adueñarse de tan vastas regiones, España adquirió gran influjo en el Viejo Mundo. El imperio donde nunca se ponía el sol fue el

⁶¹ Citado en Carrillo y Gariel, *op .cit.*, p. 73. Las cursivas son nuestras.

⁶² Pérez Monroy, *op. cit.*, pp. 147-149.

⁶³ Jiménez, *op. cit.*, p. 285.

⁶⁴ Benítez, *op. cit.*, p. 71.

modelo a seguir en varios aspectos, y entre ellos se encontró la moda. La severidad y monocromía estuvieron presentes en las cortes europeas durante la segunda mitad del siglo XVI, aunque en la centuria siguiente perdieron importancia.⁶⁵ Las modificaciones en el vestir eran lentas.

Asimismo, podemos observar que en la medida que los indios se trasladaron a las ciudades y perdieron el contacto con sus comunidades, los hombres cambiaron su *maxtlatl* por el calzón y la camisa de manta, mientras las mujeres tuvieron que cubrir sus cuerpos con blusas y faldas. El algodón dejó de ser la fibra de los nobles, convirtiéndose en la del pueblo. Leyes suntuarias reglamentaban el uso de las prendas. Basta ver las pinturas que representan a las castas para identificar claramente los trajes de los diversos sectores de la Nueva España. Peinetas, brocados, rasos, chaquiras y lentejuelas llegaron a la Nueva España a través de la “Nao de China”.

La lucha contra el poder español causó cambios en la conciencia de los mexicanos, y les brindó la posibilidad de ataviarse a su gusto. La diversidad que se comenzaba a percibir tiempo atrás, se vio

⁶⁵ Pérez Monroy, *op. cit.*

beneficiada, pues se dio rienda suelta a la imaginación y cada quien, en la medida de sus posibilidades, compró o confeccionó la ropa que deseaba. De esta manera, el territorio se convirtió en un crisol de imágenes, algunas contrastantes, otras complementarias; juntas integraron a la nación que sería visitada por viajeros de todo el mundo.

En efecto, con la Independencia, muchos extranjeros se propusieron visitar a “la joya” de España con fines políticos, culturales o comerciales, pues ya no existían impedimentos migratorios. Sus experiencias se plasmaron en diarios, obras y novelas, donde se puede apreciar la mirada que dieron a la población, la ropa y otras costumbres.

En el siguiente apartado se hablará de la sociedad decimonónica mexicana, de acuerdo con la visión y los informes proporcionados por algunos viajeros que estuvieron en nuestro país en el período que va de los inicios de la vida independiente (1830) a la víspera de la invasión francesa (1860).

Los promotores del progreso pretendían uniformar a esta sociedad exaltando la idea romántica de la individualidad, a fin de establecer características nacionales que los incluyeran dentro de las naciones civilizadas. La conducta individual estaba regida por estrictas normas de carácter social y religioso y, dentro de la sociedad, la actuación del ciudadano en lo personal era posible, en general, sólo a través de las corporaciones existentes. Ahora prevalecería un *modus vivendi* que intentaba distanciarse del pasado colonial para entrar en la modernidad, a través de costumbres que, venidas de fuera, comenzaban a implantarse como rectoras de la cada vez más agitada vida social mexicana y que las clases pudientes anhelaban emular e imponer.¹

¹ Ana Lau Jaiven, *De usos y costumbres: aproximación a la vida cotidiana de las mujeres de la ciudad de México (1821-1857)*. Tesis de maestría en Historia. México: 1993, p. 84.

LOS MEXICANOS Y SU ROPA A TRAVÉS DE LOS VIAJEROS EN EL SIGLO XIX

A partir de que México fue independiente, muchos extranjeros lo visitaron con el fin de entablar relaciones políticas, económicas o culturales. Procedían de lugares tan cercanos como Estados Unidos o distantes como Alemania, Polonia, inclusive Japón.² Dejaron plasmadas sus impresiones y críticas de la sociedad mexicana en diarios, libros o novelas que, si bien en ese tiempo fueron dirigidos al público de sus regiones natales, hoy en día nos permiten conocer a un México lleno de contrastes y en movimiento continuo. Por ejemplo, madame Calderón de la Barca (inglesa protestante convertida al catolicismo) nos relata que, para 1840:

Toda la ciudad se ve llena de tipos pintorescos. Después de las damas de alto copete, había que ver a las mujeres del pueblo, vestidas casi todas con muselinas³ blancas transparentes y muy almidonadas; algunas con muy ricos bordados, con la falda adornada con encajes, zapatos de raso blanco y con los vestidos extremadamente cortos, con los que se ven muy bien. Todo esto se cubre con un rebozo.⁴

² En Bunzo Maekawa comp. *A strange tale from overseas, or, A new account of America*. Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1970. 143 p. se encuentra el viaje de dos japoneses por Baja California y Michoacán (1841-1842).

³ La muselina es un "tejido claro, ligero, fino y transparente" en Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 429.

⁴ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en*

No sólo las mujeres se distinguían entre sus congéneres por sus atuendos, en general, toda la población era un conjunto abigarrado de individuos. La autora añade:

Sumad a esta multitud heterogénea, hombres vestidos à *la Mexicaine*, con sus adornados sombreros y *sarapes*, o bien con chaquetas bordadas, y que, fumando puros, dan vueltas por la plaza, *léperos* andrajosos, indios envueltos en sus frazadas, oficiales de uniforme, curas con sombreros de teja, frailes de todas las Ordenes; franceses que lucen su ingenio con todas las que pasan; ingleses que lo miran todo con frialdad y filosofía; alemanes con gafas, de aspecto apacible y soñador; españoles que se sienten como en su propia casa y se abstienen de hacer comentarios; y ya se puede concebir que la escena era muy variada, por lo menos.⁵

Esta cita presenta a los diferentes personajes que se encontraban en las grandes urbes, en las que confluía gente de lugares diversos.⁶

Los mercados, plazas y paseos albergaban: “Indios, criollos y extranjeros, harapientos y ricos propietarios, levitas negras, chaquetas de piel bordadas y uniformes viejos; cargadores, soldados, muleros, serenos, frailes de todas órdenes, calzados y descalzos, se rozan allí fraternalmente. Bellas floreras, frescas sirvientas de buena casa, gazmoñas chinas, van y vienen envueltas en sus rebozos [...]”.⁷

La mayoría de las veces, los viajeros permanecieron en ciudades como Jalapa, Puebla, Guadalajara, Durango y México. Las más visitadas fueron las dos primeras y la última, en las que pudieron

ese país. México: Porrúa, 1959, p. 139.

⁵ *Ibidem*, p. 146.

⁶ Prieto Hernández, *op. cit.*, pp. 20 y 125.

⁷ Ernesto de Vigneaux, *Viaje a Mejico*. Introducción de Leopoldo I. Orendáin. México: Ediciones del Banco Industrial de Jalisco, 1950, pp. 83-84.

apreciar, en la medida de sus capacidades, a la sociedad en su conjunto.

Los distintos sectores de la población captaron la mirada de los forasteros, los cuales, para fines prácticos, los clasificaron en sus narraciones como blancos, mestizos e indios.⁸ Advertimos que emplearemos esa división, sin embargo reconocemos que la sociedad mexicana del siglo XIX era mucho más compleja que eso, pues existió una identificación por nivel económico, color de la piel, étnica y cultura.⁹

Es preciso señalar que muchas veces los extranjeros relacionaron el origen racial con el poder adquisitivo. De esta manera, a sus ojos, los blancos tenían una economía fuerte, por eso se piensa en ellos como la “clase alta o privilegiada” (políticos, funcionarios, terratenientes, profesionistas y alto clero); los mestizos fueron identificados con la “clase media” (pequeños propietarios y clero inferior) y los indios con las “bajas” (jornaleros, desposeídos,

⁸ División empleada principalmente por Carl Christian Sartorius, *México hacia 1850*. Estudio preliminar, revisión y notas: Brígida von Mentz. México: CONACULTA, 1990, 327 pp. y Eduard Mühlendorff, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México. Tomo I*. Traducción y nota preliminar de José Enrique Covarrubias. Edición a cargo de Teresa Segovia. México: Banco de México, 1993, 373 pp.

⁹ José E. Iturriaga, *La estructura social y cultural de México*. Edición facsimilar. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2003, p. 25; Andrés Molina Enríquez, “Las clases sociales mexicanas durante el porfiriato”, en Miguel Othón de Mendizábal *et al.*, *Ensayos sobre las clases sociales en México*. 11ª edición. México: Editorial Nuestro Tiempo, 1982, p. 67 y Nathan L. Whetten, “El surgimiento de una clase media en México” en *Ibidem*, p. 70.

vagabundos).¹⁰

No obstante, debemos recordar que la movilidad social durante ese siglo fue muy grande, tanto en dirección ascendente como descendente, por lo que existieron blancos ricos y pobres, así como indios y mestizos. A continuación, presentaremos un bosquejo de cada grupo, de acuerdo con la nomenclatura empleada por los viajeros.

¹⁰ Molina Enríquez, *op. cit.*, p. 68 y Sartorius, *op. cit.*, p. 126 y 129.

Blancos

Los extranjeros dividieron a los blancos en “españoles” y “criollos”. En teoría, estos últimos eran los descendientes de los europeos nacidos en México, entre sus venas no corría sangre india ni africana (negra) e integraban una pequeña parte de la población.¹¹ Según el naturalista alemán Carl Christian Sartorius, quien permaneció en México de 1826 a 1856, este sector era culto, de buena crianza. Además:

Los criollos constituyen el sector principal de la población de las ciudades; son funcionarios de gobierno, médicos, abogados, comerciantes, industriales, propietarios de minas y artesanos. Los grandes terratenientes, los negociantes y los miembros de las órdenes superiores del clero también pertenecen a esta clase.¹²

Los descendientes de los antiguos peninsulares siguieron la tradición de sus padres de adoptar las reglas y modas procedentes del extranjero, concretamente de España, Inglaterra y Francia.¹³ El mismo autor señala al respecto:

No usan la indumentaria típica nacional, sino que habitualmente visten a la europea, de acuerdo con los dictados de los modistas y sastres de París [...] Las damas elegantes se guían, para estar a la moda, por el *Journal des Modes*, de París. En México, los últimos

¹¹ Mühlenpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México. Tomo II*, p. 166 y Sartorius, *op. cit.*, p. 126.

¹² Sartorius, *op. cit.*, p. 129.

¹³ Isabel Cruz de Amenábar, *El traje. Transformaciones de una segunda piel*. Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995, pp. 187-188.

modelos en seda, lana y algodón aparecen más pronto que en Rusia. En cualquier distante pueblo de la montaña, la hija de algún funcionario del gobierno luce las vistosas producciones de los modistas de Lyon y de Manchester, con los bordados de St. Gall y las joyas importadas de París.¹⁴

La cita permite pensar que ese sector poseía los recursos suficientes para adquirir sus trajes y accesorios en París o en cualquier otra gran ciudad del mundo. No importaba lo inadecuado que fuesen para los climas mexicanos, lo primordial era estar a la vanguardia, el qué dirán, el culto a las apariencias, pues: “Por ridícula que sea una moda, se sostiene la necesidad de adoptarla, y se cree que hermosea a la persona mientras dura, sacándose de ella la única ventaja de su invención, es decir, la de agradar”.¹⁵

El aventurero polaco, Gustavus Ferdinand von Tempsky, recorrió el país en 1853. Reparó entonces en que: “Las damas mexicanas, arregladas para salir, han adoptado en su mayoría la moda europea”.¹⁶ Cabe formular ahora una pregunta: ¿las criollas usaban distintos tipos de ropa? En efecto, no sólo el nivel social influía en el vestuario que se

¹⁴ Sartorius, *op. cit.*, 1990, p. 129.

¹⁵ “Un artículo de modas” en *Panorama de las señoritas. Periódico pintoresco, científico y literario*. México: Imprenta de Vicente García Torres, 1842, p. 173. Versión en línea: <<http://lyncis.dgsca.unam.mx/literaturasxix/revistas/panorama/psm60.pdf>> Última fecha de consulta: 12/05/2006, 14:00 horas.

¹⁶ Gustavus Ferdinand von Tempsky, *Mitla. Una narración de incidentes y aventuras personales en un viaje por México, Guatemala y el Salvador en los años de 1853 a 1855, con observaciones sobre el modo de vida en esos países*. Edición facsimilar. Traducido y editado por Mario de la Torre. México: Banco de México, 1991, p. 40.

empleaba, también se tomaba en cuenta la época del año, la hora del día, el tipo de evento y el lugar al que se asistía.¹⁷

En general, los viajeros distinguieron dos tipos de trajes: uno que se usaba por la mañana, otro por la tarde. Sobre este punto, el alemán Eduard Mühlenpfordt, quien vivió en México de 1827 a 1834, retrató a las criollas de la siguiente manera:

Las damas aparecían en público sólo con vestidos de seda negros y la cabeza cubierta con una mantilla notablemente útil [...] Con la mantilla, el rostro queda enmarcado en forma cautivadora, con los rizos de las sienes y el cabello, dividido en dos mitades, asomando un poco sobre la frente como si fuera efecto de la timidez.¹⁸

La narración registra los elementos característicos del atuendo español: mantilla y colores oscuros.

El uso de la mantilla para ir a la iglesia parece haber sido una constante. En 1830, el germano Carlos Guillermo Koppe mencionó en una carta que:

las mujeres criollas en su mayoría visten el traje nacional negro de seda y la mantilla sobre la cabeza por vía de adorno; las piernas cubiertas de finísimas medias de seda caladas (otras mujeres, por cierto, llevaban las piernas desnudas) y los pies embutidos en elegantísimos zapatos de seda de color blanco o de tonos claros.¹⁹

Karl Nebel, artista alemán que estuvo en nuestro país de 1829 a 1834, apreció los cambios que se daban a determinadas horas del día:

¹⁷ Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 159.

¹⁸ Mühlenpfordt, *op. cit.*, p. 212.

¹⁹ Carlos Guillermo Koppe, *Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830*. Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.

“Todas las damas mexicanas han adoptado la mantilla como traje de mañana, después de las dos de la tarde se visten a la moderna; pero no usando gorro como las damas europeas”.²⁰ El vestido que el pintor denomina “a la moderna” podía ser inglés o francés.²¹

En los inicios del México independiente (1827), el ministro plenipotenciario Henry George Ward se percató de que las féminas de la “clase acomodada” acostumbraban mudar de ropa varias veces en una sola jornada; esa costumbre se veía acentuada en los días de fiesta. Un ejemplo es la de San Agustín de las Cuevas, ahí se cambiaban: “para el paseo temprano antes del desayuno, de nuevo para el pa-lenque, que se abre a las diez de la mañana, por tercera ocasión para la comida, una cuarta para el Calvario, donde generalmente se hace rueda para bailar, y una quinta para el baile público, que comienza a las ocho de la noche y dura hasta las doce”.²²

El inglés William T. Penny, comerciante textil que permaneció en México por las mismas fechas que Ward, observó que esa fiesta

México: Imprenta Universitaria, 1955, p. 58.

²⁰ Carlos Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834*. Observaciones de Alejandro de Humboldt. Prólogo Justino Fernández. México: Librería Manuel Porrúa, 1963, p. XV.

²¹ Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 165.

²² Henry George Ward, *México en 1827*. Traducción: Ricardo Haas. México: FCE, 1995, p. 484.

representaba la ocasión ideal para que las mujeres compitieran por demostrar la riqueza de sus vestidos, además tenían como obligación cambiar de traje y, lo más importante era que “la fiesta de San Agustín representa un gran beneficio en la venta de sedas, joyas y los más refinados artículos para el vestido”.²³

Como los testimonios que dejaron iban destinados a un público europeo, los viajeros no se detuvieron a describir el “vestido moderno”; sólo llegan a criticar el exceso de adornos, su colorido o lo anticuado de los atuendos de las mexicanas.²⁴ Reconocieron además que éstas no usaban sombreros ni plumas como las europeas, afirmando que: “son quizá las únicas modas europeas que no se han adoptado en México”.²⁵

Dentro de las casas, las criollas ostentaban:

el zapatito de raso y el vestido de seda; las enaguas, es decir, las faldas, sin talle, son propias de las mujeres ordinarias; pero en el interior las damas mexicanas que se dan al “dolce farniente”, a la vida de la molición propia de las mujeres de Oriente, suprimen también el tiránice justillo. El corsé no está en uso entre ellas; llevan la cabeza descubierta, aunque usan el tápalo, chal de seda que se ponen como la mantilla, reemplazando el rebozo popular reservado

²³ William T. Penny en Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano*. México: UNAM, 1987, pp. 115-116.

²⁴ Calderón de la Barca, *op. cit.*, pp. 189-190, y Ward, *op. cit.*, p. 717.

²⁵ Mühlenpfordt, *op. cit.*, p. 213. La moda de principios del siglo XIX era neoclásica, buscaba un regreso a lo sencillo, sin corsés ni tantos adornos recargados como la barroca. Después se da una época de transición (1820-1845 aproximadamente) para llegar a lo romántico, donde surgen de nuevo los corsés. Pérez Monroy, *op. cit.*, pp. 408-409.

para la “neglige”.²⁶

Con los cabellos despeinados, eran figuras siniestras y desordenadas que no se equiparaban a las bellas damas que salían a los paseos y a los bailes.²⁷

Ahora bien, hasta el momento se ha hablado de las mujeres, y tal pareciera que cambiarse de atuendo de acuerdo con la ocasión fuese un fenómeno exclusivo de ellas, porque “predominaba la idea de que la mujer, por medio de su presencia, de sus adornos y de su indumentaria, otorgaba prestigio al hombre y era el vivo ejemplo de su éxito económico”.²⁸

Los extranjeros se percataron de que: “Una de las pasiones imperantes de las mujeres mexicanas es presentarse con magníficos vestidos en el teatro y la opera, particularmente en las grandes ocasiones; y las fortunas de sus esposos son tasadas por la compra de ornamentos de oro y plata, relojes y piedras preciosas”.²⁹

Los hombres también intentaron lucir a la moda. Marvin Wheat,

²⁶ Vigneaux, *op. cit.*, p. 47

²⁷ Désiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas. Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal. Reunidas y fotografiadas por Désiré Charnay con el viaje y documentos del autor: México, 1858-1861. Recuerdos e impresiones de viaje*. Traducción y nota introductoria de Víctor Jiménez. México: Banco de México, 1994, p. 60.

²⁸ María Eugenia de Lara, “La indumentaria del Imperio al Porfiriato” en internet: <http://www.mexicodesconocido.com/espanol/cultura_y_sociedad/arte_popular/detalle.cfm?idcat=3&idsec=16&idsub=72&idpag=1978> Última fecha de consulta: 9/XII/2006, 14:48 horas.

aventurero que visitó México en 1856, observa que: “En el vestir predominó el estilo francés, las únicas diferencias radican en que los caballeros usan sombrero de copa plana y anchas alas, y sarapes, aunque algunas veces llevan capas cortas”.³⁰

Los criollos también adoptaron el atuendo que venía de Europa, y sólo conservaron la capa española, ese “largo sobretodo de paño oscuro -café por lo general-, con forro de seda o terciopelo, sin mangas, y de cuello redondo y corto; es tan amplio que el lado derecho se puede echar sobre el hombro izquierdo de modo que sus numerosos pliegues cubran la parte inferior del rostro”.³¹

Una descripción del traje masculino está en las *Memorias sobre el matrimonio y otros escritos* de Manuel Payno:

un frac³² de la fábrica de Ivan Goul, un pantalón recortado por la sublime y práctica tijera de M. Pierre Chabrol, y un chaleco por el más bien escultor que sastre, Antonio Valdés, y tendremos, si no un parisiense de botín color de tierra y pantalón en la espinilla, al menos un mexicano bien vestido y ajustado a la moda.³³

El francés Isidore Löwenstern notó que para la década de 1830, la mudanza en la forma de ataviarse era más o menos reciente,

²⁹ R. H. Mason, *Pictures of life in Mexico*, London: Smith Elder and Co., p. 38.

³⁰ Marvin Wheat, *Cartas de viaje por el occidente de México*. Traducción Pastora Rodríguez Aviñoá. México: El Colegio de Jalisco, 1994, p. 169.

³¹ Mühlentfordt, *op. cit.*, p. 212.

³² “Vestidura masculina que por delante llega a la cintura y detrás tiene dos faldones largos” en Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 428.

³³ Manuel Payno, *Memorias sobre el matrimonio y otros escritos*. México: Planeta/Joaquín

además de que sólo ciertos sectores de la población seguían los cánones europeos: “Los hombres de las clases superiores adoptaron el traje francés, el sombrero negro y las botas lustradas para ir en sociedad: innovación introducida hace diez o doce años”.³⁴

Junto con el frac, encontramos levitas, las cuales iban ceñidas al cuerpo, con mangas y faldones que se cruzaban por delante,³⁵ y eran considerados de “etiqueta” o gala. En los paseos citadinos y en las excursiones a las afueras de la ciudad, así como en el campo, los hombres lucían el “traje nacional” o de jinete mexicano.

Algunos viajeros reiteraron la diferencia que se hacía entre el ropaje europeo y el nacional.³⁶ El polaco Von Tempsky fue quien criticó abiertamente el afán de encubrimiento de los criollos:

La gente desea mantener “lo mexicano” en lo que se refiere a la educación, las artes, las costumbres morales y los usos político-religiosos, y sólo se desprenden de sus coloridos *sarapes*, *calzoneras* y sombreros anchos para descender de sus corceles bailarines y montar sobre un trotán “Down Eastern” (*sic*). Completan su metamorfosis usando un sombrero alto sobre sus frentes morenas y ciñendo sus cuerpos en trajes de levita ingleses de Sydenham, o con pantalones parisinos. Si se pudieran ver a sí mismos con los ojos con que los mira un europeo -a quien están copiando- se acordarían de la fábula del ratón ambicioso que, deseando convertirse en pájaro, se convirtió en murciélago, un animal que es ajeno tanto a los

Mortiz, 2002, p. 11.

³⁴ Isidore Löwenstern, *Le Mexique, souvenir d'un voyageur*. Paris: LEIPSICK, 1843, pp. 138-139. La traducción es nuestra.

³⁵ Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 429.

³⁶ Mühlenpfordt, *op. cit.*, p. 218, Tempsky, *op. cit.*, p. 39, Charnay, *op. cit.*, 1994, p. 60, y Paula Kolonitz, *Un viaje a México en 1864*. Traducción: Neptalí Beltrán. Prólogo: Luis G. Zorrilla. México: SEP-FCE, 1984, p. 104

pájaros como a los ratones.³⁷

Las palabras del autor son duras, sin embargo, reflejan una realidad: la búsqueda de una identidad. Los promotores del progreso querían insertar al país entre las naciones civilizadas, para ello adoptaron un *modus vivendi* proveniente del extranjero que anhelaban emular e imponer a toda la población. Así, el culto a las apariencias fue muy importante, ya que de él dependía el éxito de México como nación.³⁸

En consecuencia, las mujeres y los hombres criollos, mejor dicho, la “gente de bien” se adaptaba a las circunstancias. De acuerdo con el tipo de imagen que pretendiesen dar fueron sus vestidos. En el caso de las mujeres, se buscaba la extravagancia (moda europea) o la sencillez (mantilla española), y en el de los hombres el refinamiento (frac o levita) o la gallardía (“traje nacional”).

³⁷ Tempsky, *op. cit.*, p. 156.

³⁸ Lau Jaiven, *op. cit.*, p. 84.

Mestizos

El grupo denominado mestizo³⁹ impresionó al naturalista alemán Carl Christian Sartorius, quien lo concebía como la encarnación de lo mexicano, lo propio del país, diferente del resto de los habitantes:

El mestizo posee una originalidad innata; es el prototipo de los hábitos y las peculiaridades nacionales y merece especial observación. Mientras el criollo toma de modelo a su progenitor de España y hace todo lo posible para reproducir su tipo y, mientras el indio, por su parte, ha conservado las costumbres de sus antepasados, sin poder alcanzar jamás una posición importante, el mestizo es simplemente y nada más el mexicano tipo; el criollo ha adoptado sus peculiaridades, en cambio el mestizo no trata de imitar al criollo.⁴⁰

El pensamiento del alemán podría parecer muy apasionado y tomarse únicamente como una exaltación de ese grupo; empero, su visión no es del todo equivocada. En efecto, en el seno de esa parte de la población y con los elementos que habían llegado en la nao de China durante la etapa colonial, se comenzó a modificar el atuendo novohispano.⁴¹

Para el siglo XIX, los viajeros registraron cómo eran los vestidos

³⁹ Equivalente de las castas novohispanas, su origen étnico es impreciso. Se dedicaban a las artesanías, la limpieza, los cargos públicos menores y el pequeño comercio. Prieto Hernández, *op. cit.*, pp. 57, 60 y 78.

⁴⁰ Sartorius, *op. cit.*, p. 166.

⁴¹ Armella de Aspe, *op. cit.*, pp. 51-52 y 88. *Vid. supra*, p. 31-32.

mestizos. El mismo Sartorius escribió:

El mestizo se viste de un modo particular, diferente del criollo que gusta de imitar los modelos europeos; pero el garbo del primero no se ve nada mal, y le queda particularmente al jinete [...] los mestizos suelen ponerse el domingo una camisa blanca con alforzas o bordados, pantalón amplio de “dril” o de algodón en diversos colores [...], botines de color café, sombrero de fieltro de ala ancha y una especie de capa colocada sobre los hombros.⁴²

Al leer estas palabras, pensamos en el jinete, el arriero, el caporal y, finalmente, el charro, en las labores pesadas que requerían de ropa resistente y en un ambiente rural. Eduard Mühlenpfordt hizo una descripción detallada del atuendo masculino:

Los hombres calzan borceguíes⁴³ de cordobán,⁴⁴ gamuza o una cabritilla trabajada como la gamuza –de color negro, amarillo o gris plateado, aunque la mayoría es café claro. La parte inferior del cuerpo se cubre con un pantalón bien ajustado en la cadera con una banda –faja– de seda roja o verde, rematada frecuentemente en las puntas con flecos de oro o de plata y que se amarra por la espalda. Estos pantalones tienen unas largas aberturas, en los lados externos, que llegan desde los bajos hasta las rodillas y que suelen ir adornadas con botones de latón o de plata, y algunas veces con galones. Son de paño o *manchester*, de color claro –verde o azul– o más raramente, café o negro, aunque en ocasiones también son de alguna tela ligera; con frecuencia están ricamente bordados con trencilla y a menudo llevan galones de oro o de plata. Normalmente estos pantalones sólo cubren la parte superior de los tobillos y los bajos son acampanados; cada abertura termina en dos puntas de la ancha bragueta. Por las aberturas, desde casi las rodillas, asoma el calzón interior, de color blanco, que a menudo se plancha artísticamente formando pliegues.⁴⁵

Hasta aquí, el viajero enumera los aderezos característicos de

⁴² Sartorius, *op. cit.*, p. 167.

⁴³ “calzado que llega arriba del tobillo, con una abertura por delante que lleva agujeros por donde pasan cordones para ajustar” en Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 427.

⁴⁴ “Piel curtida de macho cabrío o de cabra, que recibe su nombre de Córdoba [...]” en *Ibidem*, p. 428.

los arrieros, y más adelante agrega:

A veces la parte superior del cuerpo queda cubierta únicamente por la camisa, deslumbrantemente blanca y con frecuencia delicadamente plegada; suele estar abierta en el pecho y la abertura rodeada de un bordado blanco, lo mismo que el alto y erecto cuello. Sobre esta camisa se usa normalmente la llamada cotona, especie de camisilla de tela estampada de algodón de diversos colores. Esta prenda típica, también usada en algunas partes por los indios, sólo cubre hasta la parte media del torso, y en ocasiones tiene flecos o tiras en el borde inferior; carece de cuello, y sus mangas, que llegan hasta el comienzo de la mano tienen una ranura en la parte correspondiente al puño. Es como una camisa corta y, como ésta, se pone por la cabeza.⁴⁶

Resulta interesante como Mühlenpfordt no menciona el sarape, pues la mayoría de los viajeros consultados lo destacaron como parte del atuendo de arrieros y jinetes.⁴⁷ En los libros de viaje no encontramos más información sobre el atavío mestizo masculino, sólo que los mestizos no seguían las modas europeas y era muy raro que las adoptaran. Además, las diferencias que existieron entre ellos no se dieron en la forma, sino en el material de las prendas.⁴⁸

Ahora bien, es posible pensar que, al estudiar los libros de viajeros, escritos en gran medida por hombres, éstos prestaran más atención al atuendo de las mujeres, entre ellas al de las mestizas:

⁴⁵ Mühlenpfordt, *op. cit.*, p. 214.

⁴⁶ *Ibidem.*

⁴⁷ Carl Bartholomaeus Heller, *Viajes por México en los años de 1845-1848*. Traducción y nota preliminar de Elsa Cecilia Frost. México: Banco de México, 1987, pp. 81-82, Calderón de la Barca, *op. cit.*, pp. 199 y 494, Tempsky, *op. cit.*, p. 156, Charnay, *op. cit.*, p. 60, Ward, *op. cit.*, pp. 430, 474 y 500.

⁴⁸ Mühlenpfordt, *op. cit.*, p. 213.

Lucen una fina blusa blanca de mangas cortas, con alforzas y cortadas a un modo de lucir tolerablemente abierta, pero unida con un adorno bordado para que no pueda separarse. Llevan aunada al cuello una mascada de seda. La falda es completa y adornada en la parte inferior con tira bordada; desciende hasta los pies. Un ceñidor de seda enredado a la cintura con tres o cuatro vueltas sirve para ajustar el vestido [...]. Pocas veces se ven las medias, pero el pie pequeño va embutido en una sandalia de raso o de paño [...]. Una prenda de vestir muy importante es el rebozo [...].⁴⁹

Lucien Biart, francés que permaneció en México de 1846 a 1865, destaca que las mestizas usaban una gran cantidad de joyas en el cuello y las manos (perlas, corales, cuentas de oro, cadenas), sostenían las blusas con pequeños tirantes y, de vez en vez, éstos se resbalaban dejando los senos al descubierto, sin que a ninguna de ellas le incomodara. Los zapatos estaban reservados para las visitas a los templos y no acostumbraban el uso de medias.⁵⁰ La ausencia de éstas, aunado al colorido de sus prendas y sus miradas enigmáticas, fue su sello distintivo.⁵¹

Desde el siglo XVII el dominico Thomas Gage señaló que las mujeres de las castas poseían un atractivo impresionante: “El vestido y atavío de las negras y mulatas es tan lascivo, y sus ademanes y donaire tan embelezadores, que hay muchos españoles, aun entre los

⁴⁹ Sartorius, *op. cit.*, p. 169.

⁵⁰ Lucien Biart, *La tierra caliente. Escenas de la vida mexicana, 1849-1862*. Traducción de Mario Cervantes de Gorozpe. México: Editorial Jus, 1962, pp. 20-21.

⁵¹ Koppe, *op. cit.*, p. 58, Biart, *op. cit.*, pp. 20-21, Mühlendorff, *op. cit.*, p. 215, y Charnay, *op. cit.*, p. 139.

de la primera clase, propensos de suyo a la lujuria, que por ellas dejan a sus mujeres”.⁵² El religioso considera que la personalidad de estas mujeres se revelaba a través de la ropa, que despertaban pasiones en todo aquel que las miraba, siendo sus atributos la coquetería y la sensualidad.

La fascinación de los viajeros por las féminas de este grupo permaneció a lo largo del siglo XIX. A continuación presentamos una de las descripciones más minuciosas, realizada por el alemán Eduard Mühlenpfordt:

Extraordinariamente cautivador e incluso seductor es el atuendo de fiesta de las mujeres mestizas de una cierta clase social, a las que se suman las recamareras, cocineras, criadas e incluso algunas indias acomodadas de aquí y allá. Las llamadas naguas o enaguas les envuelven el cuerpo con sus abundantes pliegues desde la cintura hasta el arranque de los tobillos; es una falda amplia, bordada hasta muy arriba, y frecuentemente hecha de una fina tela francesa de algodón estampado, o bien muselina, seda, gasa o cualquier otra tela de color blanco o claro que deje entrever el brillo de un fondo de seda o manta de color amarillo, azul claro o rojo rosáceo. Sin llegar del todo hasta los tobillos, permiten ver la parte inferior de unas piernas bien torneadas terminadas en unos pies delicados y pequeños, calzados con zapatos igualmente delicados, de seda blanca o de color.⁵³

Las mujeres de este sector se ocupaban principalmente de labores “propias de su sexo”, tales como coser, la limpieza de la casa y la elaboración de comida. Aunque también se las veía en pequeños

⁵² Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*. Introducción y edición de Elisa Ramírez Castañeda. México: SEP-FCE, 1982, p. 180.

⁵³ Mühlenpfordt, *op. cit.*, p. 215.

negocios, por ejemplo, en estanquillos o puestos de aguas frescas.⁵⁴

Pero continuemos con la narración del naturalista:

Se cubren la parte superior del cuerpo con un apretado jubón sin mangas, cuyo corte no va muy de acuerdo con las normas del pudor, pues antes resalta que cubre la fina forma del busto; es de seda roja, azul o verde, y lleva ribetes y cintas de seda, plata u oro, tanto en la espalda como en el delantero. Por las aberturas para los brazos que tiene este jubón - bajo el cual no se usa ningún corsé - salen las cortas y apretadas mangas de una camisa más o menos fina y de una blancura deslumbrante, y llenas de multitud de pequeños dobleces verticales, además de que tienen los puños bordados con seda o chaquiras formando arabescos.⁵⁵

El poco pudor de las mestizas fue muy cuestionado por los viajeros. Recordemos las palabras de Thomas Gage, quien afirmó que estas mujeres eran las causantes de muchas rupturas matrimoniales. Sus actitudes y vestidos fomentaban la promiscuidad de los hombres de “todas las clases”.⁵⁶ Mühlentfordt termina con las siguientes palabras:

El rebozo o tápalo, esa especie de chal, es en este caso de gasa o de seda y cubre hacia atrás desde la frente, la cabeza y la espalda, de suerte que ambos extremos tapan los hombros, aunque cuelgan más el extremo derecho que el izquierdo. El extremo derecho se lanza entonces graciosamente sobre el hombro izquierdo y cubre así el pecho y la mitad superior del brazo izquierdo. En ocasiones el rebozo cae formando ondas desde la cabeza, como un velo. Varios collares de cuentas de coral o a veces de auténticas perlas, con crucifijos o crucejillas debidamente bendecidos, les adornan el cuello. Se peinan el negro cabello, largo y brillante, muy estirado sobre la cabeza; lo dividen desde la frente hasta la nuca con una raya en medio y por detrás de tejen dos trenzas entrelazadas con unas cintas negras que se amarran a la cintura [...].⁵⁷

⁵⁴ Lau Jaiven, *op. cit.*, 209.

⁵⁵ Mühlentfordt, *op. cit.*, p. 215.

⁵⁶ Gage, *op. cit.*, pp. 180-181.

⁵⁷ *Ibidem.*

Con tales relatos, podemos imaginar a unas mujeres coquetas que gustaban de lucir sus atributos todo el tiempo y no sentían vergüenza por ellos. Esa seguridad y coquetería provocaron la admiración de algunos forasteros, pero el espanto de otros, pues en sus países el clima o la religión no permitía la utilización de ropa más ligera. Este último es el caso de Marvin Wheat: “El traje de las mujeres, como la ropa de los hombres, está hecho de calicó barato, con estampados de colores chillones en sus faldas, y tienen poca idea en cuanto a propiedad y decencia”.⁵⁸

Ante semejantes descripciones, no resulta difícil imaginar como surgieron los trajes de china poblana⁵⁹ y jinete (charro). La combinación de elementos de distinto origen los dotó de un encanto inigualable. Con el paso del tiempo, esta pareja se convertiría en representante del pueblo mexicano.

Hasta el momento hemos hablado de la vestimenta de los mestizos con recursos, es decir de los ricos, ahora nos ocuparemos de los pobres, quienes fueron conocidos como: léperos. Dentro de esta categoría, los viajeros quisieron englobar a una serie de personajes fundamentalmente ciudadanos.

Ana María Prieto Hernández, en *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*, afirma que eran los pobres de las ciudades, minas y obrajes del México central de los siglos XVIII y XIX. “Es el moreno, el prieto o el pinto en el México independiente; sin descartar alguno que otro blanco, pobre, sucio y malentretenido”.⁶⁰

Estos individuos procedían del campo y llegaban a la metrópoli para mejorar su vida, por lo cual podemos suponer que no sólo eran mestizos, sino también indios. Lo único que tenían era su prole y su fuerza de trabajo. En caso de no encontrar empleo podían recurrir a su astucia para robar o pedir caridad a los demás.⁶¹ Cambiaban de oficio con gran facilidad;⁶² un día podían estar en un taller, otro haciendo mandados o cargando bultos, o bien engañando para hurtar.

Los léperos también fueron los “chivos expiatorios” de la sociedad decimonónica mexicana, es decir: “Se les achacaba cuanto robo o crimen ocurría y se les tipificaba como crueles, vengativos, perezosos, indolentes, etcétera. Su vida cotidiana se desenvolvía al

⁵⁸ Wheat, *op. cit.*, p. 89.

⁵⁹ *Vid. infra* p. 78.

⁶⁰ Prieto Hernández, *op. cit.*, p. 19.

⁶¹ *Ibidem* p. 20.

⁶² *Ibidem*, p. 110.

margen de las convenciones vigentes”.⁶³ En seguida presentamos la visión de algunos viajeros sobre ellos.

El ministro inglés Henry George Ward anotó: “Antes de la revolución, las calles de la capital estaban infestadas con una casta de léperos desnudos, cuyo número se suponía casi de veinte mil, y que fueron en algún tiempo la desgracia y la ruina en todos los lugares públicos”.⁶⁴ Para él, estos personajes eran lo peor del paisaje urbano, aunque no informa de dónde provenían ni qué actividades realizaban.

En sus *Trajes civiles, militares y religiosos de México* publicado en 1828, el artista italiano Claudio Linati acompaña una litografía con una descripción, donde indica que los léperos formaban parte de “la clase más baja de la sociedad y tenían pocas necesidades”.⁶⁵ Más adelante, continúa:

Sobre los restos de una civilización degradada, vive en medio de una ciudad populosa, casi en estado natural. Descamisado, descalzo, son su vestido un pedazo de cuero y una *manta* de lana. Este mismo cobertor le sirve de cama en la noche; y de habitación, la entrada de un zaguán o la escalinata de una iglesia. [...] Un cielo claro que permanece templado le evita la necesidad de otros vestidos. Vive al día sin preocuparse por el mañana, siempre que haya ganado con qué pasar la veinticuatro horas, recostado en el lugar que le sirve de refugio; un sueño ligero suspende sus facultades, hasta que la nueva aurora, renovando sus necesidades, le

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Ward, *op. cit.*, p. 450.

⁶⁵ Claudio Linati, *Trajes civiles, militares y religiosos de México*. Versión y arreglo de César Macazaga Ordoño. Cotraductores: Normand Messier y Messier y César Macazaga Ordoño. México: Editorial Innovación, 1978, [planche deuxième].

obliga a buscar otra vez los medios de satisfacerlas.⁶⁶

Las palabras de Carl Christian Sartorius proporcionan más datos sobre la vida de estos personajes:

Una camisa es un artículo de lujo, pero también es una magnífica reserva cuando tiene necesidad de empeñarla, o de apostarla en el juego, según las circunstancias. Si tiene suerte se compra una y además unos pantalones de manta. Su posesión más valiosa es su “frazada”, un burdo cobertor rayado [...]. El “lépero” no usa zapatos, en primer lugar porque no tiene y, en segundo lugar, porque le acalambran los pies [...]. Un viejo sombrero de petate lo protege del sol [...]. Cruzan su desnudo pecho un rosario con una cruz o escapulario, señal de que es cristiano y asiste a misa [...]⁶⁷

La última parte de la cita es interesante: “Cruzan su desnudo pecho un rosario con una cruz o escapulario, señal de que es cristiano y asiste a misa”. Pareciera que el autor se asombrase de la religiosidad de los léperos. En los inicios de la década de los cuarenta, madame Calderón de la Barca se preguntaba: ¿cómo es que siendo tan “malos” llegaban puntuales a misa? ¿Fingían su fervor? ¿No se sentían culpables de su “reprochable” conducta?⁶⁸

Ana María Prieto explica que, para ellos, entrar en una iglesia era una manera de sentirse parte de la sociedad. Allí, los rechazos se hacían a un lado y convivían con los demás, se sentían parte de una

⁶⁶ *Ibidem.*

⁶⁷ Sartorius, *op. cit.*, p. 246.

⁶⁸ Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 93.

unidad con un orden establecido.⁶⁹ No obstante, el asombro, incluso el rechazo de los viajeros fue constante, pues la mezcla de la gente y la pérdida de jerarquías les resultaban incomprensibles y, al contemplarlas pensaban en una sociedad caótica en la cual no podían quedarse. Por más que lo intentaron, no pudieron entender, incluso tolerar el cristianismo mexicano.⁷⁰

Entre los léperos surgieron otros “tipos” que se caracterizaban por su singular vestimenta, además de por su trabajo. Tal era el caso del aguador:

Viste ligeramente: una camisa arremangada y abierta, unos pantalones casi siempre levantados hasta la rodilla, generalmente descalzos y cuando no con sandalias. Un pañuelo de color envuelve en abandono una abundante cabellera, lo que contribuye a dar a la cabellera, ya grande de por sí, un volumen desproporcionado. Un sombrero de paja común muy estrecho de forma, completa la parte indumentaria.⁷¹

Por lo común, los viajeros no se detuvieron mucho a retratar la forma vida de los pobres. Las críticas y el rechazo de su apariencia son las constantes; aunque de ellos, el ministro Ward debió ser el más quisquilloso, quien toleró menos a las personas de condición humilde.⁷²

⁶⁹ Prieto Hernández, *op. cit.*, p. 193.

⁷⁰ Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona 2*. México: Antigua Librería Robredo, 1955, pp. 111-116.

⁷¹ Vigneaux, *op. cit.*, p. 8.

⁷² Ward, *op. cit.*, p. 450.

Indios

Los indígenas de México han sido objeto de admiración, estudio, crítica y asombro, ya sea por formar parte de un cuarto continente que no estaba contemplado en la Biblia, porque se pretendió demostrar que poseían una naturaleza racional o se les vio como la encarnación del “buen salvaje”.

Los viajeros que visitaron el país en el siglo XIX traían consigo diversas ideas sobre ellos. Algunos reafirmaron sus prejuicios, otros los vieron con curiosidad intelectual y, los menos, los idealizaron. La mayoría los consideraron como el sector más tradicionalista de la población; un ejemplo lo proporciona Carl Christian Sartorius:

El indio invariablemente sigue apegado a su indumentaria tradicional, que es tan sencilla como la forma de vivir de estos hijos de la naturaleza. El hombre usa un calzoncillo corto y ancho de algodón o de gamuza, sujeto a las caderas con un cinturón, y una blusa de lana burda. Un pequeño sombrero de paja y unos huaraches completan su indumentaria, desprovista de todo ornamento.⁷³

A las palabras de Sartorius, podemos agregar las de su compatriota, Eduard Mühlenpfordt:

Tan sencillo como su modo de vida es el vestido del indio. Éste varía ciertamente según las regiones y tribus, pero los materiales son invariablemente los mismos: sobre todo algodón y cuero, y

⁷³ Sartorius, *op. cit.*, p. 125

elaborados casi siempre por el mismo que los viste. Cuando dispone de camisa, ésta está hecha de una tela burda de algodón, tejida en casa.⁷⁴

Ambos testimonios permiten ver a unos indios que continuaban elaborando sus prendas con los materiales más baratos que tenían a su alcance. El algodón dejó de ser el sello de estatus que fue en el México prehispánico,⁷⁵ para convertirse en la tela del pueblo; una de sus presentaciones, denominada calicó,⁷⁶ fue la más empleada. Además, al contrario de la “gente decente”, para quienes el lujo y la ostentación eran comunes, ellos se vestían de una manera muy austera, lo cual denotaba su precaria situación económica.

El francés Ernest Vigneaux destaca que, en las ciudades y, sobre todo, en la de México: “Algunos, sin embargo, adoptan el vestido de la raza criolla, los calzones de algodón blanco o de cuero, las enaguas de indiana;⁷⁷ pero la camisa suele suprimirse y la fantástica hechura del pantalón y la costumbre de arremangarlo, revelan la predisposición constante a la libertad”.⁷⁸ La cita anterior permite visualizar que, en las grandes urbes, los indígenas podían, dependiendo de su poder adquisitivo, comprar ropa propia de otros

⁷⁴ Mühlentfordt, *op. cit.*, p. 180.

⁷⁵ *Vid supra*, pp. 16-21.

⁷⁶ “Tela delgada de algodón” en Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 427.

⁷⁷ “Tela de algodón o de lino pintada, procedente de las Indias” en *Ibidem*, p. 429.

sectores de la población, sobre todo de los mestizos.

En contraste con esos indios que lograban un mejor nivel de vida, estaban algunos, sucios escuálidos y andrajosos,⁷⁹ que llenaban de horror a los forasteros:

La extraordinaria fealdad natural de los indígenas, particularmente de los entrados en años, resaltaba aún más por la repugnante combinación de suciedad y harapos. No llevaban vestido alguno: una cobija llena de agujeros para el hombre y unas enaguas andrajosas para la mujer constituían todo el atuendo; y el aspecto de sus personas, como consecuencia natural de tal escasez de vestimenta, era realmente intolerable para un extraño.⁸⁰

La condesa Paula Kolonitz, quien formó parte del cortejo que acompañó a los emperadores Maximiliano y Carlota a México en 1864, escribió lo siguiente:

lo más maravilloso de todo son ellos mismos con su vestido adamítico y su descarnada figura. Se ciñen en torno a la cintura un pedazo de piel que hace las veces de pantalones, una tela de algodón les cubre la espalda y el pecho y por allí sacan la cabeza. Los brazos y las piernas van libres, llevan sandalias en los pies y en la cabeza un sombrero de paja finamente tejida. Las mujeres varían poco o nada su modo de vestir; muchas veces las vi llevar solamente una pieza de algodón que le sirve como de sotana, así es que la parte superior del cuerpo está aún menos protegida. Sus inteligentes niñas, con sus grandes ojos negros y suaves, han renunciado a cualquier lujo en el vestir.⁸¹

De este modo, podemos ver que en la literatura de viajes hay dos elementos con los que irremediablemente se asocia al indio: tradición y pobreza. La primera era una característica de los pueblos

⁷⁸ Vigneaux, *op. cit.*, p. 69.

⁷⁹ Ward, *op. cit.*, p. 444.

autóctonos, de aquellos que conservaron su tierra y sus costumbres; la segunda, de los indígenas desarraigados, de quienes perdieron el vínculo con su comunidad y sus ritos.⁸²

Sobre la tradición, Sartorius señala: “El uso del zapato en lugar de huaraches es considerado por los indios como un alejamiento de las buenas costumbres”.⁸³ Para ellos, vestirse consistía en algo más que cubrir sus cuerpos, era un reflejo de su identidad, y nos atreveríamos a decir que aún es así. Cambiar una prenda de uso autóctono por una occidental implicaba sumisión y, sobre todo, pérdida de raíces. El atuendo encarnaba también un modo de resistencia, equivalía a mantener vivo el vínculo con su tierra y el pasado.⁸⁴

La pobreza es un fenómeno que, en la mayoría de las ocasiones, se relaciona con los naturales que vivían en las ciudades, con aquellos que muchas veces formaban parte de lo más bajo de la sociedad, los que convivían con los léperos: “En sus costumbres son extremadamente perezosos; propensos a la mentira y al chisme, sucios; llevan el cabello largo y enmarañado, a menudo van con los

⁸⁰ *Ibidem*, p. 450.

⁸¹ Kolonitz, *op. cit.*, p. 113.

⁸² Prieto Hernández, *op. cit.*, p. 120.

⁸³ Sartorius, *op. cit.*, p. 125.

⁸⁴ Susana Druker, *Cambio de indumentaria. La estructura social y el abandono de la vestimenta indígena en la villa de Santiago Jamiltepec*. México: Instituto Nacional

pies descalzos y visten un pantalón holgado, camisa, ceñidor, algunas veces, y , en ocasiones, un sarape que forma parte del guardarropa”.⁸⁵

Colores, formas, texturas, actitudes, diversiones, educación, trabajo... todo tenía sus propias características en nuestro país durante el siglo XIX. Las desigualdades también lo distinguían, y tendríamos que admitir que, hoy en día, se aprecia el mismo fenómeno. En ese contexto, los extranjeros luchaban por ejercer una mayor influencia en el territorio a través de la política, comercio, minería, religión y, por supuesto, el vestir.

Una gran variedad de figuras se encontraban en las calles de las ciudades, los mercados y las iglesias. Allí estaban los blancos, los léperos, las chinas, los indios, conviviendo e intercambiando formas de ver la vida y arreglarse. De manera consciente o no, percibían a los otros y trataban de adoptar lo que les gustaba de ellos a su estilo de vida.⁸⁶

Los viajeros describieron a los “tipos” mexicanos, ya sea por su atuendo, actitud o costumbres; si bien la mayoría no logró profundizar en sus reflexiones, sus escritos nos ayudan a imaginar a un México vivo. De esta manera, podemos apreciar vestidos fastuosos junto con

Indigenista, 1990, pp. 33-34.

los harapos de las leperitas, y la desnudez de los indios que se acentuaba con las levitas de quienes poseían más.

La imagen que acompaña este texto nos da una idea de lo que contemplaron los forasteros: indios borrachos tirados en las calles, damas con sombrillas y trajes oscuros camino de la misa, una mestiza atendiendo un puesto de frutas mientras la seduce un arriero, probablemente el mismo que cada semana le suministra la mercancía, y su pequeño trata de atraer la atención de su madre hacia la presencia de una pareja de clientes. El hombre luce sombrero y levita, y la robusta compañera que lleva del brazo viste una enagua de color claro y una blusa blanca. Escenas como ésta presenciaron y describieron en sus obras los viandantes que visitaron México durante el siglo XIX. En el siguiente capítulo, hablaremos de uno de los personajes que más les cautivó: la china poblana.

⁸⁵ Wheat, *op. cit.*, p. 88.

⁸⁶ Lau, *op. cit.*, p. 94.

SEGUNDA PARTE

BOLEROS

“Chinita de la frente,
la de ojos negros,
la que tiene los labios
de caramelo,
no me desdeñes [...]

”Son tu rostro las rosas
y los claveles [...]
Graciosa chata,
que reciba tu pecho
sus limpias aguas [...]

”Dame tu mano linda...
después, los brazos;
y después... lo que quieras [...]

”Arriésgate un poquito,
mírame a solas,
piensa en que los mirones
necios estorban [...]

”De mi lealtá, mi vida,
no tengas duda,
que para cualquier lance
tengo dos curas,
el del curato,
y el del sorbete y leva [...]

Ella le escuchó atenta
con cierta risa,
y, guiñándole el ojo,
porque es indina,
le dijo: [...]

”Si usted quiere de veras
conmigo tratos,
dé usted su vueltecita
por el curato...
mientras... no pida,
y busque sus remedios
en la botica.”

Guillermo Prieto, 1879.

LA CHINA POBLANA EN EL SIGLO XIX

De todos los personajes que deambulaban por las calles de las ciudades, la “china poblana” llamó la atención de los viajeros y escritores nacionales, quienes, con relativa frecuencia, la dibujaron y describieron en sus obras.

Antes de entrar a nuestro tema, la china poblana en el siglo XIX, creemos conveniente bosquejar a la sociedad decimonónica mexicana, ya no en cuanto a su vestimenta, sino en los ideales de comportamiento que regían, sobre todo, a las mujeres. Nos concentramos en éstas con el fin de crear un panorama que permita entender en qué contrastaba la “china poblana” y por qué recibió críticas que, entre otras cosas, la vincularon con la prostitución.

La mujer ideal

Como ya se mencionó en otro pasaje,¹ la Independencia de México estuvo aunada a una serie de modificaciones, las cuales hicieron más evidentes algunas necesidades, entre ellas la búsqueda de una identidad “nacional“. Por un lado, la sociedad intentó romper con las antiguas costumbres; por el otro, no se sabía cuál debía ser el modelo cultural a seguir. En ese proceso, los mexicanos adoptaron el Romanticismo como una forma de concebir su realidad.²

Esta corriente de pensamiento: 1) privilegiaba la emoción e intuición por encima de la razón y, como la mujer estaba vinculada por antonomasia con éstas, se convirtió en musa de los intelectuales; y, 2) reconoció la importancia del pueblo como actor social y, como parte del movimiento nacionalista, su cultura fue rescatada.³ A continuación nos ocuparemos del último punto, pues el primero requiere una mayor

¹ *Vid. supra* p. 41.

² Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*. México: CONACULTA, 2005, p. 18.

³ *Ibidem*, p. 15 y Montserrat Galí Boadella, *Historias del bello sexo: la introducción del Romanticismo en México*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2002, pp. 25-26.

atención por estar directamente relacionado con nuestro tema.

Carlos Illades dice, en su libro *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, que varios factores influyeron en la valoración del pueblo, tales como: el ascenso de una nueva clase (la burguesa) al poder, la fractura del orden social, la separación de España y las diferentes guerras, tanto internas como externas. Es decir, al participar en la defensa del territorio, el pueblo (mestizos e indios) hizo evidente su importancia como actor social, se convirtió en garante de la soberanía nacional y depositario de los valores patrios, al menos eso exponía el discurso.⁴

En la Academia de San Juan de Letrán (1836), se formaron los literatos mexicanos que siguieron el Romanticismo. Éstos colocaron como protagonistas de la narrativa a las llamadas clases populares y a las mujeres, citemos como ejemplo a Manuel Payno con *Los bandidos de Río Frío* y a Guillermo Prieto con sus *Cuadros de costumbres*. Cada escritor intentó que sus obras tuvieran un mensaje moral, una invitación al recto comportamiento según los dictados de la época.⁵ Así, surgió una literatura con el propósito de establecer una identidad

⁴ Illades, *op. cit.*, p. 18.

⁵ *Ibidem*, p. 171.

nacional.⁶

El nuevo discurso, por un lado, planteaba que el sector trabajador de la sociedad (burguesía, artesanos, indígenas, trabajadores manuales, agricultores, entre otros) promovía el progreso colectivo, además de que defendía a la familia y las buenas costumbres mexicanas. En contraste, las clases ociosas (comerciantes, agiotistas, aristócratas, calaveras, políticos) y bajas (vagos y léperos) serían señaladas como las causantes de todos los males sociales.⁷

Por el otro, a la par de la revaloración del pueblo, subsistía un prejuicio contra el trabajo manual y mecánico. De esta manera, una persona que se preciara de ser “decente” no podía ni debía desempeñar esas labores. Lo ideal era vivir de las rentas o, en su defecto, que el varón cubriera todas las necesidades familiares. Podemos ver que el pueblo se encontró en constante observación y que el discurso exaltaba sus cualidades o sus defectos, pero al final

⁶ *Ibidem*, p. 54 y Marco Antonio Campos, *La Academia de Letrán*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2004, p. 7 (Colección de bolsillo 23). Cabe aclarar que en el siglo XIX se entendía por nacional todo aquello que fuera propio o natural de alguna nación, es decir lo que distinguía a un país de los demás. Y por nación se concebía 1) el lugar de nacimiento y 2) provincia, país o reino, el territorio donde se habitaba. En Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía en México*, p. 21 y Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua 1822, 1837, 1852, y 1869 versión en línea: <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Lema&sec=1.2.0.0.0>> Última fecha

triunfaría la visión a favor del estereotipo del “pueblo”, en concreto del sector industrial de la población.⁸ A continuación, veremos el impacto que tuvo ese nuevo pensamiento en la vida femenina.

Una de las principales preocupaciones de la época consistió en guiar por el camino correcto a las mujeres, pues éstas eran las guardias y transmisoras de las costumbres. Así, los intelectuales mexicanos intentaron implantar reglas de comportamiento, primero dentro su círculo, después en los sectores populares.⁹

Montserrat Galí admite que las mujeres del siglo XIX vieron coartada su libertad de movimiento, pues entonces se concibió como su lugar el hogar, la vida privada: la crianza de los hijos y el cuidado de la casa.¹⁰ Raras veces se podía ver a las blancas deambulando por las calles de la ciudad ya que debían conservar un atributo altamente estimado: el honor-virtud.

Desde la época colonial, se puso especial énfasis en éste, puesto que no sólo encarnaba la posición social, sino también la

de consulta: 11/10/2007, 10:30 a 11:00 horas.

⁷ Illades, *op. cit.*, p. 114.

⁸ Galí Boadella, *op. cit.*, pp. 200-201, Julia Tuñón, *Mujeres en México. Recordando una historia*. México: CONACULTA, 1998, p. 97 y Fernanda Núñez Becerra, *La prostitución y su represión en la ciudad de México (siglo XIX). Prácticas y representaciones*. España: Gedisa Editorial, 2002, p. 92.

⁹ Galí Boadella, *op. cit.*, pp. 95-96.

¹⁰ *Ibidem*, p. 62.

calidad moral de las personas. Basado en la sexualidad, el honor-virtud exaltaba la virginidad de las criollas solteras y la fidelidad de las casadas. Para la sociedad novohispana, el único elemento para que una mujer fuese respetada era su castidad, y ésta sólo la podía conservar o perder.¹¹ Este criterio de valoración siguió vigente en el siglo XIX.

Como depositarias del honor masculino, las féminas debían asegurar la legitimidad de los hijos (varones), pues éstos heredarían los bienes (tanto materiales como inmateriales) del padre. Por lo anterior, la sexualidad y su papel reproductivo debían estar bajo un control estricto. Algunos de los mecanismos empleados para cerciorarse de que la descendencia era legítima fueron el encierro y los chaperones. Podemos decir que, para algunos intelectuales, una mujer debía ser buena y, sobre todo, parecerlo.¹²

Por lo anterior, las féminas, en especial las aristócratas, tenían la obligación de conservar su honor a como diera lugar; cualquier conducta supuestamente ligera o inconsciente ocasionaba rumores

¹¹ Ramón A. Gutierre, *Cuando Jesús llegó, las madres del maíz se fueron. Matrimonio, sexualidad y poder en Nuevo México, 1500-1846*. Traducción de Julio Colón Gómez. México: FCE, 1993, pp. 229, 262 y 266.

¹² Françoise Carner, “Estereotipos femeninos en el siglo XIX” en Carmen Ramos Escandón *et al.*, *Presencia y transparencia: La mujer en la historia de México*. México: El Colegio de México, 1987, p. 97.

que llegaban a destruir la reputación,¹³ la imagen que los demás tenían de ellas. Es decir, todo consistía en mantener la apariencia de persona “decente“, además de no caer tan fácilmente en los juegos de la seducción, pues ésta implicaba desprestigio y dificultades para un buen matrimonio.¹⁴

La educación que recibían las criollas estaba encaminada a conservar la virtud, un “fin noble y socialmente saludable“.¹⁵ Las madres fueron las encargadas de inculcar y fomentar las buenas costumbres en el seno familiar. Pero también los intelectuales ayudaron a tan noble fin a través de publicaciones como el *Semanario de las señoritas mexicanas*, medio por el cual transmitieron valores.

Veamos el siguiente ejemplo:

Hay una virtud que es al mismo tiempo la herencia, la marca, y el adorno de nuestro sexo, que da valor á todos los otros, que hermosea á la belleza misma, que quita la fealdad, que conserva a la muger anciana algunos de los encantos de su juventud, y sin la cual la muger casi dejaria de serlo; una virtud que todo hombre delicado desea encontrar en el corazón de su hermana, de su esposa y de su hija; una virtud que haciendo nacer el amor, desviando el riesgo, se atrae el respeto. La timidez, la reserva, la modestia, el pudor, todas estas bellas cualidades, todas esas amables seducciones de nuestro sexo están designadas bajo esta sola palabra. *Decencia*.¹⁶

¹³ “La reputación era una valoración pública de la medida en que uno personificaba los ideales del código del honor.” Gutierre, *op. cit.*, p. 276.

¹⁴ Carner, *op. cit.*, p. 97-99.

¹⁵ Galí Boadella, *op. cit.*, p. 199.

¹⁶ *Semanario de las señoritas mexicanas* 1842, citado en Julia Tuñón, *El álbum de la mujer. Antología ilustrada de las mexicanas. Volumen III. El siglo XIX (1821-1880)*. México: INAH, 1991, p. 87.

La definición de una mujer de acuerdo con su comportamiento debió marcar sobremanera las actividades realizadas a lo largo del día, pues era de vital importancia mantener el buen nombre de la familia. Así, todos los ideales mencionados fueron trasladados, entre otras cosas, a la ropa. A través de ésta, se debía exteriorizar que el padre o cónyuge gozaba de éxito económico y cumplía con mantener a su familia en buenas condiciones; si la realidad era otra, no importaba, siempre y cuando la apariencia fuera impecable, de “gente decente“. Es decir, si no con un atuendo a la última moda, éste tenía que ser limpio y no mirarse desgastado.¹⁷

Cuando hablamos de la revaloración del pueblo, mencionamos que, a pesar de la nueva mentalidad, existía un enorme prejuicio hacia el trabajo. Dentro de ese panorama, una mujer que saliese a laborar fuera de su hogar sería considerada transgresora del sistema, ya que trastocaba los valores sociales y, además, se desconfiaba de su honradez, poniéndose en duda de qué manera obtenía sus recursos.¹⁸

Al desempeñar actividades en el exterior de sus casas, las

¹⁷ María Eugenia de Lara, “La indumentaria, del Imperio al Porfiriato”, versión en línea:<http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/cultura_y_sociedad/artes_populares/detalle.cfm?idcat=3&idsec=16&idsub=72&idpag=1978> Última fecha de consulta: 13/XI/2006, 12:15 horas y Atzín Julieta Pérez Monroy, *La moda en la indumentaria: del barroco a los inicios del romanticismo en la ciudad de México (1785-1826)*. México, s./ed., 2001, p. 103, 124-125.

mujeres del pueblo cargaron con una recriminación doble: por un lado, fueron acusadas de abandonar el hogar y, por el otro, sufrieron la pena de ser consideradas las culpables de los problemas sociales. Sin embargo, salían a buscar su sustento, la mayoría de las veces por necesidad.¹⁹

El ausentarse del hogar no implicaba que se perdiera el rol femenino. Por el contrario, el trabajo estaba relacionado con las actividades “propias del sexo débil”: hacer comida, lavar, atender puestos de fruta, coser, bordar, etc. Por lo anterior, es comprensible que una gran parte de las indias y mestizas trabajaran como sirvientas.²⁰

De acuerdo con Fernanda Núñez, el servicio doméstico fue considerado en la categoría de “clases peligrosas”, pues para la sociedad decimonónica: “una mujer subordinada era una prostituta en potencia”.²¹ No obstante, aún está confuso entender por qué se relacionó a la sirvienta con el oficio más antiguo del mundo.

La misma autora señala que esa vinculación estuvo directamente relacionada con el factor económico. Como una sirvienta

¹⁸ Galí Boadella, *op. cit.*, pp. 199 y 201.

¹⁹ *Ibidem*, p.201 y Núñez Becerra, *op. cit.*, p. 92 y 93.

²⁰ Núñez Becerra, *op. cit.*, p. 103

²¹ *Ibidem*, pp. 105-106.

ganaba muy poco podía recurrir a venderse con el fin de obtener un “mejor” ingreso. Además, los patrones acostumbraban acosar al servicio doméstico; suponemos que hubo excepciones, pero para ellos resultó muy fácil aprovecharse de las jóvenes trabajadoras que llegaban de provincia.²²

Otra explicación de ese binomio es que durante el período virreinal existió una institución denominada “recogimiento”, cuyo objetivo consistió en reformar a las mujeres, sobre todo, de la vida galante. En un principio, por su propia voluntad y, después, por orden de un juez, éstas fueron recluidas en ese tipo de establecimientos.²³

Al formar parte del sistema penitenciario, los recogimientos aplicaron las sentencias en lo que podríamos denominar dos etapas: “A algunas mujeres se las tenía recogidas *sólo algunos meses, enviándolas otros tantos a servir en alguna casa de honra*, para que con el *buen ejemplo* de la familia y una ocupación honesta, corrigieran definitivamente sus vidas y se readaptaran a la vida social.”²⁴ Las palabras de Josefina Muriel permiten pensar que, debido a la forma mencionada de cumplir el castigo, durante la época novohispana se

²² *Ibidem*, pp. 19 y 105.

²³ Josefina Muriel, *Los recogimientos de mujeres: respuesta a una problemática novohispana*. México: UNAM-IIIH, 1974, p. 45.

²⁴ *Ibidem*, p. 128. Las cursivas son nuestras.

extendió la idea de que las sirvientas eran prostitutas “reformadas”, uniéndose así ambos oficios. Es decir, las clases altas dudaron del comportamiento de esas mujeres y esa visión (prejuicio) permanecería mucho tiempo en el imaginario mexicano.

Hasta aquí, hemos visto que el discurso promovido en el México decimonónico tuvo dos sentidos: por una parte, se ensalzó al pueblo, el trabajo y la mujer,²⁵ por la otra, culparían a las clases bajas de los vicios sociales, despreciaron las labores manuales, y confinaron al llamado sexo débil en las casas. Como es de suponerse, la prostitución entró también en esa doble moral.

En efecto, como integrante del pueblo, se juzgó a las rameras como lo peor de la sociedad, las que corrompían a los “caballeros” y, lo más desagradable era que ejercían su sexualidad libremente. A pesar de estas consideraciones, fueron a la par vistas como un mal necesario: las criollas podían mantener su doncellerz ya que los hombres descargaban su libido con las de abajo. Así, la virtud, y, por ende, el honor de las solteras “decentes” se conservaba por más tiempo.²⁶

²⁵ Se ensalzó al sector productivo, es decir a los obreros y artesanos en contraposición a léperos. Carlos Illades y Adriana Sandoval, *Espacio social y representación social en el siglo XIX*. México: UAM-PyV, 2000, p. 103 y 116.

²⁶ Tuñón, *Mujeres en México...*, p. 108 y Núñez Becerra, *op. cit.*, p. 106.

En esta sección hemos bosquejado como, durante el siglo XIX, fue extremadamente importante demostrar a los demás un correcto comportamiento, aunque en la intimidad sucediera lo contrario, ya que una persona valía en tanto disfrutara del aprecio de sus contemporáneos. El maniqueísmo romántico llegó, en mayor o menor medida, a todos los estratos sociales y la mujer tenía dos posibilidades: ser prostituta o santa.²⁷

²⁷ Galí Boadella, *op. cit.*, p. 438.

El nombre

En esta sección presentaremos las diversas versiones que tanto autores decimonónicos como escritores contemporáneos proporcionan del nombre de “china poblana”. A pesar de que algunas opiniones puedan parecer simples, son importantes para entender la visión que, en el siglo XIX (1830-1860), tuvieron propios y extraños de tan singular personaje. Además, relataremos brevemente la leyenda de Catarina de San Juan para, por último, exponer nuestra postura sobre el término.

En la obra *La tierra templada*, del naturalista francés Lucien Biart, éste brinda el siguiente razonamiento: “La cabellera rizada ###de donde le viene el nombre de *china###* le ondula sobre las sienes, pasa detrás de las orejas, cargadas de zarcillos, y cae en gruesas trenzas que bajan hasta la cintura.”²⁸ Esta explicación no ofrece más detalles sobre el origen “racial” de las chinas o las actividades que desempeñaban, y, a nuestro juicio, peca de inocente, pues no

²⁸ Biart, *La tierra templada*, pp. 250-251.

cuestiona el sentido del razonamiento. Sin embargo, debemos reconocer a Biart como el único viajero, de los consultados, que reflexionó sobre este asunto.

Continuando con la revisión de nuestras fuentes, encontramos que fue un escritor mexicano, José María Rivera, quien planteó la existencia de varias interpretaciones. En su artículo titulado “La china” (1855), texto que forma parte de *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Rivera entabla una conversación con el lector diciendo:

En resumidas cuentas, ¿quién es la china?, me preguntarás. Ya te lo diré; pero entretanto, sábetelo que si le preguntas á un literato, te responderá que la china es una versión de la maja española. y el erudito te dirá que no es otra cosa que un mal bosquejo de la manola; pero para mí que no soy ni erudito ni literato, la **china** es la legítima y hermosa hija de México, y un conjunto de tentaciones capaz de hacerme abandonar mis costumbres pacíficas, circunspectas y bonachonas, cosa que también sucederá a los **conocedores** á inteligentes si llegan a ver esa personita, que en este instante es mi única inspiración, mi solo numen.”²⁹

Podemos ver que este autor no retomó la idea, expuesta por Biart, de que la “china” tuviera el pelo rizado. Y, pese a nuestras expectativas, no proporciona una definición de quién era una china; por el contrario, para Rivera, de acuerdo con la actividad y gustos de cada persona sería la explicación. Es decir, hasta el momento sólo logramos estar seguros de que con ese nombre se denominó a una

²⁹ José María Rivera, “La china” en *Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales, por varios autores*. México: Símbolo, 1946, p. 90.

mujer singular que embelesaba a los hombres de cualquier nivel.

El periodista mexicano Marcos Arróniz señala en su *Manual del viajero en México* (1858) que pertenecía a una raza diferente a la india,³⁰ y líneas más adelante agrega: “Su cabello negro está graciosamente ondulado, y de ahí les ha venido sin duda el nombre”.³¹ Estas palabras son semejantes a las mencionadas por el naturalista francés. Así, observamos que estos escritores concuerdan al pensar que el apelativo de china correspondía a la forma de la melena de esta mujer, además de que Arróniz aclara que no era india, aunque no precisó a qué sector de la sociedad pertenecía. Tenemos así una idea vaga del origen de nuestra poblana.

Quien realizó un estudio profundo del término fue el bibliófilo Joaquín García Icazbalceta. Si bien éste sale del período de nuestro estudio, rastreó el sentido de la palabra en diferentes partes del continente y, sobre todo, en nuestro país, y su investigación es de gran utilidad. De esta suerte, en su *Vocabulario de mexicanismos*, localizamos lo siguiente:

La CHINA de México era un tipo especial que alcancé, y que ha desaparecido por completo, ó á lo menos el traje y modales que la distinguían. [...] *una mujer del pueblo que vivía sin servir á nadie y*

³⁰ Marcos Arróniz, *Manual del viajero en México*. México: Instituto Mora, 1991, pp. 137-138.

³¹ *Ibidem*, p. 138.

*con cierta holgura á expensas de un esposo ó de un amante, ó bien de su propia industria. Perteneía á la raza mestiza, y se distinguía generalmente por su aseo, por la belleza de sus formas, que realizaba con un traje pintoresco, hartamente ligero y provocativo, no menos que por su andar airoso y desenfadado. Si hoy apareciera en las calles una de aquellas CHINAS, se llevaría tras sí á la gente, y correría peligro de que un gendarme diera con ella en la inspección de policía. Después de haber desaparecido de México las CHINAS permanecieron algún tiempo en Puebla, y de ahí les vino el nombre de *poblanas*. Actualmente sólo se ve este tipo en estampas, ó en figurillas de cera, trapo o barro. Suele aparecer en la escena cuando se trata de ejecutar bailes nacionales; pero con indispensables adiciones en el traje.*³²

Cabe señalar que el historiador la nombra: “tipo especial”. Es decir, la china tenía características que la distinguieron del resto de la sociedad, entre otras cosas, un vestido singular. Al leer las palabras de Arróniz: “La *China* es una criatura hermosa, de una raza diferente de la india [...]”,³³ podíamos suponer que el origen de la poblana fue mestizo. Ahora Icazbalceta lo confirma.

Otros datos proporcionados por el bibliófilo hacen referencia a las actividades desempeñadas por estas mujeres. El autor deja entrever que se dedicaron a vender su cuerpo cuando asevera: “vivía[n] sin servir á nadie y con cierta holgura á expensas de un esposo ó de un amante”.³⁴ Sin embargo, líneas adelante destaca que

³² Joaquín García Icazbalceta, *Vocabulario de mexicanismos comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países hispano-americanos*. México: “La Europea”, 1899, pp. 151-152. Las cursivas son nuestras.

³³ Arróniz, *op. cit.*, p. 137.

³⁴ García Icazbalceta, *op. cit.*, p. 151. El corchete es nuestro. Más adelante veremos qué tan cierto es que las “chinas” fueran prostitutas, *vid. infra* p. 98.

podía trabajar en otras cosas. El panorama comienza a despejarse, pero, para lograr una mayor claridad, tenemos que recurrir a los investigadores modernos.

En 1971 apareció el libro *Catarina de San Juan princesa de la India y visionaria de Puebla*, de Francisco de la Maza, donde explica lo siguiente: “La voz “china”, en femenino, aplicada a personas, fue sinónimo de sirvienta aunque también, en Sudamérica, de manceba. En México fue siempre para criadas ####o esclavas#### y tuvo un carácter cariñoso. Aun hoy es un sobrenombre de simpatía y se usa, principalmente y sin distinción de sexos, para los que tienen el pelo rizado.”³⁵

De cierta manera, las palabras de De la Maza se contraponen al concepto de García Icazbalceta; pues, mientras el primero asevera que la “china” era una sirvienta, el segundo afirma que no servía a nadie. Sin embargo, no descalificamos ninguna de las versiones ya que, como declara Francisco J. Santamaría (1980), no existe una voz en América

con significado tan vario como sean en número los países hispanos; pero a la vez tan común que no habrá habitante de México, del Perú o de la Argentina que oyendo tal vocablo, no tenga inmediatamente

³⁵ Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan princesa de la India y visionaria de Puebla*. México: CONACULTA, 1990, p. 21. Más adelante hablaremos sobre quién era Catarina de San Juan *vid. infra* p. 92.

en la imaginación el tipo de una mujer, cuyas características personales pueden variar al infinito, pero que tiene siempre un rasgo común: la simpatía.³⁶

Santamaría subraya la ambigüedad del término y, después de realizar una revisión detallada de varios diccionarios, concluye que: “«CHINA. s. m. En América, criada, sirvienta; niñera.»³⁷ Destaca, además, que en México era un tipo especial de mujer del pueblo, mestiza, libre, trabajadora, salerosa, vestía trajes vistosos, aseada, carismática y decidora. A todos los atributos mencionados, añade que también designaba a una casta y a las personas con cabello ensortijado.³⁸

La investigadora María Concepción García Saiz explica que: 1) el nombre provenía del quechua (*china*), 2) designaba a la india o mestiza que se dedicaba al trabajo doméstico, 3) podía referirse también a la mujer de la parte más baja del pueblo, y, 4) posiblemente se aplicó a los individuos que tenían el pelo ensortijado. En cuanto a la casta que aludía, relata que podía descender de las mezclas entre lobo y negra, lobo e india, mulato e india, coyote y mulata, español y

³⁶ Francisco J. Santamaría, *Americanismo y barbarismo*. México: Consejo Editorial del Gobierno de Tabasco, 1980, p. 182.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ *Ibidem*, pp. 182-183.

morisca, y chamicoyote e india.³⁹

Los tres autores modernos mencionados aportan un mayor número de acepciones que los escritores decimonónicos. Es decir, los primeros no descartaron que la palabra “china” hiciera referencia a la forma del cabello, mas no lo aceptaron como su único significado. Asimismo, a diferencia de sus antecesores, tratan de discernir cuál fue el origen racial de esta mujer y llegan a la conclusión de que es variado, lo cual da mayor validez a la idea de que la china era mestiza y podía o debía trabajar en distintas actividades, aunque predominó la de sirvienta.⁴⁰

Aunada a los estudios de propios y extraños, hallamos una leyenda que intenta explicar el origen del vestido de la china poblana; aunque ninguno de los autores decimonónicos consultados hace referencia a ella, la consignaremos brevemente a continuación.

Hacia los primeros años del siglo XVII, una princesa, india o mogola, llamada Mirra, fue raptada por piratas portugueses, quienes la llevaron a tierras lejanas para venderla como esclava. El capitán Miguel de Sosa la compró en Filipinas y la llevó consigo a la ciudad de

³⁹ María Concepción García Saiz, *Las castas mexicanas. Un género pictórico americano*. Olivetti, 1989. Versión en línea: <<http://www.iteeinflamate.com/updat/1123114980.pdf>>, última fecha de consulta: 26/V/2007, 18:34 horas.

⁴⁰ Las actividades desempeñadas por las “chinas poblanas” en el México del siglo XIX

Puebla. Hagamos un pequeño paréntesis para ver que, considerando la narración como verdadera, entenderemos que se le denominó “china” porque venía del Oriente; pues, en la época novohispana, los “blancos” llamaban “chino” a todo aquel que llegaba de Luzón y Mindanao, con mayor razón a los filipinos; y, “poblana” por ser habitante de la Angelópolis.⁴¹ Prosigamos el relato.

Cuando fue bautizada, Mirra adoptó el nombre de Catarina de San Juan. Después de permanecer algún tiempo al servicio de la familia Sosa, se casó con el “chino esclavo Domingo Juárez”. En otras palabras, su marido descendía de alguna de las mezclas raciales mencionadas por María Concepción García. Para Nicolás de León resulta evidente que el nombre se debió a ese enlace matrimonial y no a que nuestra heroína proviniera de China.⁴²

A pesar de dormir en el mismo lecho, la pareja nunca consumó el matrimonio y, al morir su cónyuge, Catarina se dedicó a asistir a los enfermos y a rezar, por lo cual adquirió fama de mujer piadosa y

serán abordadas en el siguiente apartado p. 84.

⁴¹ Agustín Grajales Porras, “La china poblana: princesa, india, esclava, casada y virgen, beata y condenada” en Eva Alexandra Uchmany, *México-India. Similitudes y encuentros a través de la historia*. México: FCE, 1998, p. 106, Melitón Salazar Monroy, *La verdadera china poblana*, Puebla: s./ed. , 1942, p. 8. y Maza, *op. cit.*, p. 21.

⁴² Nicolás de León, *Catarina de San Juan y la china poblana. Estudio etnográfico-crítico*. Puebla: Ediciones Altiplano, 1971, p. 21.

visionaria.⁴³

Los biógrafos de Catarina aseguran que ella tuvo, aun antes de convertirse al cristianismo, una serie de conversaciones con Cristo, la virgen María y Santa Ana. Dicho de otra forma, fue una mística por naturaleza. Su fama en Puebla creció y, a su muerte (1688), un gran tumulto se arremolinó junto a su féretro con el fin de obtener alguna reliquia de la santa mujer.⁴⁴

En una iglesia del Espíritu Santo o de la Compañía de Jesús, congregación con la que siempre mantuvo relación, descansan los restos de la princesa originaria de Oriente; donde se encontró una lápida con una inscripción dedicada a Catarina de San Juan, la famosa “china poblana”.⁴⁵

Ante tales circunstancias, ponemos en duda la relación entre Catarina de San Juan y las chinas poblanas descritas por los

⁴³ María del Carmen Vázquez Mantecón, “La china *mexicana*, mejor conocida como china poblana” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, número 77, 2000, pp. 131-132. Versión en línea: <http://www.analesiie.unam.mx/pdf/77_123-150.pdf> Última fecha de consulta: 13/11/06, 11:33 horas, Melitón Salazar Monroy, *La verdadera china poblana*, Puebla: s./ed., 1942, p. 8, Louise A. Stinetorf, *La china poblana*. Estados Unidos: The Bobbs-Merrill Company, 1960, 256 pp. Margarita de Orellana, “Para vestirse de mexicana” en *Artes de México*. Revista-libro número 66, primera edición, 2003, p. 7, José del Castillo Grajeda, *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catarina de San Juan*. Presentación: Manuel Toussaint. México: Ediciones Xochitl, 1946, 213 pp. y Arturo Ortega Morán, “¡Hasta que me cayó el veinte! : La china poblana”, en <http://www.elporvenir.com.mx/notas.asp?nota_id=31144> Última fecha de consulta: 13/11/06, 11:36 horas.

⁴⁴ Castillo Grajeda, *op. cit.* y Maza, *op. cit.*, p. 92.

escritores del siglo XIX, pues, a nuestro parecer, el vínculo resulta forzado, además de que las fuentes de la época no mencionan ninguna leyenda parecida. ¿Cómo aceptar que una asceta del siglo XVII haya creado un traje tan alegre y provocativo?

En el *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catarina de San Juan*, el jesuita José del Castillo Grajeda registró lo siguiente: “Siempre gustó de vestidos humildes, modestos y pobres, aborreciendo la profanidad que consigo traen los arreos, sino de perderse, de arriesgarse”.⁴⁶ Esta cita reafirma nuestro cuestionamiento.

Más adelante, el religioso añade: “[...] muy ajena estaba de gustar vestiduras preciosas [...] Sus aliños lo manifiestan, pues no salió de un vestido pardo de lana, huyendo de la delicadeza de la seda y de otra suerte de composturas que suele la naturaleza desear [...] El manto con que modestamente se cubría fue siempre el más grosero, el más tosco [...]”.⁴⁷

La descripción hecha por Castillo Grajeda se ve reforzada, cuando contemplamos un grabado con la imagen de la oriental, en el cual observamos a una mujer demacrada portando una especie de

⁴⁵ Salazar Monroy, *op. cit.*, p. 14.

sayal,⁴⁶ sin ningún ornamento. Entonces, ¿por qué se relacionó a la princesa con el traje de algunas mestizas?

Es en la revista *Artes de México*, número 66 del año 2003, donde encontramos una explicación. De acuerdo con el artículo “Las dos chinas: Catarina de San Juan y la atractiva mestiza”, en 1896, un coronel llamado Antonio Carreón creó el vínculo entre la beata y el atavío de “china” en su *Historia de la ciudad de Puebla*. Desde esa fecha, se dio por entendido que tenían el mismo origen. Cabe aclarar que sólo fue una idea del coronel, pues no tenía bases sólidas para asegurarlo; sin embargo, como declara Gutierre Tibón: la puntada de éste prosperó.⁴⁹

Otro autor, Agustín Grajales Porras, postuló la misma idea en su artículo “La china poblana: princesa india, esclava, casada y virgen, beata y condenada”, donde afirma que: “Cabe señalar, que cuando Carreón resucitó el recuerdo de aquella mujer, para nadie en Puebla significaba algo el nombre de Catarina de San Juan. Aún más, aparentemente tampoco tenía vínculos con la imagen popular de la

⁴⁶ Castillo Grajeda, *op. cit.*, p, 53.

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 121-122.

⁴⁸ “Tejido de lana apretada, basto y tosco al tacto, hecha sobre una base de tafetán [tela de lana]. Se usaba para [confeccionar] la ropa de los monjes o los prisioneros.” en Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 430. Los corchetes son nuestros.

⁴⁹ Gutierre Tibón, “Las dos chinas: Catarina de San Juan y la atractiva mestiza” en *Artes de*

China Poblana, con quien la identifica [...]”.⁵⁰

Ambos autores, Gutiérre Tibón y Agustín Grajales, se muestran muy convencidos de que el coronel inventó la relación entre un personaje del siglo XVII y un traje que alcanzaría su máximo esplendor en el XIX; también señalan lo inaceptable de esa explicación. Desgraciadamente no profundizaron más en el tema, sin embargo nos atrevemos a suponer que lo que Antonio Carreón intentó fue crear una leyenda que sustentara una tradición, con el fin de inculcar a sus contemporáneos un sistema de valores: el cristiano y fomentar la identidad nacional.⁵¹

Hasta aquí llega la revisión de la historia del nombre, ahora fijaremos nuestra postura diciendo que: consideramos forzada la relación entre Catarina y las mujeres que tanto cautivaron a los hombres del siglo XIX (1830-1860). Aceptamos la visión de estudiosos como Joaquín García Icazbalceta, Francisco J. Santamaría, María Concepción García, Gutierre Tibón y Agustín Grajales Porras.

México 66, p. 10.

⁵⁰ Grajales Porras, *op. cit.*, p. 108.

⁵¹ Eric Howbsbawn clasifica las tradiciones “inventadas” en: “a) las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales; b) las que establecen o legitiman instituciones, estatus, o relaciones de autoridad, y c) las que tienen como principal objetivo la socialización, el inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones relacionadas con el comportamiento.” Concebimos el relato del coronel Carreón dentro de la última. En Eric Hobsbawm, “Introducción: la

De lo anterior se deduce que de aquí en adelante hablaremos de la china poblana como un tipo especial de mujer, vestida de forma singular, de origen mestizo y que trabajaba en el servicio doméstico o vendiendo algún producto comestible.

invención de la tradición” en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*. Traducción castellana de Omar Rodríguez. Barcelona: Crítica, 2002, p. 16.

La china poblana

Durante el siglo decimonónico, México atravesó por una serie de pruebas que lo llevarían a formar una identidad: desde luchas internas, hasta invasiones extranjeras, todo ayudaría a cohesionar a un país que no sabía cuál era su destino. En ese ambiente de turbulencias políticas, económicas y sociales, vivió la china poblana.

Aquí hablaremos de ella de acuerdo con los datos que proporcionan extranjeros y nacionales decimonónicos. Para lograr nuestro objetivo, hemos ordenado las menciones de forma cronológica, pues así veremos la “evolución” de estas mujeres, ya que de una simple mujer del pueblo se convertirá en la representante de la nación mexicana.

Debemos aclarar que los diferentes autores consultados no hicieron distinción alguna entre el vestido de china poblana y la persona que lo lucía; sólo Karl Nebel y Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca hablaron de él sin nombrar a una fémina de alguna clase social en especial. Para la mayoría de los escritores,

“china” era igual al binomio traje-portadora. Asimismo, la mayoría de ellos la denomina china o poblana, son contados los casos que usan el nombre que nosotros conocemos.⁵²

En los inicios de la década de los treinta, el pintor alemán Karl Nebel describe que, en el período de su estancia en la antigua Nueva España, tanto “criollas de la clase media” como “ las del pueblo bajo” portaban el traje de la “china”. Líneas adelante agrega: “Es tan cómodo y ligero este vestido, que aun las señoras de primer rango no desdeñan llevarlo en el interior de sus familias”.⁵³

Las palabras del alemán sugieren que, en esa década (1830), no era permitido a las criollas lucir en espacios públicos un atuendo que también llevaban las mujeres del pueblo. Para la sociedad mexicana, como para todas, un atuendo era algo más que una tela: fue una forma de comunicarse con los demás. Se creía que al usar un determinado tipo de ropa se adquirirían, como por arte de magia, los atributos (calidad moral) del sector de la población que generalmente la

⁵² José Agustín Arrieta y Édouard Pingret son dos autores que bautizan sus pinturas como “china poblana”. *Vid. Homenaje nacional José Agustín Arrieta y Luis Ortiz Macedo, Édouard Pingret pintor romántico del siglo XIX.*

⁵³ Carlos Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República mexicana, en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834.* Observaciones de Alejandro de Humboldt. Prólogo Justino Fernández. México: Librería Manuel Porrúa, 1963, p. XVI.

ostentaba.⁵⁴

A finales de los treinta (1839), la primera pareja diplomática española, integrada por Ángel y Frances Calderón de la Barca, arribó a México. Mientras pasaba por la ciudad de Puebla contempló un atavío que dejaría una grata impresión en la futura marquesa, quien emocionada escribió:

*El traje de las campesinas poblanas es bonito, especialmente en los días de fiesta. Una camisa de muselina blanca, adornada con randas⁵⁵ en el borde inferior, el cuello y las mangas plisadas con nitidez; un zagalejo⁵⁶ más corto que la camisa, a dos colores, la parte baja hecha por lo general, de tela blanca o roja, fabricada en el país, y la parte alta, de raso⁵⁷ amarillo; un corpiño de raso de algún color vivo, recamado de oro o plata, abierto al frente, formando solapa. Este corpiño puede o no usarse, según el gusto de cada quien. Carece de mangas, pero se sostiene con tirantes en los hombros. El cabello partido a la mitad, trenzado detrás, y las trenzas unidas una con otra por medio de un anillo de brillantes; aretes largos y toda clase de gargantillas y medallas, y sonantes baratijas, colgadas del cuello. Una faja larga y ancha en diversos colores, algo así como el fajín de un militar, dando vuelta dos o tres veces al talle y anudándose detrás, en la que se esconde una cigarrera de plata. Una pañoleta de colores, envolviendo el cuello a guisa de amplio listón, sujeto en el frente con un prendedor, cuyas puntas, bordadas de plata, quedan sujetas por la faja. Y un **rebozo**, no en la cabeza, sino sobre los hombros, como chal; y finalmente, medias de seda, o, por lo general, sin medias; y chapines⁵⁸ blancos de raso, con adornos*

⁵⁴ Recordemos también que el atuendo de las aristócratas mexicanas daba a conocer a la sociedad de su tiempo la bonanza económica de padre o marido. Por lo tanto, su obligación consistía en ostentar modelos importados para que todos admiraran el poder de adquisición de la familia. *Vid. supra* pp. 45-55.

⁵⁵ Guarnición o aplicación de encaje con la que se adornan los vestidos y, en general, la ropa blanca, en Lydia Lavín y Gisela Balassa, *Museo del traje mexicano. Volumen I. El mundo prehispánico*. México: Clío, 2002, p. 75.

⁵⁶ Falda corta y vueluda, por lo general de paño, que usaban las mujeres de los pueblos encima de las enaguas. En las ciudades era falda interior que servía para abrigo, en *op. cit.*, volumen V. *El siglo del Imperio y la República*. p. 395.

⁵⁷ “Tela hecha de seda” en Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 430.

⁵⁸ Sandalia elástica de corcho, forrada de piel de cabra, en *op. cit. Volumen II. El siglo de la*

plateados.⁵⁹

Ésta es la primera descripción detallada del atuendo de “china poblana”. Las palabras de la autora reflejan curiosidad y asombro por él y es claro que intentó transmitir su belleza, refiriendo uno por uno los aderezos de las “poblanas”.

Madame Calderón observó las diferencias que existían entre un día común y uno de fiesta. En el primero, se suprimían ciertos elementos del traje, como las medias de seda y el incómodo corsé, los cuales estaban relacionados con la ociosidad de las criollas.⁶⁰ Además de que los materiales y adornos eran más sencillos, en contraste con los días de fiesta, que eran aprovechados para lucir las mejores prendas y adornos.

Al llegar a la capital del país, la pareja diplomática española recibió la noticia de que se estaba preparando un baile de fantasía en su honor, al cual acudiría lo más selecto de la sociedad mexicana. De inmediato, la señora embajadora resolvió asistir, ataviada con el atuendo que tanto le había gustado: el de “china poblana”. Para ello, el primero de enero de 1840 recibió un regalo:

Conquista, p. 154. Sin embargo en el texto la marquesa lo emplea como sinónimo de zapatos.

⁵⁹ Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 49. Las cursivas son nuestras.

⁶⁰ Pérez Monroy, *op. cit.*, pp. 238-239.

Una señora a quien no conozco, esposa del general Barrera, me mandó esta mañana, junto con sus parabienes, un hermoso traje de China *poblana*, con el ruego de que si voy al baile de fantasía con este atavío, me ponga el que ella me manda. Es un magnífico traje de China *poblana*, que consiste de una falda de lana color marrón, con fleco de oro, galones⁶¹ dorados y lentejuelas, y enagua bordada y adornada de ricos encajes, que debe llevarse debajo de la falda. La sobrefalda, abierto en los lados y sujeta con lazos de colores, se adorna con galones de oro. Junto con esto debe lucirse una camisa enriquecida con bordados y encajes en el escote y las mangas; un corpiño de raso, abierto al frente, y bordado con oro, y una faja de seda anudada detrás, y cabos rematados con fleco dorado, y un pequeño pañuelo de seda alrededor del cuello, guarnecido con fleco de oro.⁶²

La sorpresa de la señora Calderón ante el hecho de que una desconocida se tomara la libertad de obsequiarle tan regio vestido y, sobre todo, que se enterase de sus intenciones de acudir al baile con él fue grande. Sin embargo, un episodio más interesante estaba a punto de ocurrir, pues el 5 de enero de ese mismo año, la pareja recibió algunas visitas que influirían de forma rotunda en la decisión de la marquesa.

Primero, varios españoles externaron su interés por saber si, efectivamente, ostentaría el atavío de poblana. Después, unas señoritas originarias de la Angelópolis fueron a ofrecer sus servicios para asesorar a la inglesa sobre cómo debía usar ese traje: peinado, accesorios y otras cosas, asegurándole, además, que “todo el mundo

⁶¹ Cintas de seda, lana, hilo de oro o plata que sirven para adornar vestidos. *Ibidem*,

⁶² Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 76.

estaba muy complacido” con su idea.⁶³

Aunados a las visitas mencionadas, con las cuales la marquesa estaba sorprendida, pasaron dos sucesos que, en definitiva, colmaron su paciencia. El primero ocurrió momentos después de que el presidente Anastasio Bustamante abandonara la morada de los embajadores; el ministro de Guerra, Juan Nepomuceno Almonte, el de Relaciones Exteriores, Juan de Dios Cañedo, y el del Interior, Luis Gonzaga Cuevas, arribaron a su casa y le rogaron que, ya: “que las *poblanas* eran, por lo general, *femmes de rien*, que no llevan medias [...] la esposa del Ministro español no debía, por ningún motivo, vestir semejante traje ni una sola noche siquiera.”⁶⁴

La aseveración de los políticos mexicanos desconcertó a la extranjera, quien, para disuadirlos, mostró el atuendo con el fin de que vieran que no tenía nada de extraordinario, pues el largo era el adecuado. Pero la táctica falló y, ante la preocupación de los funcionarios, la señora Calderón agradeció el interés por su reputación y les dio una respuesta que los dejó satisfechos.⁶⁵

El segundo suceso, que a nuestro parecer, fue el que más la disgustó, sucedió enseguida de la salida de los políticos mexicanos.

⁶³ *Ibidem*, p. 81.

Una pequeña tarjeta dirigida al ministro Ángel Calderón de la Barca llegó, con el siguiente mensaje:

El traje de *poblana* es el de una mujer de reputación dudosa. La señora del Ministro español es una dama en toda la expresión de la palabra. A pesar de los compromisos que haya podido contraer, ella no debe ir ni de *poblana* ni de ninguna otra cosa que no sea lo suyo propio. Así lo manifiesta al *Señor Calderón*, José Arnáiz, que lo estima *demasiado*.⁶⁶

Los comentarios de los políticos causaron varias reacciones en la futura marquesa: asombro, diversión, conmoción y, finalmente, enojo, pues se quejó de la libertad de que gozaban algunas personas para inmiscuirse en las vidas ajenas.⁶⁷

Ante tales objeciones, Madame Calderón de la Barca no tuvo más remedio que desistir de su intento, lo cual le ocasionó un sentimiento de frustración, pues el 18 de julio de 1841 recibió la visita de:

la *Señora Adalid*, vestida con un traje de poblana que acababa de comprar para llevarlo a una *jamaica* que tendrá lugar en el *campo*, es algo así como una feria, en la que todas las muchachas se disfrazan de campesinas y en donde se venden unas a otras, frutas, limonadas, verduras, etc.; una muy antigua diversión mexicana. *Este vestido le ha costado varios centenares de pesos*. El ceñidor de sus enaguas es de seda amarilla, y el resto, de cachemira⁶⁸ escarlata, lleva bordados de oro y plata; sus cabellos sujetos por detrás con una gruesa peineta de plata, con sargas muy hermosas de coral montado en oro. Sus zapatos eran de raso blanco bordados en oro;

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 81-82.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 82.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 82.

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ Tela fina de lana. Pérez Monroy, *op. cit.*, p. 428.

las mangas y la camisa, de batista⁶⁹ finísima adornada con ricos encajes, y el refajo deja ver dos holanes de Valenciana. *Se ve bellísima con este traje, que será aceptado en el campo, sin duda alguna, pero quizá no el más adecuado para un baile de fantasía en la ciudad.*⁷⁰

Es evidente la tristeza de la autora al recordar episodio tan lamentable de su estancia en México. Refiere, además, a un ambiente campirano “propicio para el uso de semejante atuendo”, lo cual permite imaginar que fuera de la capital de la joven nación se relajaban las normas que exigían a las mujeres lucir modelos de importación.

Cabe subrayar que el vestido de “poblana” usado por la señora Adalid no fue confeccionado con material común y corriente; por el contrario, Madame Calderón de la Barca describe lo fastuoso de cada accesorio, lo cual denotaba la posición socioeconómica de su amiga.

El pasaje descrito líneas arriba fue trasladado a la pantalla grande por el director Fernando Palacios, quien utilizó a la marquesa para contar la historia del traje y reivindicarlo. El film, titulado *China poblana*, y protagonizado por María Félix, no tuvo una crítica favorable y sólo duró dos semanas en cartelera.⁷¹

Dejando de lado las versiones cinematográficas, para el estudioso francés Robert Duclas resulta fundamental el que la

⁶⁹ Tela fina y tupida, generalmente fabricada de lino o algodón. *Ibidem*, p. 427.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 225-226. Las cursivas son nuestras.

conocida de la marquesa Calderón de la Barca se pusiera el atavío de china poblana, pues, con ese acto tan simple, ayudó a que se consolidara dentro del gusto de la élite mexicana. En primer lugar, porque la señora Adalid pertenecía a una familia de la aristocracia mexicana, era esposa de un primo de José Justo Gómez de la Cortina (1799-1856), el famoso conde de la Cortina. En segundo, porque las criollas ejercían influencia a través de la “etiqueta”, es decir, determinaban cuál era la forma correcta de vestir y a quiénes recibían en sus casas; ayudaban así a sus maridos por medio de sus relaciones personales.⁷²

Por lo anterior, Duclas estima que, al utilizar la señora Adalid el vestido de “poblana” en una fiesta, confirió a éste un estatus que iría creciendo hasta convertirse en “traje nacional, así dejó de ser un vestido de uso privado para que las damas pudieran ostentarlo en público sin ser juzgadas por ello.⁷³

La pareja Calderón de la Barca abandonó el país el 28 de abril de 1842. Durante dos años convivió con diversas personalidades,

⁷¹ Vázquez Mantecón, *op. cit.*, pp. 142-145.

⁷² Robert Duclas, *La vie quotidienne au Mexique au milieu du XIX^{ème} siècle*. Préface de François Chevalier. Paris: L'Harmattan, 1993, p. 146. La única información que tenemos sobre la señora Adalid es proporcionada por la extranjera, quien dice que era hija de don Francisco Tagle, que estaba casada con un pariente muy cercano al conde, era de belleza casi perfecta y agradables maneras. Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 71.

entre quienes estuvo Manuel Payno. Es posible que la extranjera comentara a éste su fascinación por el traje de poblana en alguna tertulia⁷⁴ o, como afirma Esther Hernández Palacios, que el mexicano leyera más bien a varios viajeros, entre los que se encontraba la extranjera, antes de escribir *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*.⁷⁵

En 1843, el afamado impresor Ignacio Cumplido, convencido del gusto por la aventura y la curiosidad de Payno, comisionó al escritor para que recorriera el país y escribiera sus impresiones de viaje a fin de publicarlas en *El Museo Mexicano*. Las 22 epístolas que el escritor dirigió a su buen amigo Fidel (Guillermo Prieto) aparecieron a lo largo de 1844 en el periódico mencionado.⁷⁶

Como miembro de la Academia de Letrán, fundada en 1836 con el objetivo de crear un sentimiento de identidad nacional por medio de

⁷³ Duclas, *op. cit.*, p. 146 y Lau Jaiven, *op. cit.*, pp. 171-172.

⁷⁴ En 1841, el escritor mexicano llegó a la capital del país, después de haber estado en Matamoros, integrándose a las tertulias que se hacían en la casa de Mariano Otero, a la que asistían diversas personalidades como Mariano Riva Palacio y José María Lafragua. Después fue a Zacatecas, para regresar en 1843, estableciéndose en el taller de su amigo Ignacio Cumplido. Diana Irina Córdoba Ramírez, *Manuel Payno: los derroteros de un liberal moderado*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán, 2006, pp. 41-42.

⁷⁵ Esther Hernández Palacios, “Prólogo” en Manuel Payno, *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*. México: Universidad Veracruzana, 1984, p. 10. El libro de Frances salió publicado por primera vez a principios de 1843. Felipe Teixidor, “Prólogo” en Calderón de la Barca, *op. cit.*, pp. IX-LXXIV.

⁷⁶ Córdoba Ramírez, *op. cit.*, p. 48 y Manuel Payno, *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*. Compilación, presentación y notas: Boris Rosen Jélomer. Prólogo: Blanca Estela

la literatura, Payno describió en sus cartas a los personajes típicos⁷⁷ del país, entre los cuales se encontraban, indiscutiblemente, el lépero y la “china poblana”. Cuando uno lee las palabras que Payno dedica a ésta, no se puede evitar pensar en la marquesa Calderón de la Barca:

*La china no recibe una educación más esmerada que los varones. Se la enseña a coser, a guisar al estilo del país, a leer, y de memoria el catecismo del padre Ripalda; pero cuando ella tiene quince años conoce todo el valor de sus atractivos, y no piensa más que ostentar ese traje nacional tan elegante, tan peculiar de México, tan lleno de gracia y de sal. El cutis de la china es rosado, suave y delicado como una nutria; sus ojos aceitunados, ardientes y expresivos; su cabello negro y delgado, su cintura flexible, sus pies pequeños, sus formas todas redondas, esbeltas y torneadas. Este cuerpo tan seductor, lo viste con una enagua interior con encajes y bordados de lana en las orillas, que se llaman *puntas enchiladas*: sobre esa enagua va otra de castor o de seda, recamada de listones o lentejuelas: la camisa es fina, bordada de seda o chaquira, y deja ver parte de su cuello, que no siempre cubre con su rebozo de seda llevado con mucho donaire.⁷⁸*

Podemos percibir que al literato menciona la educación que recibían las mujeres que portaban el vestido de “china”. De entrada, afirma que no había diferencia entre la enseñanza para los hombres y las mujeres. Además, como parte de la Academia de Letrán, Payno destacó el vestido como “nacional”, apelando a la belleza y donaire del

Treviño. México: CONACULTA, 1996, pp. 20 y 46.

⁷⁷ “por tipo se entiende la representación [gráfica o narrativa] de un personaje de tal manera que resulten perfectamente distinguibles los rasgos que convencionalmente definen a tales individuos, en cuanto miembros del grupo. La tipicidad radica en la conjunción de tales rasgos, sin que desaparezcan los trazos que singularizan al personaje, que hacen de él un individuo.” en María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo en la litografía en México: un nuevo modo de ver*. México: UNAM, 2005, p. 18. Los corchetes son nuestros.

⁷⁸ Payno, *Un viaje a Veracruz...*, p. 44. Las cursivas son nuestras.

conjunto.

A diferencia de la señora Calderón, la narración del escritor retrata a unas mujeres de la vida diaria, no a las criollas con vestidos carísimos en días festivos. La ropa descrita no tenía mayores ornamentos, pero conservaba la misma forma. Asimismo, es el primero en relacionar a la portadora con el vestido: una combinación exitosa que reflejaba orgullo, alegría y trabajo.

De igual forma, el liberal mexicano relata que, desde muy temprana edad, las mujeres comenzaban a ostentarlo. No obstante la apariencia seductora, la religiosidad de la “china” estaba bien arraigada en su forma de ser, pues “sabía el catecismo de memoria”. Las actividades que, a juicio de él, mejor desempeñaba esta mujer eran las domésticas.

Tal pareciera que al autor de *Los bandidos de Río Frío* intentaba brindar una explicación a madame Calderón de la Barca acerca del comportamiento de tan bella criatura, pues más adelante afirma categórico: “La china, en fin, es un tesoro de hermosura, y un conjunto incomprendible donde, sin embargo, así como en el lépero, predominan las buenas cualidades, y las malas se desarrollan por

causa de su descuidada educación.”⁷⁹

Con la narración de *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*, Manuel Payno inauguró un estereotipo de la “china poblana”, con el cual intentó limpiar la mala imagen de que se había hecho gala durante el gobierno de Anastasio Bustamante tres años atrás. Para él, los intelectuales debían interesarse en tan graciosa criatura e intentar educarla, no juzgarla fríamente y, mucho menos, discriminarla.⁸⁰

Uno de los fundadores de la Academia de San Juan de Letrán se integró a la defensa y apología de la china: Guillermo Prieto, quien escribió varios versos inspirados en la beldad de ésta o en su forma de atraer a los hombres sin que por ello se viera comprometida a brindar sus favores.

Fidel, seudónimo de Prieto, recuerda en las *Memorias de mis tiempos* que, desde finales de la década de los treinta, las chinas animaban los corazones de los caballeros, pues su ropa era atractiva y acentuaba sus formas: “Alegrando las almas, sosteniendo la bandera de la tradición apasionada y bella como en un centro luminoso de amor y poesía, se destacaba la china con su salero y su sandunga,

⁷⁹ *Ibidem*, p. 45.

⁸⁰ Vázquez Mantecón, *op. cit.*, pp. 125-126.

con su “currucú” de ternezas y con su desenfado de real persona.”⁸¹

La narración de Prieto enlista cada uno de los accesorios que caracterizaban a una poblana,⁸² aunque son más o menos los mismos elementos descritos por otros autores. Un punto importante es que destacó la naturalidad del atuendo con las siguientes palabras:

No gasta calzones,
porque es un dolor
por fuera ser china,
por dentro señor.[...]

Nadita de guante,
mangote ni un chis...
carnita flamante
que no hay en París.⁸³

Los dos fragmentos citados brindan varios indicios sobre la mentalidad de la sociedad decimonónica mexicana. A primera vista, podría parecer gracioso que el autor mencione que las chinas no usaban calzones, sin embargo, para el siglo XIX, el uso de tales prendas era exclusivo de los hombres, muestra de su virilidad. Por lo cual, el que una mujer los portara fue percibido como un intento de usurpar las funciones del sexo fuerte, una competencia directa con sus cónyuges. Una mujer con esa ropa interior era concebida como

⁸¹ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos. Obras completas I*. presentación y notas: Boris Rosen Jélomer. Prólogo: Fernando Curiel. México: CONACULTA, 1992, pp. 221-222.

⁸² *Ibidem*.

⁸³ Guillermo Prieto, *Poesía popular, poesía patriótica. Obras completas XIII*. Compilación

marimacho.⁸⁴ Sigamos con el poema:

Su risa es de par en par
para enseñar su marfil,
¡oh y quién pudiera al pasar
una mordida pedir!

Y no son sus dientes
juzgados de Dios;
que nada postizo
conoce mi amor.

De chinas conozco algunas
que la enagua al columpiar,
avise si son *colunas*
del jaspe de Catedral.⁸⁵

Prieto realizó una crítica abierta a las costumbres criollas, las cuales se valían de los más estrafalarios aditamentos para crear efectos de una belleza según los cánones europeos. Continúa el autor:

Vergüenza, catrinas
con todo y farol:
¿son velas de cera?,
¿es pierna o bastón? [...]

Ni gorro, ni jaula,
ni guante o botín;
pan pan, vino vino,
y... al cabo y al fin...⁸⁶

La poesía presenta la oposición entre dos concepciones del vestir, las cuales también encarnaban dos modos de vida: una dejaba que el cuerpo se moviera con libertad, la otra lo aprisionaba en un

y notas: Boris Rosen Jélomer. México: CONACULTA, 1994, pp. 111-113.

⁸⁴ Pérez Monroy, *op. cit.*, pp. 143.

⁸⁵ Prieto, *Poesía popular, poesía patriótica*, pp. 111-113.

⁸⁶ *Ibidem.*

sinnúmero de accesorios que ayudaban a crear “bellas ilusiones”.

A diferencia de las criollas, quienes lucían prendas realmente incómodas como el corsé, las “chinas” no usaron postizos para hacer más atractiva su figura. Guillermo Prieto alabó esa honestidad de las mestizas, ya que así no podían engañar a sus enamorados, pues:

Hay caras de perspectiva,
caras que causan hechizo;
pero que parecen friso
de albayalde y de carmín.

Son caras de casa propia,
que casi no valen nada;
y pueden por la fachada
en el público lucir.⁸⁷

Líneas más adelante agrega que, antes de casarse, los novios de las criollas debían hacer un balance, un inventario para ver cuál era la verdadera imagen de su amor. ¡Pobre de él ####agrega####, pues descubriría un espectro fantasmagórico! En cambio, con la “china” no pasaba eso ya que ella encarnaba un ser auténtico que no fingía su comportamiento.⁸⁸

El viajero francés Lucien Biart, quien permaneció en México de 1846 a 1865, concuerda con Fidel al exaltar la gallardía de este tipo de mestizas: “Aquí y allá brillaba, en medio de un grupo, la esplendente figura de una *china*, y más de alguna patricia, a pesar de su delicada

⁸⁷ Prieto, *Poesía popular, poesía patriótica*, pp. 23-26.

belleza, debería envidiar los adornos de flores naturales y las formas soberbias de aquellos muchachas de tez morena.”⁸⁹

Algunos accesorios usados por las criollas eran desconocidos para las mujeres del pueblo; un ejemplo lo brinda una de las obras que intentó rescatar a los tipos nacionales, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, donde José María Rivera afirma que la “china”:

no conoce el **corsé**; si lo viera desde luego pensaría que semejante aparato fué uno de los instrumentos que sirvieron para el martirio de santa Ursula y sus once mil compañeras. Si le hablan vdes. del **bullarengue**, creerá que semejante nombre solo puede convenirle á un animal de tierra caliente, y está tan a oscuras en eso de cascarillas, colorete y vinagres radicales, que si se hallara tales chucherías entre sus limpios peines y adornadas escobetas, creería sin duda que aquello era para pintar las ollas y ladrillos del **tinajero**, pues como dijo el otro, el novio de la china no tiene necesidad de lavar antes á la novia, como á las indianas, para ver si se destiñe, prueba á que deberían estar sujetas algunas hermosuras del buen tono.⁹⁰

Además de enlistar algunos de los recursos a los que recurrían las mujeres de la aristocracia mexicana para hermostear su cuerpo: coloretos y vinagres, el autor destaca la limpieza de la china. Agua y jabón eran los productos con los que se transformaba en una belleza ambulante. La pulcritud de esta mujer llegó a asombrar a Biart, quien escribió emocionado:

⁸⁸ *Ibidem*.

⁸⁹ Biart, *La tierra templada*, 1959, p. 254.

⁹⁰ José María Rivera, “La china” en *Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales, por varios autores*. México: Símbolo, 1946, p. 91. Se conservó la ortografía original.

Vivaz, alegre, cariñosa y de una limpieza rara en un pueblo que no emplea casi el agua sino como bebida, la *china* es sin duda la hija ardiente del trópico, cuyos ojos negros lanzan destellos apasionados. Imagínense esas graciosas criaturas, de traje tan atrayente, caminando con ondulaciones felinas; audaz, húmeda y provocadora la mirada, y cuyo busto cubre y descubre, con ritmo voluptuoso, un chal de seda... Pero no, la imaginación dice demasiado, o demasiado poco. Es preciso verlas presentando sus mejillas morenas a los besos de un sol que no gusta sino de los colores vivos, a juzgar por las flores y las mariposas que suscita.⁹¹

Propios y extraños admiraron a las chinas poblanas. A diferencia de los políticos que visitaron a la marquesa Calderón de la Barca en 1840, los autores posteriores las definen como mujeres fieles y de carácter fuerte:

La *china* no es mujer fácil. Sabe esgrimir el cuchillo para vengarse de una rival o de un infiel. Para que se entregue es menester que ame, y es cosa que da grima ver a esas muchachas deslumbrantes al lado de los hampones andrajosos, de aspecto feroz, que suelen escoger por amantes.⁹²

Podemos ver que en los años posteriores a la visita de la pareja diplomática española, la imagen de la china fue revalorada y se reconoció su apasionada entrega a un solo hombre, por el cual daba todo, pero también era capaz de vengarse si éste no correspondía sus sentimientos.

En algunas ocasiones, su reputación se veía comprometida al encontrarse en situaciones embarazosas, pero ella se mantenía firme y lograba salir de las dificultades. Al respecto, Prieto reconoce que si la

⁹¹ Biart, *La tierra templada*, p. 251.

china se veía inmiscuida en líos amorosos, generalmente advertía cuando alguien la quería engañar y le recordaba tajante:

soy decente
y de educación,
con que no me miren,
con que tengo honor...
yo quiero que me amen
con la luz del sol,
salir a la calle,
beber si hay calor,
bailar donde suene
cualquier bandolón,
sin andar con chismes,
ni con reflexión,
diciendo al que chiste
un “que lo parió”
que le quite el hambre
de andar de soplón.⁹³

A pesar de que fue un hombre quien escribió estas palabras, podemos ver el surgimiento de un nuevo discurso, pues la china poblana invita a la sociedad de su tiempo a reconsiderar la forma de juzgar a los demás, a no dejarse llevar por las apariencias.

Hasta aquí hemos hablado de mujeres que cautivaron a varios hombres con un traje llamativo y una actitud desenfadada, sin embargo no debemos concebir que todas las mestizas hubieran portado ese traje ni tenido ese talante. Fue un sector de esa parte de la población dedicado, entre otras cosas, al servicio doméstico el que lució el vestido de “china poblana”. Cabe señalar que, si bien los

⁹² *Ibidem.*

vestidos de las mestizas solían ser similares, la diferencia principal residía en la actitud de las portadoras. “Su carácter en lo general es desinteresado, vivo, natural, celoso y amante de su marido”,⁹⁴ así define Marcos Arróniz a la china.

En cuanto a las actividades desempeñadas por éstas, como ya se dijo, destacaron las relacionadas con la fabricación de alimentos, venta de los mismos, costura y servicio doméstico; aunque las fuentes pictográficas son las que nos brindan mayor información al respecto, citaremos como ejemplo las siguientes palabras: “[...] sabe lavar la ropa con perfección, guisar un *mole* delicado, condimentar unas *quesadillas* sabrosísimas y componer admirablemente el *pulque* con piña y almendra ó tuna: no hay calle por donde no se vea, airosa y galana, arrojar la enagua de una acera á otra [...]”.⁹⁵

La obra *Los bandidos de Río Frío*, de Payno, contiene una descripción detallada de la vida de una china: Cecilia. Mujer trabajadora, alegre y de buen corazón, que vive con otras dos muchachas en Chalco, dueña de una trajinera y un puesto de frutas en un mercado. Gracias a su carácter fuerte logró darse a respetar, ya que fue admirada por muchos hombres, pero no cedió a sus reclamos

⁹³ Prieto, *Poesía popular, poesía patriótica*, pp. 267-269.

“carnales”; sólo al final accede a casarse con su eterno admirador Lamparilla.⁹⁶

El buen Fidel informa sobre la forma de subsistir de esas mujeres: “Las chinas apóstatas, esto es, las que tuvieron cierta educación literaria cuando la invasión americana, o son costureras de modistas, o arrimadas de casa grande, o tienen su compromiso con los señores formales, o las mantiene el extranjero [...]”.⁹⁷

Podemos ver que, de los autores mencionados, Prieto no descartó que algunas de las mujeres que portaban el traje de china poblana se dedicaran a la prostitución, mas no establece que esa fuera la única manera de mantenerse. Al respecto, Julia Tuñón señala que el uso de ese vestido no necesariamente las hacía mujeres públicas.⁹⁸

A través de sus escritos, los viajeros difundieron el atavío de la china poblana. Incluso, algunas veces hicieron pensar a sus lectores que todas las mujeres de ciertas ciudades, en especial de Puebla, usaban ese atuendo, pero no debemos olvidar que ellos retrataron

⁹⁴ Arróniz, *op. cit.*, pp. 137.138.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 138.

⁹⁶ Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*. II tomos. Prólogo de Josefina Zoraida Vázquez. México: PROMEXA Editores, 1979, 456 y 645 pp. (Clásicos de la literatura mexicana).

⁹⁷ Prieto, *Cuadros de costumbres I*, p. 474.

aquello que les llamó la atención porque no había algo igual en su país de origen.⁹⁹ De igual modo, debemos recordar que estas mujeres se encontraban en distintas ciudades de la República sobresaliendo México, Puebla, Querétaro, Guadalajara, incluso Oaxaca.¹⁰⁰

Guillermo Prieto reclamaría a los extranjeros por dar una idea errónea de la realidad. En uno de sus viajes a la Angelópolis reconoció que:

Así como el francés en Cartagena, esperaba ver a todo verbo español, vestido de torero, respunteando un bolero en la bandurria, así, yo me esperaba ver en cada mujer una china salerosa, con camisa desgogada, breve cintura, zagalejo reluciente; pero mi sorpresa fue grande, cuando veía en ese punto, poco más o menos, lo mismo que en México.¹⁰¹

Su decepción fue inmediata y concluyó que eran los “sesudos y gravedosos” extranjeros quienes solían buscar “circunloquios, para averiguar la existencia de esa graciosísima especie femenil.”¹⁰² Ellos crearon el estereotipo¹⁰³ de un personaje que, a decir de Fidel, poco a

⁹⁸ Tuñón, *Mujeres en México...*, p. 109.

⁹⁹ Ortega y Medina, *op. cit.*, pp. 43-44.

¹⁰⁰ Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 124 y Emma Yanes, “Cielo de lentejuelas. Travesía por el traje de china poblana” en *Artes de México* 66, p. 54.

¹⁰¹ Prieto, *Crónicas de viajes 2. Obras completas V*. Compilación y notas: Boris Rosen Jélomer. México: CONACULTA, 1993, pp. 166-167.

¹⁰² *Ibidem*, p. 167.

¹⁰³ “El estereotipo pretende ser la síntesis de las características anímicas, intelectuales y de imagen, aceptadas o impuestas, de determinado grupo social o regional. Se manifiesta en una gran cantidad de representaciones, conceptos y actitudes humanas, desde el comportamiento cotidiano hasta las más elaboradas referencias al estado nacional. Los estereotipos se cultivan tanto en la academia como en los terrenos de la cultura popular, en la actividad política y, desde luego, en los medios de comunicación masiva.” en Ricardo

poco se difuminaba del paisaje nacional.

Para la década de los cincuenta, extranjeros y nacionales reconocieron la extinción de la “china poblana”. En 1854-1855, José María Rivera advirtió que, muy pronto, dejarían de andar por las calles:

La legítima CHINA de castor con lentejuela, rebozo ametalado, zapatos de seda con mancuerna de oro y **por abajos** blanquísimos como la nieve; esa mujer de **banda con fleco de plata** y camisa mal encubridora, porque entre los mismísimos rosarios, cruces y medallas, deja entrever las tentaciones... ¡ay!, la china, en fin, esa linda hija del pueblo, de bondadosa índole y corazón excelente, *¡dentro de pocos años será un tipo que pertenecerá a la historia!*¹⁰⁴

El francés Biart también se percató de que cada vez era menor el número de mujeres que lucían ese vestido, siendo sustituido por las modas de otros países, adaptadas por los sectores populares.¹⁰⁵ Para el buen Prieto, la desaparición se debió a:

¡LA TRANSFORMACIÓN!

De aprendiz de cocina
se aficionó a los aliños,
y tanto trató a los niños...
que tuvo un niño de pie...
La envidia la emponzoñaba
cuando la tontuela oía,
en vez de “¡adiós, vida mía!”
Madam, a los pies de usted...

Puso a la enagua cornisa,
y se asomó la jareta,
y se dio tono, coqueta,
de bordar y de coser.

Pérez Monfort, *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*. 2a ed. México: CIESAS-CIDHEM, 2003, p. 122.

¹⁰⁴ Rivera, *op. cit.*, p. 99. Las cursivas son nuestras.

¹⁰⁵ Biart, *La tierra templada*, p. 251.

Capense de las modistas,
su cuerpo zarandeaba
si un francés la saludaba
*Madame, porte vous bien.*¹⁰⁶

En la medida en que disminuía la distancia entre diferentes grupos sociales de la población, se modificaron las costumbres. Al menos, esa idea se desprende del fragmento citado. Más adelante, dice:

Aprendió la hermosa lengua
con tan decidido empeño,
que hasta conciliaba el sueño
con el maestro del francés...
Ya la *pilmeme* es de gorro,
ya tiene anquera de raso,
ya sabe alargar el paso,
y sabe decir: *très bien*.

Olvida al hermano sastre
y a la tía cocinera:
al ver una calzoneras
dice infame: *¡quel lepér!*
Y a mí que fui en otro tiempo
su chisme, su amor, su salsa,
me vuelve peseta falsa...
Madam, a los pies de usted.¹⁰⁷

La transformación en el vestir debía reforzarse con otra manera de comportarse, e implicó el rechazo al origen propio de cada persona. El autor concluirá con fuertes palabras:

No la merece la tierra...
¡Qué física!, ¡qué abandono!
¡Vaya un deje de buen tono!
¡Vaya una china al revés!

¹⁰⁶ Prieto, *Poesía popular, poesía patriótica*, pp. 199-200.

¹⁰⁷ *Ibidem*.

Cuando el franchute alce el vuelo,
si pides unos *fricoles*,
te diré unos... ¡caracoles!...
¡Madam, a los pies de usted!¹⁰⁸

Las estrofas del poema permiten imaginar que, al meterse a trabajar en las casas acomodadas, las mestizas tuvieron la oportunidad de ver otras cosas e intentaron adaptar la moda de sus patronas a su estilo de vida.¹⁰⁹ De igual forma, podemos decir que bajaron considerablemente los costos de producción e importación de la ropa de origen europeo, lo cual permitió que llegara a un público más amplio. De otra manera, aquellas no hubieran cambiado los castores por otras telas.¹¹⁰

Parece irónico, pero a partir de que las criollas empezaron a usar el atavío de “china poblana” en eventos públicos, éste dejó de ser ostentado por las mestizas, las mujeres del pueblo. Sin embargo, la desaparición paulatina del ámbito urbano sirvió para que la sociedad decimonónica mexicana apreciara a ese personaje e intentase plasmar en él los valores de la nueva nación: libertad, laboriosidad, fuerza, amor, osadía. Guillermo Prieto se lamenta: “ya no atraviesa oronda la china con sus enaguas de mascadas, su zapatilla de raso con

¹⁰⁸ *Ibidem.*

¹⁰⁹ Lau Jaiven, *op. cit.*, p. 76.

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 200.

mancuernas y su rebozo de la Calandria [...]”.¹¹¹

Conforme las “poblanas” iban desapareciendo de las calles sus contemporáneos la vieron de otra manera, llegándose a añorar su desaparición y pidiéndose que:

[...] si queréis que no emigre
al Japón o a Palestina,
que vuelva la hermosa china
con su enagua de castor.[...]

Vuelva el castor y el jaleo,
que es de placeres tesoro,
la banda de flecos de oro
y el dengue alborotador;
y al rasgar la jaranita
sus canciones subversivas,
pueblen el aire mil vivas
por el triunfo del castor.”¹¹²

Si recordamos el ideal femenino en boga durante la primera mitad del siglo XIX, entenderemos por qué esta mujer causó tanta admiración.

El contraste más evidente es que salía de su hogar sin ningún problema. Como dice Vicente Quirarte, la “china” ejerció la calle.¹¹³ Además, a los ojos de sus contemporáneos no tenía una actitud recatada, es decir, no disimulaba el gusto por los piropos de los hombres. Es evidente que, para una sociedad que concebía a la mujer

¹¹¹ Prieto, *Cuadros de costumbres II*, p. 24.

¹¹² Prieto, *Poesía popular, poesía patriótica...*, pp. 102-105. El poema completo se encuentra en el tercer anexo de este trabajo, p. 185.

¹¹³ Vicente Quirarte, “Contra la letra escarlata: mujeres en la calle (1884-2006)” en *Ciclo*

como un ser carente de deseos, esa forma de actuar escandalizó sobre manera y como no podía ser una santa fue calificada de prostituta.

Tal vez los nacionales y extranjeros centraron su atención en la china por el marcado contraste que tenía con sus contemporáneas, sobre todo con las blancas, quienes, aparentemente, estaban encerradas en sus casas.

Al leer los relatos surge la idea de que las mestizas, en concreto las poblanas, se dieron cuenta de que la única opción que tenían para trabajar en el exterior eran las actividades “propias del género femenino”: aseo, elaboración de comida, costura, etc. Lo más sobresaliente es que atendían puestos y, en ocasiones, eran las dueñas.

Con el triunfo del liberalismo y el desarrollo del nacionalismo, las chinas poblanas fueron revaloradas y, mientras desaparecían de las calles capitalinas, se convertían en estereotipo del ideal republicano de un pueblo industrial, fiel y trabajador.¹¹⁴

De esa manera, dos modelos de mujer, encarnados en la vestimenta, estaban en lucha: las blancas con sus vastas telas, corsés

de conferencias: El historiador frente a la historia, 5 de junio de 2007.

y postizos, y las mestizas con sus colores encendidos y sin nada que obstruyera sus movimientos. El primero encarnó los resabios de la vida colonial, la sujeción y lo extranjero, pues se adaptaban los modelos de grandes potencias como Francia e Inglaterra. El segundo, y opuesto, fue la “china poblana”, símbolo de lo propio y de la libertad de la nueva nación.¹¹⁵

¹¹⁴ Lau Jaiven, *op. cit.*, p. 209.

¹¹⁵ Grajales Porras, *op. cit.*, p. 107.

CANCIÓN LEPERUSCA

A mí no me gustan, chico,
mujeres de *calidán*;
quiero una china, ¡Perico!
con toda su *indinidá*.

De pie pequeñito,
de limpio talón, [...]

De breve cintura
que arroja la sal;
que envidie hasta el cura
mujer tan cabal. [...]

Zagalejo de mascadas
con sus vivos de listón,
con las puntas enchiladas...
y zapatos sin tacón.

No gasta calzones,
porque es un dolor
por fuera ser china,
por dentro señor [...]

Nadita de guante,
mangote ni un chis...
carnita flamante
que no hay en París. [...]

Esa funda de fantasma,
o ese túnico de Dios...
dégenselo a las de tono
de forro de su castor.

Ni gorro, ni jaula,
ni guante o botín;
pan pan, vino vino,
y... al cabo y al fin...

Guillermo Prieto, 1867.

LA REPRESENTACIÓN PLÁSTICA DE LA CHINA POBLANA

En el capítulo anterior consignamos las descripciones literarias, en éste veremos algunos de los diferentes retratos que existen sobre la “china poblana”. Es importante decir que hemos decidido dejar al final la obra pictográfica con el fin de ver hasta qué punto ésta puede complementar la información brindada por los relatos escritos.

El Romanticismo se expresó en distintos aspectos de la cultura, entre otros, en las artes plásticas. Una forma de resaltar la individualidad de los personajes que deambulaban por las calles de las ciudades fue el cuadro de costumbres. Éste tiene una larga historia, sólo diremos que en México se desarrolló a partir de la litografía y tuvo un gran impacto en el ámbito urbano.¹

Los cuadros de costumbres tenían como principal objetivo plasmar en litografías, óleos o bocetos las tradiciones que identificaran a un determinado país o región. Aunque esta forma de retratar la realidad ya se gestaba en el ámbito literario mexicano, los extranjeros

¹ Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-*

la introdujeron en las artes plásticas.²

Los visitantes seleccionaron personajes que, según su criterio, eran representativos de nuestro país, ya sea por el atuendo o la actividad que desempeñaban. Así aparecieron los llamados tipos y sus imágenes, las cuales fueron pensadas para ser difundidas en el Viejo Continente, a fin de dar una idea de lo pintoresco del joven país.

Independientemente de la intención de los artistas viajeros, sus obras mostraron a los círculos de intelectuales mexicanos una gama de posibilidades por explotar. Además, y a nuestro juicio eso es lo más importante, los invitaron a valorar y volver sus ojos hacia la realidad mexicana y plasmarla en obras pictográficas y literarias. A sentirse orgullosos de lo que eran, a no menospreciarse.³

En este proceso de intercambio cultural, se reconoció a la “china poblana” como a una figura emblemática surgida del pueblo. Primero los viajeros y, después los nacionales, reconocerían su importancia dentro de la cultura popular del México decimonónico. En el presente apartado, hablaremos de los retratos que de ella hicieron: Claudio

1992. México: Cal y Arena, 2001, p. 101.

² María Esther Pérez Salas, “El costumbrismo del siglo XIX, origen del nacionalismo en la plástica mexicana” en Lilia Granillo (coordinadora), *Identidades y nacionalismos: una perspectiva interdisciplinaria*. México: GERNIKA-UAM, 1993, p. 150.

³ Pérez Salas, “El costumbrismo del siglo XIX, origen del nacionalismo en la plástica mexicana”, p. 150.

Linati, Karl Nebel, Johann Moritz Rugendas, Édouard Pingret y el mexicano José Agustín Arrieta.

Los extranjeros

El litógrafo italiano Claudio Linati (1826-1828) fue el primero que reprodujo los atavíos de la sociedad mexicana. Frailes, indias, vendedores, peleas de gallos y fiestas patronales aparecen por igual en sus *Trajes civiles, militares y religiosos de México* (1828); sin embargo, resulta interesante que no encontremos una lámina dedicada a la “china poblana”.⁴ A pesar de lo anterior, en dos estampas se observa a una mestiza que porta los elementos que en el siglo XIX se identificarían con aquella. Vale señalar que las mujeres que aparecen en esos cuadros están como complemento, no como figuras centrales de la obra.

En la ilustración 39 de *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, “Vendedor de pollos, dulces, etc.” aparecen tres personajes. De espaldas al espectador, un varón de tez morena carga una jaula de

⁴ María del Carmen Vázquez Mantecón, “La china mexicana, mejor conocida como china poblana” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 77, 2000, p. 129. Versión en línea: <http://www.analesiie.unam.mx/pdf/77_123-150.pdf>. Última fecha de consulta: 13/11/06, 11:33 horas.

carrizos en la que transporta varias gallinas y gallos; su calzón es blanco y tiene una especie de camisa de algodón burdo a rayas sin mangas, guaraches, sombrero de palma y una manta vieja cuelga de su espalda; es un indio que se dirige al mercado. En la explicación que acompaña a esta imagen, Linati subraya que se trata de un campesino.⁵

De frente, se encuentra una mujer robusta sosteniendo en su mano derecha un cesto con dulces, cubre su cabello negro con un rebozo listado, su blusa de manga corta es blanca con bordados alrededor del escote, no lleva corsé y una faja escarlata ciñe su cintura. La enagua roja, muy posiblemente hecha del famoso “castor” (suave tela de lana que asemeja el pelo de ese animal), deja al descubierto las bronceadas piernas y hace evidente la carencia de medias. Los zapatos de raso envuelven el pequeño pie. El rostro de la mujer denota su origen mestizo. Como único adorno lleva un anillo en la mano izquierda.

Al fondo, un hombre camina portando sobre su cabeza un recipiente con algún producto para vender, por único atuendo lleva un desgastado calzón oscuro. El litógrafo advierte que a pesar de la

⁵ Linati, *op. cit.*, planche 39.

aparición salvaje, es excelente en el arte de la confitería.⁶

La otra escena, la número 42, se titula “Fray Gregorio Carmelita”. La figura central es el fraile que da nombre a la ilustración; luce un sayal⁷ café, un sombrero de ala ancha para cubrirse del sol, una capa blanca, zapatos color caqui y una espada en la mano derecha.

Linati remarca que los mexicanos tenían una gran veneración por los sacerdotes y que al tocar el hábito de un religioso sentían que contactaban a la divinidad.⁸ Pone como ejemplo a una joven de tez apiñonada que besa la mano izquierda del carmelita, su atuendo, similar al de la vendedora de dulces, está integrado por un rebozo con el cual cubre los hombros, una blusa blanca de mangas cortas, una faja roja ceñida a la cintura sostiene la enagua encarnada, en esta ocasión no se aprecian zapatos, su cabello es negro e indica el inicio de un par de trenzas.

A pesar de que el artista italiano no denomina los trajes de estas mujeres como de “chinas poblanas”, deja claro que son parte del pueblo, posiblemente de origen mestizo. Además, permite imaginar que esa indumentaria era propia de las clases bajas y que fue muy

⁶ *Ibidem.*

popular entre ellas.

Enseguida hablaremos de la escena captada por el lápiz de Karl Nebel. Como resultado de una estancia de cinco años en México (1829-1834), Nebel publicó *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República mexicana en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834*. En esta obra encontramos 50 ilustraciones con sus correspondientes textos explicativos. Dentro de los paisajes y tipos captados, el alemán dedica una bella lámina a “Las poblanas”; él las nombra así y en el texto que acompaña la escena advierte que:

Aunque este traje fue dibujado en Puebla, lo llevan puesto todas las mujeres criollas de la clase media y hasta las del pueblo bajo; con la diferencia de que estas últimas se contentan con un vestido de género común y barato, mientras que las otras gastan mucho dinero en el suyo, pero conservando el corte principal. Es tan cómodo y ligero este vestido, que aun las señoras de primer rango no desdeñan llevarlo en el interior de sus familias.⁹

Procedamos a describir la imagen. Tres mujeres con rasgos finos, más bien europeos, están acompañadas por un hombre que porta todos los aderezos de un jinete, también denominado rancharo en la literatura viajera. Porta un sombrero de ala ancha para proteger el rostro del sol; colocado a lo largo del hombro derecho tiene el

⁷ *Vid. supra* p. 96.

⁸ Linati, *op. cit.*, planche 42.

⁹ Nebel, *op. cit.*, p. XVI. Las cursivas son nuestras.

famoso sarape, seguramente originario de Saltillo, camisa blanca de algodón y manga larga. El calzón blanco se asoma a través de las aberturas de la chaparrera de cuero azul, una faja negra amarrada en la cintura sostiene, al parecer, el inseparable puñal. Tiene patillas abundantes y dirige una atenta mirada a una de las jóvenes que se encuentra recargada en el umbral de la puerta, mientras él desprende las botas de montar de sus pies para ingresar a la casa, que podría ser un mesón.

La mujer, que es observada por el jinete, sostiene con la mano izquierda un cigarrillo, como dando una bocanada. El rebozo cubre una peineta y casi la totalidad de la blusa, sin embargo se distingue que es blanca y de manga corta. El zagalejo o enagua exterior de castor está decorado con pequeñas florecillas rojas hechas con chaquiras y lentejuelas. Asomándose de forma coqueta, se observa la blanca enagua interior con sus “puntas enchiladas”¹⁰, las medias y los zapatos de raso son blancos. Esta “china” conversa con el jinete mientras las otras dos disfrutan también de un cigarro en tanto llega su turno de intervenir en la plática.

Una de ellas esta de espaldas y observa la escena con

¹⁰ *Vid. supra*, p. 114.

atención, su blusa es blanca con bordados en el escote, posa su mano en la cintura, sobre una faja roja que sostiene la enagua, y que bien podría ser de seda. Diferentes figuras adornan con gracia el paño de la falda, las níveas puntas enchiladas contrastan con el bronceado de las pantorrillas, los zapatos de raso son grises. A diferencia de la primera, ésta tiene el cabello negro recogido en una especie de chongo y decora su cuello con una mascada o pañoleta, lo que permite apreciar el escote de su blusa. En contraste con sus compañeras ésta es más morena, podría ser mulata.

Hemos decidido dejar al final a la “china” que está al lado de la que observa atentamente el jinete, por ser la más parecida a las mestizas de Linati. Su blusa es similar a las de sus compañeras, lo interesante es la falda de castor rojo, pues ésta será la imagen más difundida de la “china poblana”: propios y extraños hablarán del castor encarnado en libros, novelas y poemas.

La obra de Nebel permite imaginar que, en un principio, las mujeres tenían la posibilidad de portar atavíos de “poblanas” en varios colores: amarillo, azul, rojo y blanco, siendo posterior el estereotipo del encarnado. El pintor alemán afirmó que las criollas¹¹ también lo

¹¹ Nebel, *op. cit.*, p. XVI.

usaban, aunque en el interior de sus casas. Es decir, entre la “gente decente” era un vestido de uso privado, sólo se podía aparecer con él ante las personas de mayor confianza.

También podemos apreciar los distintos tipos de trajes y adornos: flores, figuras geométricas o lisas; con el rebozo terciado o una mascada en el cuello, con o sin medias, pero siempre con zapatos de raso. Asimismo, se observan las variedades de puntas enchiladas: en zigzag o un fino encaje que sobresale.

Johann Moritz Rugendas llegó a México en 1831 y salió en 1834, es decir, permaneció en la joven nación más o menos durante el mismo período que su compatriota Nebel. Este artista no dejó escritos sobre su visita, sino imágenes: bocetos y cuadros, algunos de los cuales sirvieron para ilustrar el libro de su amigo Karl Christian Sartorius, *México hacia 1850* (1858). Para el presente trabajo, se consultaron algunas recopilaciones contemporáneas de sus obras, en especial el resultado de una exposición que tuvo lugar en el Museo de la ciudad de México en 1966: *20 estampas de México*.

De esa muestra sobresale “Santa Fe. China Poblana”. En ella encontramos a una mestiza con una falda amplia y zapatos negros. La holgura de las enaguas ayuda a que su cintura se vea breve y amplias

sus caderas, efecto que debió fascinar a los hombres que la contemplaron. Su cara es retadora y no corresponde a una mujer que sufre por el atuendo que lleva puesto. Una mascada decora su cuello y hace resaltar la blancura de su blusa. Las puntas enchiladas apenas y sobresalen de la enagua exterior.

A diferencia de los dos artistas antes aludidos, Rugendas no pintó el famoso castor encarnado, sino más bien uno pálido, tal vez de color durazno. El pintor quiso captar lo juguetón de la mirada de las “chinas” y dirigió los ojos de su musa al espectador, como si la mujer dijera: “Mírenme, aquí estoy y no me preocupa lo que piensen de mí.” Dos elementos acentúan la actitud de la mestiza: el rebozo que enmarca su cara y la postura de la mano. Además, sus facciones son de una mujer de carácter fuerte, que no teme defenderse de los demás y sabe salir adelante: ¡tal vez ese fue el encanto de este personaje!

La figura principal se encuentra acompañada por la de otra mujer que, al parecer, cose una tela, porta ropa blanca y su blusa llega a la altura de los hombros. Tiene el cabello suelto, como si apenas fuera a arreglarse para salir. Las dos son de complexión robusta. Un marco formado por ramas y árboles da al cuadro un tono campirano.

El normando Édouard Pingret llegó a la ciudad de México en 1850 y un año después participó en la segunda exposición anual de la Academia de San Carlos. Sus cuadros de carácter costumbrista se inspiraron en el pueblo mexicano; entre ellos destacan los cinco lienzos de las “chinas poblanas” en diferentes ambientes, todos vinculados con la ciudad, vecindades, bailes, fuentes o puestos de aguas frescas: *La jarana*, *Puesto de aguas frescas*, *Patio de vecindad*, *Aguadora* y *Vendedora de aguas frescas*.

Las “chinas” retratadas por Pingret tienen en común la característica de pertenecer al pueblo; en general, son mestizas y en la mayoría de las ocasiones trabajan fuera de sus hogares para sobrevivir, ya sea vendiendo algún producto o realizando quehaceres domésticos. Sus fisionomías parecen fuertes, las pieles son apiñonadas, lo cual indica su contacto directo con el sol, y su complexión es robusta. Pingret matiza que la riqueza de los ornamentos del atuendo varía según las posibilidades económicas de las portadoras.

En general, el pintor representa las variantes de los trajes en colores, amplitud y accesorios. Sin embargo, todos se complementan con el garbo de las damas que lo ostentan, quienes atrapan la mirada

desde el primer momento, por su pose, la mirada juguetona o las actividades que realizan. Algo que parece quedar claro es que sus labores son las propias de su sexo: limpieza, atender puestos de comida o agua y vender fruta en las calles capitalinas.

La obra de Pingret resulta interesante porque atavía de igual manera a una vendedora de aguas frescas que a una sirvienta. De hecho, en varias de las imágenes se aprecia la similitud entre ellas, lo cual permite pensar que el traje de “china”: 1) fue de uso corriente entre las mestizas y las diferencias eran sólo materiales y 2) el estereotipo de “china” retomó el castor rojo como el original porque era una forma de ligarla con el pensamiento liberal y su idea de nación.¹²

El también expositor de la Academia de San Carlos captó los momentos de esparcimiento de las “chinas poblanas” y, por supuesto, no podía faltar la imagen de ésta bailando un jarabe: seduciendo a los espectadores con los diminutos y ágiles pies envueltos en zapatos de raso, dándole al ir y venir de las puntas enchiladas un aire de enigma y seducción. Los movimientos cadenciosos de la mujer debían hipnotizar a los caballeros que la veían extasiados. Al observar *La Jarana*, viene a la mente el fragmento de uno de los poemas escritos

¹² Vázquez Mantecón, *op. cit.*, pp. 146-150.

por Guillermo Prieto:

Y dale con la Beatrice,
y con la *galop* de rango,
¡Hola, música!, un fandango,
un jarabe nacional.
La del castor, echen fuego,
¡ah Dios mío!, qué jaleo:
redobla ese zapateo,
por vida tuya, Pascual.

Retiemble por Cristo el suelo,
carcajee la vihuela,
tú, la de la lentejuela,
el ultimátum francés.
El polvo nubla la sala,
viva, chicos, la alegría.
¿De dónde eres, vida mía?
- De Guadalajara, pues.¹³

La “china” bailando un jarabe en compañía de sus camaradas es una de las imágenes que perdurarán hasta nuestros días, que incluso se ve con frecuencia en los festivales escolares. La “china” y el jinete o charro son figuras de postal que se asocian inmediatamente con México. En suma, una pareja impulsada desde el siglo XIX por los viajeros que llevaron a su país de origen esas imágenes y descripciones.

¹³ Prieto, *Poesía popular, poesía patriótica...*, pp. 16-18. [publicado por primera vez en *El Siglo XIX*, 22 de enero de 1842, aunque tiene la fecha del 41].

Tres casos mexicanos

Aquí hablaremos de tres manifestaciones artísticas que desarrollaron artistas mexicanos: pintura, litografía y ceroplástica (esculturas de cera). Como muestra de la primera escogimos algunas de las obras de José Agustín Arrieta. ¿Por qué elegir a Arrieta? Por dos razones: la primera, ser uno de los artistas que se dedicó a captar los bajos fondos de la sociedad mexicana, sobre todo a los léperos y las chinas; la segunda, porque su producción artística correspondió al período de 1850 a 1865. Es decir, incumbe a los últimos años de nuestro período de estudio.

Aquí citaremos como ejemplo de su vasta producción: *Soldado y dama* (1850), *Tertulia de pulquería* (1851), *Intervención* (s. f.) y *Cocina poblana* (1863). Los colores empleados por Arrieta son los mismos que usaron la mayoría de los viajeros antes mencionados: rojo, blanco, negro. La diferencia reside en que el mexicano nos muestra a sus personajes en una pose más fresca, incluso desenfadada, conviviendo o luchando por conseguir sus objetivos. Desde unas mujeres que preparan la comida en la tranquilidad de la cocina hasta una acalorada

charla en una pulquería. Es decir, intentó mostrar a personas de carne y hueso, no estereotipos románticos plasmados por un forastero, sino la idiosincrasia del mexicano, a través de su visión de México.¹⁴

Sus contemporáneos lo describieron como:

[...] hombre apreciableísimo por su modestia y buen trato personal, es admirable para pegar en los lienzos esos grotescos raros que vemos en las calles. Un mendigo con sus harapos, su cuerpo sucio, sus barbas canas y amarillentas con el humo del cigarro, es una de sus mejores obras, y la cual mereció generales elogios cuando hace poco tiempo se expuso en el gran teatro de Santa Anna.¹⁵

No sólo se reconoció entonces su maestría para retratar a las clases bajas del país, sino también se hizo evidente su predilección por las “chinas”:

En las poblanitas ha sido también muy feliz Arrieta. En una calle de Puebla hay una tienda llamada de la Poblana, a causa de un cuadro de este artista. ¡Qué pecho, qué brazos y qué contornos tan mórbidos y delicados! ¡Qué ojos tan zalameros! ¡Qué fisonomía tan picaresca, a la vez que sencilla y afable! ¡Qué pie y qué traje tan propio y seductor! En mi concepto, no puede ya imitarse a la naturaleza con más perfección. Esto basta para hacer la completa apología del talento de Arrieta.¹⁶

Las palabras citadas manifiestan que, en sus pinturas, los ambientes y las poses son más familiares. Figuras regordetas que caen en el juego de la seducción se hacen presentes cuando un

¹⁴ Pérez Salas, “El costumbrismo del siglo XIX, origen del nacionalismo en la plástica mexicana”, *op. cit.*, p. 162.

¹⁵ Manuel Payno, *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*. Compilación, presentación y notas: Boris Rosen Jélomer. Prólogo: Blanca Estela Treviño. México: CONACULTA, 1996, p. 103.

¹⁶ *Ibidem*.

soldado intenta sobornar a una “china”, pidiéndole sus favores a cambio de pasar mayor tiempo con su convicto. Otra mujer interviene para que su hombre no provoque una riña con un guardia.

Una de las escenas que merece una mención especial es *Cocina poblana* (1863).¹⁷ Esta pintura presenta a tres “chinas”: una arrodillada en el suelo está moliendo en el metate. Otra vigila atentamente una olla, probablemente esta esperando que suelte el hervor la leche que permanece en la lumbre. La que tiene el castor encarnado sostiene un guajolote, mientras una anciana le susurra cosas al oído.

Al realizar una búsqueda por internet, encontramos que el normando Édouard Pingret también realizó una pintura semejante, aunque el espacio en el que se encuentran sus personajes parece más reducido que el del pintor mexicano. La diferencia entre ambos cuadros es notable, podríamos pensar que la cocina de Arrieta pertenece a la casa de algún aristócrata y la del extranjero a un negocio de comida o a una casa de condición más humilde.

Lo anterior se deduce al comparar tanto el espacio donde se encuentran las mujeres como los atavíos de éstas. En la cocina del

¹⁷ Actualmente podemos observar esta obra en el Museo Nacional de Historia.

mexicano vemos un espacio ordenado y abundancia de trastes. De igual forma, destaca la ornamentación de las enaguas de las “chinas”. En el otro caso, tanto los enseres domésticos como la vestimenta de las mestizas se perciben desgastados.

Desgraciadamente no logramos establecer en qué fecha Pingret plasmó esta escena, sin embargo, nos permite apreciar el intercambio entablado entre nacionales y extranjeros, pues ambos artistas captaron a las “chinas poblanas” desempeñando sus actividades cotidianas y en ambientes diferentes.

Las litografías que describiremos a continuación se difundieron en periódicos de la época. La primera apareció en el *Semanario de las señoritas mexicanas* hacia 1841. A diferencia de las escenas referidas hasta el momento, las enaguas de *La mexicana* son más cortas y su cabello, en lugar de trenzas o un chongo, tiene caireles y flores. La pose de las manos y la expresión de la cara hacen pensar en una mujer romántica y no en una fuerte.¹⁸

El artículo que acompaña el grabado, realizado por una tal Madame Melania Waldor, describe a una joven que ha sido decepcionada por un extranjero. A partir de esa decepción comienza a

¹⁸ Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía...*, pp. 228-229.

revalorar su entorno y a sí misma, pero: “En vano el mundo, ¡oh suerte! intenta comprenderte, cuando tú misma acaso no te comprendes [...] el cielo no te hizo para amarte sobre la tierra [...]”.¹⁹

La otra litografía acompaña el texto de José María Rivera, “La china poblana”, en *Los mexicanos pintados por sí mismos*. De nuevo encontramos a esta mujer en una cocina, los trastes aparecen colgados en las paredes y ella mira al espectador. Disfruta de un cigarro y, al parecer, espera impaciente a alguien, al menos eso manifiestan la posición de la mano y el pie izquierdo.

En el capítulo anterior vimos como la marquesa Calderón de la Barca señaló que estas mujeres fumaban mucho, asimismo Karl Nebel retrató a tres “chinas” fumando. En *Los mexicanos* también aparece lo mismo. Esto invita a pensar que las “poblanas” no se preocuparon por mantener una apariencia de bondad o que fue una manera de estereotiparla como despreocupadas y retadoras.

Corresponde el turno a la ceroplástica, ésta se comenzó a desarrollar con la llegada de los españoles, poco a poco los artesanos mexicanos lograrían tal habilidad que llamarían la atención de propios y extraños. En un principio, durante el período colonial, la cera cumplía

¹⁹ Madame Melania Waldor, “La mexicana”, en *Semanario de las señoritas mexicanas*.

una función religiosa, pues con ella se hacían figuras de santos, nacimientos e iluminaba las iglesias.²⁰

En el siglo XIX la ceroplástica consolidó su papel dentro de la sociedad; ya que, además de santos y nacimientos, se desarrollaron, por un lado, el retrato, cuya importancia reside en que fueron hechos en el momento y muchas veces copiados del modelo natural.²¹ Por el otro, en consonancia con la corriente literaria y gráfica del momento: las figuras de tipos populares, a diferencia del retrato, éstas permanecerían durante todo el siglo, incluso en el XX.²²

Los tipos populares de cera sirvieron para rescatar la esencia de lo nacional, así aparecieron léperos, frailes, vendedores, indios, arrieros y escenas de la vida cotidiana. Además los visitantes buscaron llevar a sus países una muestra de lo que habían visto en México, razón por la cual la ceroplástica se vio beneficiada.²³ Algunos viajeros, como Sartorius, describen como los vendedores de esas esculturas las colocaban en charolas y las anunciaban con pregones.²⁴

Muchas de las figuras de cera que perduran hasta ahora se

Educación científica, moral y literaria del bello sexo. México: 1841, p. 233.

²⁰ María José Esparza Liberal e Isabel Fernández de García-Lascuráin, *La cera en México. Arte e historia*. México: Fomento Cultural Banamex, 1994, p. 27.

²¹ *Ibidem*, p. 58.

²² *Ibidem*, p. 76.

²³ *Ibidem*, pp. 76-78.

pueden encontrar en el Museo del Hombre de París, en el de Artes Populares de Basilea, en el de Goya de Francia y en el Museo de América de Madrid. En este último se encuentra el mayor número de piezas, aproximadamente centenar y medio. Además de léperos, frailes y vendedores, encontramos a las chinas poblanas.

En un de las es-culturas que se encuentra en Basilea podemos apreciar a una china atendiendo un puesto de frutas, a un indio que le ayuda a despachar la mercancía y a dos rancheros. Todos los personajes son de tez morena, lo cual permite pensar en un mercado.

Hemos mencionado que la mayor colección de figuras de cera se encuentra en el Museo de América, Madrid. Además de destacar por el número de piezas, sobresale el nombre de un escultor: Andrés García, quien puso minucioso cuidado en representar los más variados detalles (enseres, frutos, indumentaria y gestos).²⁵ Las chinas de Andrés García son de tez morena, llama la atención lo prolongado de sus escotes. Se observa un trabajo detallado en la vestimenta, pues los pliegues están marcados y las puntas enchiladas salen con gracia de la enagua exterior. No podía faltar el rebozo colocado alrededor de los hombros.

²⁴ Sartorius, *op. cit.*, p. 120.

En fin, es sólo un ejemplo de cómo los costumbristas nacionales intentaron apegarse a la realidad con el fin de brindar una visión que complementara y, en algunos casos, corrigiera, la imagen que los extranjeros estaban difundiendo de México. Creemos que las pinturas ilustran muy bien los relatos escritos, incluso nos atrevemos a decir que en ocasiones brindan mayor información.

²⁵ Esparza Liberal, *op. cit.*, p. 119.

CONCLUSIONES

El vestido ha tenido en la historia el papel de comunicar a los otros el poder, tanto adquisitivo como político, que se tenía. Nuestra historia ha estado regida por las apariencias y el siglo XIX no fue la excepción; para los mexicanos significó algo más que cubrir el cuerpo con fibras, para ellos era transmitir un mensaje de pertenencia a un determinado sector social. Debido a lo anterior, la ropa estaba asociada con un comportamiento determinado e implicó un estilo de vida.

Antes del arribo de los españoles los habitantes de estas latitudes tenían un código para vestirse. Con los hispanos las normas cambiaron, el uso del algodón se extendió entre los indígenas, llegaron nuevas prendas, materiales y accesorios. En ese contexto se comenzaron a desarrollar atuendos “mestizos”, los cuales tomaron elementos de los diversos sectores para crear una gran variedad de atavíos.

Con la independencia del país, cada quien pudo elegir “libremente” el tipo de ropa que quería lucir, al menos ya no existían

leyes que castigaran el uso inapropiado de ciertas prendas o tejidos. Entonces, la sociedad, mejor dicho, algunos sectores de ella (intelectuales y políticos) adquirieron el papel de reguladores de la vida en común, ellos establecían que era lo correcto de acuerdo con la moral romántica.

Al separarse de la “Madre Patria”, las puertas de México quedaron abiertas para que todo aquel que deseara y pudiera visitarlo lo hiciera. Así, comenzaron a llegar viajeros de diversas latitudes y con diferentes intereses: políticos, comerciales y culturales. Para los forasteros resultó evidente el contraste entre los diferentes sectores de la población mexicana. Por un lado estaban los blancos, asociados por lo general con la clase alta, con atavíos ostentosos y, por el otro, los mestizos e indios capitalinos, vinculados con la pobreza, con prendas desgastadas o casi desnudos.

Los blancos o clases privilegiadas continuaron la tradición virreinal de importar las modas provenientes del extranjero. París e Inglaterra fueron algunos de los iconos del buen vestir. Las mujeres, al verse encerradas en sus hogares, ejercieron su influencia a través de la etiqueta; ellas decidían cuál era la forma adecuada de vestir, además de hacer quedar bien a sus maridos con su arreglo personal,

pues encarnaban el triunfo económico de los varones. En ocasiones, la sola presencia de una mujer “bien vestida” bastaba para conferir estatus a un evento.

También los caballeros lucían atuendos de manufactura extranjera, sobre todo en las fiestas de gala. El frac y la levita eran considerados los más elegantes. A diferencia de sus compañeras, ellos adoptaron desde fechas muy tempranas el uso de un traje mestizo: el de jinete o hacendado. En un principio fue de usanza campirana, pero después se trasladó a los paseos ciudadanos, donde los hombres lucían gallardos con sus chaparreras y sarapes sobre briosos corceles.

Para los viajeros resultó muy evidente el juego de apariencias que seguían los criollos, pues, dependiendo de la imagen que desearan dar, se vestían. Incluso motivó algunas burlas encarnadas en su afán de ser otras personas, procedentes, por ejemplo de Gustavus Ferdinand von Tempsky.

De todos los grupos, los denominados mestizos fueron considerados por los extranjeros como los más representativos de la nación mexicana por excelencia, ya que, según su percepción, no copiaban a nadie, al contrario eran imitados por los criollos e indios.

Durante la centuria decimonónica, las antiguas castas tuvieron “mayor libertad” para ostentar las prendas que ellas quisieran, incluso se dio un intercambio entre los diferentes grupos, tanto de forma ascendente como descendente.

Entre tantas figuras que deambulaban por las calles se encontró la china poblana, quien poco a poco fue conquistando los corazones de propios y extraños. Los primeros en advertir la singularidad del traje fueron los viajeros.

Merece especial atención la anécdota narrada pro la marquesa Calderón de la Barca, pues nos permite ver las dos posiciones que intelectuales mexicanos tuvieron respecto a ese vestido. Por un lado, estuvieron aquellos que despreciaban el traje por considerarlo de *femmes de rien* y de las “clases populares”, por lo tanto era impropio que una mujer blanca (de la clase privilegiada) lo usara en público. Por el otro, estuvo la visión que lo promocionaba y lo veía como un motivo de orgullo. Ambas visiones (pro y contra) coexistirían, sin embargo al final triunfaría la primera.

A lo largo del presente trabajo se ha visto que, a partir de que los extranjeros apreciaron a la china poblana y su traje como un personaje representativo del pueblo mexicano, los compatriotas revaloraron su

figura e intentaron explicar su comportamiento. En esta tarea tuvieron un papel importante los integrantes de la Academia de San Juan de Letrán, quienes en su deseo de fomentar una literatura nacional fijaron su atención en los personajes que ya habían sido apreciados por los viajeros y deambulaban por las calles capitalinas tales como arrieros y chinas poblanas. Un ejemplo es Guillermo Prieto, quien criticó a los extranjeros por su afán de “investigar” el origen de la china. Incluso los censura por alentar una imagen que nada tenía que ver con la realidad.

En una de las obras que pretendió rescatar a las figuras más emblemáticas del México decimonónico fue *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1850). Entre sus páginas encontramos a la china poblana. José María Rivera habló de ella como una mujer nacida del pueblo, la cual no conocía los aditamentos que empleaban las criollas para hacer más atractivo su cuerpo. La naturalidad de la china fue su mayor atributo, era reflejo de la libertad que tenía para poder presentarse en público sin maquillaje ni postizos. De igual manera, se reconoce su limpieza y honestidad en el comportamiento: nada ni nadie regían su vida.

Asimismo, el autor reconoce que, para la década de los

cincuentas, era un personaje que lentamente se difuminaba de las calles. Lo cual nos permite pensar que en la medida en que las manufacturas textiles europeas bajaron de precio y se volvían más accesibles a mayores grupos de la población, las chinas poblanas desaparecían de las calles y plazas. Su vestido adquirió un estatus que antes no tenía y se convirtió en el atavío de las fiestas.

De esta manera, aunque en la década de 1830 era denigrante ostentar el traje de china poblana, al transcurrir los años las criollas se acostumbraron a observarlo y después lo adoptaron como propio. Claro que, al darse ese fenómeno, ellas le dieron otro sello. La forma siguió siendo la misma, pero los materiales se encarecieron notablemente, de telas comunes y corrientes se pasó a exquisitos bordados y joyas que podían costar verdaderas fortunas.

Nuestro personaje fue objeto de prejuicios, ya que para algunos de sus contemporáneos, incluso investigadores modernos, estas mujeres eran livianas y dejaban mucho que desear, pues su comportamiento fue censurado por su aparente poco recato.

En la actualidad se asocia a la china con el servicio doméstico, actividad que desde la época colonial fue relacionada con la prostitución. Sin embargo, nosotros no congeniamos con la idea de

que la china poblana era una mujer de la vida galante, pensamos que más bien fue objeto de la crítica porque no seguía la moral romántica, a saber, aquella que establecía que una mujer era la responsable del hogar y la educación de los hijos; además tenía como obligación conservar el honor de la familia y, lo más importante, su sexualidad estaba reprimida.

De esa manera, para algunos sectores de la población mexicana sólo existían dos tipos de féminas: las santas y las prostitutas. Al no existir un modelo intermedio, la china poblana fue etiquetada dentro del último grupo; pues, a los ojos de muchos de sus contemporáneos, quienes concebían a las mujeres como carentes de deseos, la poblana atentaba contra el ideal al exhibirse con sus amantes en la calle y bailar cadenciosamente en los espacios públicos.

Sin embargo, la vida amorosa de esta mujer adquirió matices diferentes de acuerdo con el ambiente socio-político del momento. En un principio, los políticos tradicionalistas la consideraron la encarnación del pecado y de un pueblo pobre y sin educación. Con el cambio en la forma de pensar, en concreto con el triunfo de los liberales, se transformó en la mujer ideal, el estereotipo de la mexicana: libre, fuerte, natural, aguerrida, fiel e industriosa.

Cada uno de los sectores de la población podía ver un elemento suyo en el vestido de la china poblana, indios, españoles y africanos estaban presentes en él. Los primeros, en los bordados de las blusas, los segundos en la lana, mientras los últimos en el colorido y en el garbo con que se portaba el traje. La mezcla brindó a esta indumentaria un sello muy particular.

El papel de los viajeros fue trascendental, pues transmitieron al mundo su visión de la mujer mexicana. Además, al introducir el costumbrismo en las artes abrieron el panorama a los artistas mexicanos, invitándolos a dar un vistazo a su alrededor y así descubrir las bellezas de un país único.

Un claro ejemplo de la influencia, mejor dicho diálogo entablado entre los nacionales y extranjeros es la obra de Édouard Pingret y José Agustín Arrieta. Ambos captaron a las chinas en diversos ambientes, poniendo especial atención a las actividades que desempeñaba. El arte en cera también ingresó en ese proceso. Escultores mexicanos se dieron a la tarea de recrear a la china, entre otros, para que los viajeros pudieran llevárselas a sus países.

También reconocemos la riqueza de las obras plásticas, pues captaron a las chinas en ambientes cotidianos, lo cual permite apreciar

las actividades a las que se dedicaban. Si bien algunas definiciones modernas del término china aceptan como primera acepción “sirvienta”. En este trabajo hemos visto que esa actividad era una de las tantas actividades que realizaban más no la única. En las pinturas aparecen vendiendo aguas, fruta o atendiendo mesones, esto permite imaginar que las chinas fueron de las pocas mujeres que pudieron trabajar, incluso poner pequeños negocios y vivir sin tener un hombre al lado. Es decir, fueron capaces de salir adelante por sus propios medios.

Cabe destacar que hoy en día es común escuchar que el traje de “china poblana” fue traído a nuestro país por una princesa conocida como Catarina de San Juan; no obstante, en el período estudiado no se hace mención alguna de esa leyenda, incluso son muy pocos los autores que se cuestionaron sobre el origen del vestido y mucho menos se interesaron por el nombre. Quienes lo hicieron fue de una manera muy simple y sin meterse en complicaciones. En nuestra opinión, el autor de la leyenda, atribuida al coronel Antonio Carreón, intentó legitimar una tradición que reforzara la moral cristiana y la identidad nacional.

A nuestro juicio la labor de los viajeros en la consolidación del

traje de china poblana como “nacional” fue fundamental, pues sentaron las bases de un imaginario colectivo que sería retomado por los escritores mexicanos. En una época de búsqueda de lo propio, los forasteros ayudaron a discernir lo típico del país.

ANEXOS

LOS AUTORES

Las narraciones de los viajeros proporcionan valiosos datos sobre la vida cotidiana, que no encontramos en los libros de historia, pues consignan todo lo que les llamó la atención: comida, caminos, diversiones, economía... y vestimenta. Nos permiten, pues, acercarnos a una sociedad en movimiento.

¿Quiénes fueron esos aventureros? ¿Qué características poseían? Eran individuos de diferente extracción social y nacionalidad; podían ser diplomáticos, empresarios, literatos, científicos o anticuarios. Procedían de países tan cercanos como Estados Unidos, o tan lejanos como Gran Bretaña, Grecia, Alemania, Italia, Francia, Austria, inclusive del Japón.

En general, todos se caracterizaban por tener una gran curiosidad, por ser observadores, por contar con algunas lecturas sobre nuestro país (Humboldt era su Biblia) y por venir con la finalidad de desempeñarse como agentes de minas, diplomáticos, comerciantes, colonizadores, etcétera.

Como señala José Enrique Covarrubias, un viajero es todo aquel que se haya atrevido a llegar a nuestro país y dejado noticias sobre su viaje.¹ Al respecto, el tiempo de su permanencia no importa, ya sean unos meses o hasta varios años, pues lo importante son las observaciones consignadas en sus obras.

La mayoría de los extranjeros empleados en este trabajo son hombres; sólo incluimos a dos mujeres: madame Calderón de la Barca y la condesa Paula Kolonitz. Debemos advertir que dentro de las fuentes utilizadas se encuentran también algunos mexicanos como Guillermo Prieto, Manuel Payno y José Agustín Arrieta. A continuación presentamos breves biografías de cada uno, las cuales han sido ordenadas de acuerdo con las fechas de residencia en nuestro país. Es preciso señalar que, para realizar las semblanzas, se ha tomado la información de las introducciones respectivas de las obras y, en gran medida, del libro de Ana María Prieto Hernández.

Thomas Gage (1597-1656), inglés de familia irlandesa y católica. Fue enviado por su padre a España en 1613 para ingresar a la Compañía de Jesús, aunque se incorporó al convento dominico de

¹ José Enrique Covarrubias, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las*

Valladolid. En 1625, al terminar sus estudios y recibir las órdenes, se alistó como misionero en una expedición a las Filipinas, con fines de evangelización, con el nombre de fray Tomás de Santa María. Empezó su travesía por la vía de la Nueva España como polizón dentro de un barril, debido a la prohibición real que impedía viajar por las provincias de ultramar a los que no fuesen originarios de Castilla o León.

Llegó a Veracruz el 8 de julio de 1625, pero jamás salió por Acapulco rumbo al Lejano Oriente, como previó, pues se quedó en la ciudad de México, recorrió Oaxaca y Chiapas, vivió en Guatemala y siguió hasta Centroamérica. Pasó doce años en el continente americano. Hacia 1637, se embarcó a Cuba, España e Inglaterra. Después de un viaje a Italia en 1639, renunció a la fe católica y se convirtió al protestantismo. En 1642 se hizo pastor anglicano y contrajo matrimonio. Participó en la toma de Jamaica (1655), donde murió un año después.

En 1648 publicó *My travels in sea and land; or a New Survey of the West-Indes*, traducida al español como *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, obra amena que describe a un México colonial

costumbres y de la situación social. Mühlenpfordt, Sartorius, Fossey, Doménech, Biart y

lleno de contrastes.²

Henry George Ward (1797-1860), primer embajador inglés en México. Visitó en dos ocasiones nuestro territorio: la primera vez, del 18 de octubre de 1823 al 5 de febrero de 1824, como parte de una comisión que vino a estudiar el nuevo país para negociar un tratado de amistad, comercio y navegación con Inglaterra; y la segunda, ya como diplomático, del 11 de marzo de 1825 a julio de 1827.

Conoció el puerto de Veracruz, Jalapa, la ciudad de México y las zonas mineras (Real del Monte, Zacatecas, etc.). La obra en la que dejó sus impresiones de viaje se titula *México en 1827* (1828), dividida en dos secciones complementarias: una describe las riquezas del país (naturaleza), la otra las costumbres. Contiene además ilustraciones realizadas por Emily Elizabeth, su esposa.³

William T. Penny (s./f.), comerciante de telas británico. Permaneció en México del 14 de mayo de 1824 al 20 de marzo de 1826. Conoció a los miembros de la antigua nobleza colonial como el conde de Regla. Recorrió Veracruz, Puebla, la ciudad de México y Guadalajara.

Zamacois. México, UNAM-Instituto Mora, 1998, pp. 7-11.

² Elisa Ramírez Castañeda, "Introducción" en Tomas Gage, *op. cit.* y Prieto Hernández, *op. cit.*, p. 291.

³ *Ibidem*, pp. 312-313.

Su libro fue traducido por Juan A. Ortega y Medina en *Zaguán abierto al México republicano*; en él se encuentran 18 cartas y parte de su diario. La descripción de paisajes y costumbres mexicanas es constante, así como las quejas por la mala calidad del hospedaje y los alimentos.⁴

Claudio de Prevost Linati (1790–1832), litógrafo italiano. Nació en Parma, Italia. Desde joven mostró capacidad como dibujante y afición por las bellas artes. Perteneció a la Sociedad Parmesana de Grabadores, donde practicó el grabado. Poco después abandonó esa técnica para dedicarse al nuevo arte de la litografía.

En 1809 fue a París. En 1810 se integró a la milicia como soldado del ejército de Napoleón. Cayó prisionero en Hungría y marchó a España. Perseguido por sus ideas políticas, tuvo que huir y, en Bruselas, conoció a José Eduardo de Gorostiza, agente confidencial de México. Realizó los arreglos correspondientes y, junto con otro italiano, consiguió el permiso para establecer un taller litográfico en México.

Llegó a Veracruz el 22 de septiembre de 1825. Instaló su taller en la capital en 1826, con una prensa traída de Bruselas. En ese

⁴ Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*. México:

mismo año, junto con su amigo Fiorenzo Galli y el poeta cubano, José María de Heredia, fundó el periódico *El Iris*.

Por razones políticas tuvo que salir y, en 1828, publicó en Bruselas una serie de litografías a color con trajes y costumbres mexicanas que incluyó en el libro *Costumes civils, militares et réligicux du Mexique*. Intentó regresar en 1832, pero al llegar a Tampico, se contagió de fiebre y murió a los 42 años de edad.

Trajes civiles, militares y religiosos de México contiene una serie de litografías que permiten ver los atuendos de la sociedad mexicana. Cada ilustración tiene una pequeña explicación.⁵

Karl Christian Sartorius (1796-1872), naturalista, miembro de diversas instituciones científicas y catedrático universitario. Hijo de un ministro protestante, nació en Darmstadt, Alemania. Como estudiante intervino en actividades políticas que le obligaron a salir de su país en 1826. Después de recorrer Francia y España, llegó a México el mismo año en compañía de un amigo con quien se dedicó a la minería. Fue dueño de una hacienda azucarera llamada “El Mirador”, ubicada en la falda oriental de la Sierra Madre, a 4 000 pies de altura; inició gestiones para formar una pequeña colonia en su hacienda, pero el

UNAM, 1987, pp. 37-50 y Prieto Hernández, *op. cit.*, p. 302.

intento fracasó por falta de recursos. En 1850, viajó a Alemania y dictó una serie de conferencias científicas sobre nuestro país. Allí difundió su texto: *México como país de inmigración para alemanes* (1849).

Sartorius viajó por la zona sur del territorio nacional y permaneció largo tiempo en su hacienda. Escribió varios libros sobre nuestro país; el empleado en esta investigación es *México hacia 1850* (publicado en inglés, 1858), donde encontramos una gran cantidad de información sobre la historia, los usos y las costumbres de la sociedad decimonónica nacional. También contiene una serie de ilustraciones realizadas por Johann Moritz Rugendas.⁶

Eduard Mühlenpfordt (s/f), geógrafo, etnólogo y viajero alemán. Nació en Clausthal, localidad cercana a Hannover, en el norte de Alemania. Estudió matemáticas en Gotinga. Arribó a México en 1827 con el fin de trabajar para la compañía de minas *Mexican Company* de la que fue director del Departamento de Obras. Permaneció en el país hasta 1834. Antes de partir, ocupó el cargo de director en la construcción de caminos del estado de Oaxaca. Realizó estudios geográficos, etnográficos y estadísticos de cada una de las entidades

⁵ Ceferino Palencia, en Claudio Linati, *Trajés civiles, militares y religiosos de México*. México: Editorial Innovación, 1978 y Prieto Hernández, *op. cit.*, pp. 296-297.

⁶ Brígida von Mentz, “Estudio preliminar” en Sartorius, *op. cit.*, pp. 11-45 y Prieto Hernández, *op. cit.*, pp. 308-309.

del territorio.

Esperó diez años, desde su salida de México, para ordenar sus distintos materiales y preparar su *Ensayo de una fiel descripción de la República de México, referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística*. Las descripciones de la población, la historia, la geografía y la estadística son sus ejes centrales.⁷

Karl Nebel (1805-1855), arquitecto, procedente de Altona, ciudad alemana al poniente de Hamburgo. Nació el 18 de marzo de 1805 y murió en París el 4 de junio de 1855. Permaneció en México de 1829 a 1834.

Conoció a Alexander von Humboldt, quien incluyó sus observaciones en el *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República mexicana en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834* (1836), obra que contiene 50 litografías con sus respectivas explicaciones.⁸

Carlos Guillermo Koppe (1777-1837). Nació en Gotinga, Alemania. Tomó parte en las campañas napoleónicas. Llegó a México en 1830 como cónsul de Prusia y representante de la Compañía Renano Indoccidental. A su influjo se debió la apertura de las

⁷ Prieto Hernández, *op. cit.*, p. 300.

relaciones comerciales entre México y los estados alemanes, y el establecimiento de un servicio regular de buques hanseáticos entre Hamburgo y Veracruz. Regresó a su país en 1832.

Dejó su testimonio en *Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830*. Describe en ellas el puerto de Veracruz, además de realizar algunas observaciones sobre la población. Debido a su forma epistolar, no logra profundizar en tema alguno, sus narraciones son muy concretas.⁹

Johann Moritz Rugendas (1802-1858), pintor. Nació en Augsburgo, Alemania. Visitó América por primera vez de 1821 a 1825, periodo en el que residió en Brasil. Entre 1825 y 1830 recorrió Italia, Francia e Inglaterra, y en 1831 regresó al Nuevo Mundo, donde tocó primero Haití y después México, que fue su residencia por cuatro años (1831-1834).

Viajó por el interior de la República Mexicana y se detuvo en distintas partes del estado de Veracruz, donde fue huésped de Karl Christian Sartorius en “El Mirador”; quien ilustró su libro *México y los mexicanos* (1852) con 18 litografías basadas en dibujos de

⁸ *Ibidem*, pp. 300-301.

⁹ *Ibidem*, pp. 295-296.

Rugendas.¹⁰ Johann fue expulsado por participar en un complot contra Anastasio Bustamante. De México pasó a Chile y Perú para regresar a Europa en 1846. Murió en su país el 29 de mayo de 1858. Sus obras se han recopilado en *Rugendas: imágenes de México y 20 estampas de México* (1966).¹¹

Isidore Löwenstern (1806-1858?). Comerciante austriaco. Visitó México en 1858 como parte de su viaje alrededor del mundo. Entre los lugares que conoció estuvieron Egipto y Turquía. Fue caballero de la orden hospitalaria militar del Santo Sepulcro.

Le Mexique, souvenirs d'un voyageur es la obra que empleamos en este trabajo.¹²

Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca (1806-1882). Inglesa protestante convertida al catolicismo. Nació en Edimburgo, Escocia. Al morir su padre, emigró junto con su madre y sus hermanas a Estados Unidos. Se estableció en Boston, donde conoció en 1835 a Ángel Calderón de la Barca, con quien se casó dos años después. Su esposo fue el primer representante de España en México y, debido al

¹⁰ Pablo Diener Ojeda, "Rugendas imágenes de México" en *Rugendas: imágenes de México; exposición del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, México D. F., 1994*. México: CONACULTA, 1994, p. 71.

¹¹ *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*. Sexta edición corregida y aumentada. México: Editorial Porrúa, 1995, v. 3.

¹² Prieto Hernández, *op. cit.*, 297.

cargo diplomático, residió en nuestro país del 18 de noviembre de 1839 al 28 de abril de 1842. La mayor parte del tiempo vivió en la ciudad de México, aunque ocasionalmente se desplazó a haciendas cercanas.

En 1842 partió a Washington, donde permaneció hasta 1853. Vivió en Madrid, pero en 1854, cuando estalló la revolución, huyó a Francia donde estuvo hasta 1858. Al morir su esposo en 1861, se retiró a un convento en el que habitó hasta que la reina Isabel II la llamó a hacerse cargo de la educación de la infanta Isabel Francisca Borbón. El título de marquesa le fue concedido en 1876 por Alfonso XII. Falleció el 6 de febrero de 1882 en el Palacio Real de Madrid.

Una selección de 44 cartas forma su notable libro *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país* (1843), donde esboza de una forma crítica y divertida la vida y costumbres mexicanas de 1839-1842. Sus comentarios están dotados de un sarcasmo sutil.¹³

John Lloyd Stephens (1805-1852) fue un estadounidense que recorrió diversas partes del mundo, tales como Egipto, Malta y Arabia. Del 3 de noviembre de 1839 al 15 de julio de 1840 realizó un viaje por

¹³ Felipe Teixidor, “Prólogo” en Calderón de la Barca, *op. cit.*, pp. IX-LXXIV y Prieto

Centroamérica, pasando por Yucatán. Del 9 de octubre de 1840 al 18 de mayo de 1842 hizo un segundo viaje por la península de Yucatán, donde se dedicó a explorar las ruinas mayas.

En *Viajes a Yucatán* consigna sus hallazgos arqueológicos: es la descripción del descubrimiento de ruinas inexploradas, cuenta del asombro de los lugareños por el interés de un extraño en un montón de piedras y el planteamiento de hipótesis sobre la cultura maya y su desarrollo.¹⁴

Brantz Mayer (1809-1879). Nació en Baltimore, Estados Unidos. Hijo de un matrimonio de emigrantes alemanes, su padre fue un importante comerciante de Maryland, donde estudió jurisprudencia bajo la dirección de un activo político liberal. Se dedicó al periodismo y la abogacía hasta 1841, año en que viajó a México como secretario de la legación norteamericana. Poseía una amplia cultura viajera, habiendo conocido Europa, India, China, Sumatra y Borneo. Llegó a la República Mexicana el 12 de noviembre de 1841.

A causa de la muerte de su padre en 1842, tuvo que regresar a su país. Vivió tan sólo un año en la capital. Escribió: *México, lo que fue y lo que es* (1844) y *Mexico, Aztec, Spanish and Republican*. La

Hernández, *op. cit.*, pp. 285-286.

primera obra es la empleada en este trabajo. Hace referencia a sus visitas a pequeños museos particulares, a fiestas religiosas y a recorridos por las inmediaciones de la capital mexicana.¹⁵

José Manuel Román Payno Cruzado (1820-1894). Nació en la ciudad de México. Tuvo una activa vida militar, política y literaria. Entre otros cargos ocupó el de ministro de Hacienda, administrador de Rentas del Estanco de Tabacos, diputado, senador, secretario de la legación Mexicana en Sudamérica y jefe de sección del ministerio de Guerra con el grado de teniente coronel. En 1847 se le ordenó establecer un servicio secreto de correos entre México y Veracruz; en esta misma época combatió con guerrillas en el camino de Puebla.

Durante la intervención francesa estuvo en la prisión de San Juan de Ulúa. Más tarde reconocería el imperio de Maximiliano y ocupó el puesto de regidor por breves días. Fue profesor de Historia Patria en la Escuela Preparatoria. En 1882 el presidente Manuel González lo envió a París como agente de colonización. En 1886 fue nombrado cónsul primero en Santander y luego en Barcelona, donde vivió cinco años. A su regreso a México volvió al Senado, del cual llegó

¹⁴ John L. Stephens, *Viajes a Yucatán*. Tomo I. Ilustraciones: Frederick Catherwood. Traducción: Justo Sierra O'Reilly. México: Producción Editorial Dante, 1984, p.11.

¹⁵ Juan A. Ortega y Medina, "Estudio preliminar" en Mayer, *op cit.*, pp. VII-LI y Prieto Hernández, *op. cit.*, pp. 298-299.

a ser presidente en 1894. Murió en San Ángel ese mismo año.

En este trabajo se utilizaron *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843* (1844), *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, *Los bandidos de Río Frío* y *Memorias sobre el matrimonio y otros escritos*. Las últimas obras mencionadas son recopilaciones modernas de los escritos del político mexicano.¹⁶

Guillermo Prieto (1818-1897). Nació en la ciudad de México. Tuvo una niñez complicada. Gracias a la protección de Andrés Quintana Roo obtuvo una plaza en la aduana y pudo continuar sus estudios en el Colegio de San Juan de Letrán. Diputado varias veces, senador y ministro de Hacienda. Fundador de la Academia de San Juan de Letrán y difusor de la corriente romántica.

Memorias de mis tiempos, *Cuadros de costumbres*, *Crónicas de viaje*, *Periodismo político y social* y *Poesía popular, poesía patriótica* son las obras consultadas en compilación moderna.¹⁷

Carl Bartholomaeus Heller (1824-1880), naturalista y botánico. Nació en Moravia, región que en esa época formaba parte del imperio austriaco. Vino a México a los 22 años de edad, con el patrocinio de la

¹⁶ Esther Hernández Palacios, “Prólogo” en Payno, *Un viaje a Veracruz...*, pp. 7-12, Diana Irina Córdoba Ramírez, *Manuel Payno: los derroteros de un liberal moderado*. México: El Colegio de Michoacán, 2006, 307 pp. (Colección Premio Luis González y González) y Prieto Hernández, *op. cit.*, pp. 301-302.

Sociedad Imperial Botánica de Viena, como acompañante del explorador Theodore Hartweg, con quien recorrió parte del territorio; siguió solo por Yucatán, Chiapas y Tabasco. Murió en Viena en 1880.

Basándose en sus diarios de viaje escribió *Viajes por México en los años 1845-1848*. La naturaleza ocupó su atención; la sociedad recibió un segundo lugar.¹⁸

Lucien Biart (1829-1897), naturalista, arqueólogo y escritor francés. Nació en Versalles el 21 de junio de 1828. En 1846, después de terminar sus estudios, se embarcó rumbo a México, en busca de un amigo que trabajaba como médico y farmacéutico en Orizaba, Veracruz. Se graduó en 1855 en la Facultad de Medicina de Puebla e impartió la cátedra de ciencias físicas y naturales. Poco después volvió a Orizaba, donde se casó con una compatriota y trabajó como farmacéutico. Fue miembro de la Sociedad de Antropología y de la Comisión Científica de México. En 1865 regresó a Francia y murió en París el 18 de marzo de 1897.

Recorrió gran parte del territorio en largas excursiones, que describió en varios libros: *La tierra templada; Escenas de la vida mexicana, 1846-1855; La tierra caliente; Escenas de la vida mexicana,*

¹⁷ Prieto Hernández, *op. cit.*, p. 305.

1849-1862; *Aventuras de un joven naturalista en México*; *Entre dos océanos (Aventuras en el Istmo de Tehuantepec)*. En este trabajo se emplearon: *La tierra caliente*; *La tierra templada* y *Aventuras de un naturalista en México*. En cada obra se mezclan sus observaciones científicas y su visión de las costumbres mexicanas.¹⁹

R. H. Mason (s/f). Los únicos datos que hemos podido encontrar son que era un inglés que visitó México una vez concluida la guerra con Estados Unidos, permaneció un año en territorio nacional (1848-1849). Aquí empleamos *Pictures of life in Mexico*.²⁰

Édouard Henri Theophile Pingret (1788-1875), pintor. Nació en Saint Quentin, Normandía. Trabajó en los talleres de Louis David y de Jean Baptiste Regnault. En 1846 viajó a Marruecos y a su retorno expuso una serie de cuadros de mujeres orientales. En 1850, el príncipe François de Joinville le solicitó a Pingret que rescatara las propiedades de una compañía de la cual el príncipe era socio mayorista. El pintor se dirigió a Nápoles, ahí la familia Pignatari, heredera de los bienes del Marquesado del Valle Oaxaca en México, le dio una carta de presentación a Lucas Alamán, todavía administrador de los bienes de la familia. Pingret decidió emprender la travesía a

¹⁸ *Ibidem*, pp. 282-283.

México.

Al año siguiente de su llegada (1850?), el normando participó en exposiciones de la Academia de San Carlos. Fue encarcelado por haber protagonizado una riña con el cónsul inglés Percy Doyle. Salió de nuestro país con una colección de antigüedades y cuadros en 1855?. Muere en Saint Quentin (1875).²¹ Hemos observado las obras de Pingret en estudios realizados por Luis Ortiz Macedo.

Gustavus Ferdinand von Tempsky (1828-1868). Nació en Liegnitz, Polonia, y murió en Nueva Zelanda. Formó parte del servicio de inteligencia inglés (1840). Visitó México, Guatemala y El Salvador. Desembarcó en Mazatlán el 4 de julio 1853 y recorrió Durango, México, Puebla, Tehuantepec y Chiapas, de donde siguió para Guatemala. Con sus propios dibujos ilustró su obra: *Mitla. Una narración de incidentes y aventuras personales en un viaje por México, Guatemala y el Salvador en los años de 1853 a 1855 con observaciones sobre el modo de vida en esos países* (1858), en la cual describe sus travesías a lo largo del territorio nacional.²²

Ernest de Vigneaux (s/f) Nacido en Burdeos. Estudió medicina

¹⁹ *Ibidem*, p. 284.

²⁰ Prieto Hernández, *op. cit.*, p. 298.

²¹ Luis Ortiz Macedo, *Édouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX*. México: Fomento Cultural Banamex, pp. 57-62.

en la Facultad de París. Movidó por la leyenda del oro emigró a Alta California. Allí conoció al conde Gastón de Raousset-Boulbon y en 1854 embarcó con él y un grupo de aventureros rumbo a Sonora. La expedición llegó a Guaymas el 1 de julio. El día 13, el general José Yáñez los derrotó. Él fue hecho prisionero y enviado con otros 65 presos al puerto de San Blas. Enfermó al pasar por Guadalajara camino al fuerte de Perote y con ese motivo lo enviaron al Hospital de Belén en calidad de detenido.

En 1855 el general José María Ortega liberó a un grupo de prisioneros que se encontraba en Guadalajara, entre los que estaba Vigneaux; A pesar de que Antonio López de Santa Anna había dado órdenes de recapturarlos, el francés permaneció libre. Después de recorrer Guadalajara, Irapuato, Salamanca, Celaya, Querétaro, San Juan del Río, la ciudad de México, Puebla y Veracruz, el 25 de febrero llegó a los Estados Unidos.

En París publicó *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique, 1854-1855* (1863). Allí narra su experiencia como prisionero en el territorio mexicano y su conocimiento de los bajos fondos de la

²² Mario de la Torre, "Prólogo" en Tempisky, *op. cit.*, pp. IX-XV.

sociedad.²³

José María Rivera (s/f). No se tienen datos seguros sobre su vida, pues se confunde con dos contemporáneos que tenían el mismo nombre. Escribió siete de los artículos de *Los mexicanos pintados por sí mismos*. Su artículo “China” (1854-1855) ha sido empleado en este trabajo.²⁴

José Agustín Arrieta (1802-1874). Nació en Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala. Muy joven se trasladó a la ciudad de Puebla de Los Ángeles, atraído por la actividad pictórica que allí se desarrollaba. Por sus obras recibió varios premios en diferentes exposiciones organizadas por la Academia de las Bellas Artes de Puebla. En esta ciudad trabajó hasta su muerte, ocurrida en 1874. *Homenaje nacional José Agustín Arrieta (1803-1874)* (1994) es el libro que reúne varias de sus pinturas.²⁵

Marvin Wheat (s/f). Viajó por México durante los meses de marzo y abril de 1856. Al parecer fue un personaje que se contagió de la fiebre del oro, por lo cual se encaminó rumbo a California. Da una

²³ Ana Rosa Suárez Argüello, “Viajando como prisionero de guerra. Ernest Vigneaux y su travesía por el México de Santa Anna” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. Enero-junio 2004, pp. 35-59 y Prieto Hernández, *op. cit.*, pp. 311-312.

²⁴ Juan de Dios Arias *et al.*, *Los mexicanos pintados por sí mismos II*. México: Autores de Querétaro, 1986, p. 214 (Colección Autores, 3).

²⁵ Ana Ortiz Angulo, *La pintura mexicana independiente de la Academia en el*

visión del norte del territorio en sus *Cartas de viaje por el occidente de México*. Durango, Zacatecas, Guadalajara son las ciudades que ocuparon su atención.²⁶

Marcos Arróniz (?-1859) Periodista mexicano. Nacido en Orizaba, Veracruz, a principios del siglo XIX. A temprana edad se trasladó a la ciudad de México, donde recibió su educación. Perteneció a la Academia de San Juan de Letrán. Se identificó con la poesía de Lord Byron. Como varios de sus contemporáneos, compaginó la carrera militar, la poesía y el periodismo. Murió a finales de 1859, su cuerpo fue encontrado en el paraje Agua Venerable, en el camino de San Martín Texmelucan, Puebla. *Manual del viajero en México* (1858) es el libro que consultamos.²⁷

Claude Joseph le Désiré Charnay (1828-1915). Nació el 2 de mayo de 1828 en la posesión familiar ubicada en la aldea de Déduits, Francia. Murió el 24 de octubre de 1915, en París. Viajó varias veces a Alemania e Inglaterra para mejorar su conocimiento de idiomas. Muy joven todavía, a partir de 1850, se encontró en Nueva Orleans como profesor de francés en una escuela de muchachas. Regresó a su país

siglo XIX. México: INAH, 1995, p. 137.

²⁶ Marvin Wheat, *Cartas de viaje por el occidente de México*. México: El Colegio de Jalisco, 1994, p. IV.

²⁷ Regina Hernández, “Presentación”, en Marcos Arróniz, *Manual del viajero en México*.

en 1853. Fue comisionado por el ministerio de Educación Nacional para visitar y estudiar las ruinas, culturas y pueblos de México y, sobre todo, recabar objetos destinados a los museos que se formaban entonces. Salió de París en abril de 1857 y llegó a México a fines del año.

La obra del estadounidense John Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan* e *Incidents of travel in Yucatan* determinó su itinerario de viaje. Recorrió la ciudad de México, Puebla, Chiapas, Yucatán y Campeche.

El producto de la expedición: *Ciudades y ruinas americanas. Mitla, Palenque, Izamal, Uxmal...* es editado en 1863 en París bajo el patrocinio de Napoleón III, y en 1866 se publica en México una versión de la misma obra. Ruinas, corrección a las hipótesis planteadas por Stephens, caza de cocodrilos e inclemencias del tiempo son temas del texto, al que acompaña un álbum de fotografías.

Regresó a México en 1880 e hizo exploraciones en Teotihuacán, Oaxaca y Yucatán, encargado otra vez por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia, de acuerdo con la Comisión de Misiones y Viajes,

México: Instituto Mora, 1991, pp. X-XI.

para estudiar los monumentos de México.²⁸

Paula Kolonitz (1830-1890). Fue canonesa del capítulo de nobles en Saboya. Llegó a Veracruz el 28 de mayo de 1864 como parte del séquito que acompañó a Maximiliano y Carlota. Al pisar suelo mexicano cesaban sus funciones, pero permaneció casi seis meses en nuestro país. Regresó a Europa el 17 de noviembre de ese mismo año. En 1873 se casó con Félix Eloin, belga que había sido consejero del emperador, pero con el paso del tiempo se separó de él.

En 1867 publicó en Viena su libro *Un voyage au Mexique en 1864*. Los comentarios emitidos en él sobre la sociedad mexicana son de asombro, crítica y esperanza. Refleja el inicio de un imperio que serviría como catalizador de la nación mexicana.²⁹

Johann Carl Khevenhüller (1840-1905). El príncipe de Khevenhüller-Metsh era osado, de gran confianza en sí mismo y temperamento fuerte, como lo manifestó al protagonizar muchas riñas y duelos. De mayo de 1864 a septiembre de 1867, el aún joven Khevenhüller estuvo en México como parte del ejército de Maximiliano. Regresó más tarde, en 1901, e intentó mejorar las relaciones

²⁸ Víctor Jiménez, “Nota introductoria” en Charnay, *op. cit.*, pp. 7-33 y Prieto Hernández, *op. cit.*, pp. 287-288.

²⁹ Luis G. Zorrilla, “Prólogo” en Kolonitz, *op. cit.*, pp. 7-9 y Prieto Hernández, *op. cit.*, p.

austriaco-mexicanas, motivo por el cual recibió la Gran Cruz de la Orden de Leopoldo. Murió el 11 de septiembre de 1905 en Riegersburg, tras una larga enfermedad.

Sus experiencias en las campañas militares y en el México del Segundo Imperio fueron recogidas por Brigitte Hamann en *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller*.³⁰

295.

³⁰ Brigitte Hamann, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller*. México: FCE, 1994, 15.

RELACIÓN DE AUTORES UTILIZADOS

VIAJERO	FECHAS DE VIDA	ORIGEN	FECHAS DE VIAJE	OCUPACIÓN
Thomas Gage	1597-1656	Inglés	1625-1637	Misionero
Henry George Ward	1797-1860	Inglés	1823-1824; 1825-1827	Embajador
William T. Penny	s/f	Inglés	1824-1826	Comercian- te textil
Claudio de Prevost Linati	1790-1832	Italiano	1825-1828	Litógrafo
Carl Christian Sartorius	1796-1872	Alemán	1826-1856	Naturalista
Eduard Mühlenpfordt	s/f	Alemán	1827-1834	Naturalista
Carl Nebel	1805-1855	Alemán	1829-1834	Arquitecto
Carlos Guillermo Koppe	1777-1837	Alemán	1830-1832	Empresario
Johann Moritz Rugendas	1802-1858	Alemán	1831-1834	Pintor
Isidore Löwenstern	1806- 1858?	Austriaco	1838	Comercian- te
Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca	1806-1882	Inglesa	1839-1842	Esposa de diplomático
John Lloyd Stephens	1805-1852	Estadounidense	1839-1840; 1840-1842	Arqueólogo
Brantz Mayer	1809-1879	Estadounidense	1841-1842	Emisario
Manuel Payno	1820-1894	Mexicano	1843-1855	Político
Guillermo Prieto	1818-1897	Mexicano	1843-1867	Político
Carl Bartholomaeus Heller	1824-1880	Austriaco	1845-1848	Naturalista
Lucien Biart	1829-1897	Francés	1846-1865	Naturalista
R. H. Mason	s/f	Inglés	1848-1849	?
Édouard Pingret	1788-1875	Normando	1850-1855	Pintor

Gustavus Ferdinand von Tempsky	1828-1868	Polaco	1853	Aventurero
Ernest de Vigneaux	s/f	Francés	1854-1855	Filibustero
José María Rivera	s/f	Mexicano	1854-1855	Literato
José Agustín Arrieta	1802-1874	Mexicano	1855-1863	Pintor
Marvin Wheat	s/f	?	1856	Aventurero
Marcos Arróniz	?-1859	Mexicano	1858	Periodista
Claude Joseph le Désiré Charnay	1828-1915	Francés	1857-1861	Arqueólogo y fotógrafo
Paula Kolonitz	1830-1890	Austriaca	1864	Aristócrata
Johann Carl Khevenhüller	1840-1905	Austriaco	1864-1867	Militar

EL TÚNICO Y EL ZAGALEJO

La del cabello encrespado,
la de delgada cintura,
la de sagaz travesura
en el mirar seductor;
la linda china poblana,
más linda que las estrellas,
¿quién quitó a tus formas bellas
el insurgente castor?

¿Quién la pérfida camisa
que, con descote alarmante,
era el cielo del amante,
y era anuncio del calor?
¿Por qué en adusto corpiño
triste tu talle se encierra?
¿Quién sacrílego destierra
tus enaguas de castor?

Era un bello firmamento
de lentejuelas de plata,
era el manto de escarlata
de las reinas del amor.
Era la china garbosa,
la linda china poblana
sobre la nube de grana
de su enagua de castor.

¿Quién es esa mustia chica?
¿Es vestido o es sotana,
es corpiño o es aduana
esa parte superior?
¡Maldita moda, maldita!
Rompan el corpiño, chinas,
les van a dar las anginas,
venga el hermoso castor.

Use el túnico gazmoño
sedentaria costurera,
o cuidadora severa
de celoso solterón.
Use el túnico el gran tono,
todo flaquezas y huesos,
y revivan los traviesos

zagalejos de castor.

Por Dios, ¿quién sufre un embudo
de lienzo?, ¿una linda china
a quien el cielo destina
al aire libre, al amor?
Esas cárceles de lienzo
sirvan a la aristocracia;
pero a las chinas la gracia
y la enagua de castor.

Ondas de púrpura ardiente
los zagalejos formaban:
con los vaivenes brillaban
como la mar con el sol.
Hoy tétrica muselina
echó el piececito un vuelo...
¡Por Dios!, que nos dé consuelo
el regreso del castor.

En buen hora los telones
para la pata extranjera,
y una lancha cañonera
para cada pie invasor...
Mas que bañe la luz pura
los encantos soberanos
de los piecitos poblanos,
con la enagua de castor.

Era linda una garganta
de contornos celestiales,
entre perlas y corales
proclamando insurrección.
¿Por qué un rostro tan divino
sobre un saco penitente?
vístanse como la gente,
con la enagua de castor.

¿Y quién se arriesga a un jarabe
franco, atrevido, resuelto,
con un acólito envuelto
en sombrío pañolón?
¿Quién admira un zapateo
que suena entre bastidores?,
¡muera el túnico, señores!
¡Viva el luciente castor!

Quitad al cielo las nubes
y a la mar su blanca espuma,
quitad al ave la pluma
y al sol su rubio esplendor;
mas si queréis que no emigre
al Japón o a Palestina,
que vuelva la hermosa china
con su enagua de castor.

¿Túnico?, las forliponas...
cuando abrazan se contienen;
en el baile van y vienen,
y andan de orden superior.
La china toda es franqueza,
no es de bretañas archivo...
que luzca lo positivo,
vuelva el querido castor.

Veréis después esos rostros
como en un confesionario,
dentro un gorro estafalarario
con paredes de cartón.
Veréis después tiestas golas
tornarse de moda artículo,
y el miriñaque y el ridículo...
no, no, que vuelva el castor.

Vuelva el castor y el jaleo,
que es de placeres tesoro,
la banda de flecos de oro
y el dengue alborotador;
y al rasgar la jaranita
sus canciones subversivas,
pueblen el aire mil vivas
por el triunfo del castor.³¹

³¹ Guillermo Prieto, *Poesía popular, poesía patriótica. Obras completas XIII*.
Compilación y notas: Boris Rosen Jélomer. México: CONACULTA, 1994, pp. 102-
105.

FUENTES CONSULTADAS

Fuentes primarias

Autores nacionales

ARIAS, Juan de Dios *et al.*, *Los mexicanos pintados por si mismos.*

Tipos y costumbres nacionales, por varios autores. México:

Símbolo, 1946, 289 pp. También existe una versión en línea,

aunque no contiene las ilustraciones:

<http://programas.ucol.mx/libros/mexicana/18/html/sec_5.htm>

Última fecha de consulta: 9/XI/2006, 15:00 horas.

ARRÓNIZ, Marcos, *Manual del viajero en México.* México: Instituto

Mora, 1991, 298 pp. (Colección facsímiles).

ARRONIZ, Marcos *et al.*, *México y sus alrededores. Colección de*

monumentos, trajes y paisajes dibujados al natural y litografiados

por los artistas mexicanos C. Castro, J. Campillo, L. Ruda y C.

Rodríguez. México: Establecimiento Litográfico de Decaen,

Editor, Portal del Coliseo Viejo, 1855-1856, 32 pp.

GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, *Vocabulario de mexicanismos*

comprobado con ejemplos y comparado con los otros países

- hispano-americanos*. México: “La Europea”, 1899, 241 pp.
- Homenaje nacional José Agustín Arrieta (1803-1874)*. Museo Nacional de Arte, agosto-octubre, 1994. México: INBA, 1994, 267 pp.
- PAYNO, Manuel, *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares. Obras completas I*. Compilación, presentación y notas: Boris Rosen Jélomer. Prólogo: Blanca Estela Treviño. México: CONACULTA, 1996, 250 pp.
- , *Los bandidos de Río Frío*. Tomo I. Prólogo de Josefina Zoraida Vázquez. México: PROMEXA Editores, 1979, 456 pp. (Clásicos de la Literatura Mexicana)
- , *Los bandidos de Río Frío*. Tomo II. Prólogo de Josefina Zoraida Vázquez. México: PROMEXA Editores, 1979, 645 pp. (Clásicos de la Literatura Mexicana).
- , *Memorias sobre el matrimonio y otros escritos*. México: Planeta/Joaquín Mortiz, 2002, 95 pp. (Ronda de Clásicos Mexicanos).
- , *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*. México: Universidad Veracruzana, 1984, 132 pp. (Colección Rescate).
- PRIETO, Guillermo, *Crónicas de viaje 2. Obras completas V*. Compilación y notas: Boris Rosen Jélomer. México:

- CONACULTA, 1993, 412 pp.
- , *Cuadros de costumbres 1*. Compilación, presentación y notas Boris Rosen. Prólogo Carlos Monsiváis. México: CONACULTA, 1993, 616 pp.
- , *Cuadros de costumbres 2. "San Lunes de Fidel"*. Compilación y notas Boris Rosen. México: CONACULTA, 1993, 472 pp.
- , *Memorias de mis tiempos. Obras completas I*. Presentación y notas: Boris Rosen Jélomer. Prólogo: Fernando Curiel. México: CONACULTA, 1992, 536 pp.
- , *Periodismo político y social 1. Obras completas XXI*. Presentación, compilación y notas: Boris Rosen Jélomer. Prólogo: Florence Toussaintt Alcaraz. México: CONACULTA, 1997, 536 pp.
- , *Poesía popular, poesía patriótica. Obras completas XIII*. Compilación y notas: Boris Rosen Jélomer. México: CONACULTA, 1994, 632 pp.
- Semanario de las señoritas mexicanas. Educación científica, moral y literaria del bello sexo*. Tomo 2. México: Imprenta de Vicente G. Torres, 1841, 527 pp.

Autores extranjeros

BENAVENTE, Fray Toribio de (Motolinia), *Historia de los indios de la Nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España, y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado*. 7ª ed. Estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O'Gorman. México: Porrúa, 2001, 354 pp. (Sepan cuantos... núm 129).

BIART, Lucien, *La tierra caliente. Escenas de la vida mexicana 1849-1862*. Traducción de María Cervantes de Gorozpe. México: Editorial Jus, 1962, 357 pp. (Colección "Viajeros en México", nº 2).

—, *La tierra templada. Escenas de la vida mexicana 1846-1855*. Traducción de Pedro Vázquez Cisneros. México: Editorial Jus, 1959, 278 pp.

BRIGITTE, Hamann, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller*. México: FCE, 1994, 237 pp.

CALDERÓN DE LA BARCA, Madame, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Traducción y prólogo de

- Felipe Teixidor. México: Editorial Porrúa, 1959, 601 pp.
- CORTÉS, Hernán, *Cartas de relación de la conquista de México*. Tomo I. Madrid: Espasa-Calpe, 1922, 236 pp. (Los grandes viajes clásicos).
- CHARNAY, Désiré, *Ciudades y ruinas americanas. Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal. Reunidas y fotografiadas por Désiré Charnay con el viaje y documentos del autor: México 1858-1861. Recuerdos e impresiones de viaje*. Traducción y nota introductoria de Víctor Jiménez. México: Banco de México, 1994, 285 pp.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Prólogo de Carlos Pereyra. Madrid: Espasa-Calpe, 1968, 636 pp.
- GAGE, Thomas, *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*. Introducción y edición de Elisa Ramírez Castañeda. México: SEP-FCE, 1982, 367 pp. (SEP 80/38)
- HELLER, Carl Bartholomeus, *Viajes por México en los años 1845-1848*. Traducción y nota preliminar de Elsa Cecilia Frost. México: Banco de México, 1987, 371 pp.
- KOLONITZ, Paula, *Un viaje a México en 1864*. Traducción: Neftali

Beltrán. Prólogo: Luis G. Zorilla. México: SEP-FCE, 1984, 190 pp. (Lecturas Mexicanas, 41).

KOPPE, Carlos Guillermo, *Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830*. Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina. México: Imprenta Universitaria, 1955, 144 pp.

LINATI, Claudio, *Trajes civiles, militares y religiosos de México*. Versión y arreglo de César Macazaga Ordoño. Cotraductores: Normand Messier y Messier y César Macazaga Ordoño. Biografía de Claudio Linati: Ceferino Palencia. México: Editorial Innovación, 1978, 48 litografías.

LÖWENSTERN, Isidore, *Le Mexique souvenir d'un voyageur*. Paris: LEIPSICK, 1843, 467 pp.

MASON, R. H., *Pictures of life in Mexico*. London: Smith Elder and Co., 1852, 288 pp.

MÜHLENPFORDT, Eduard, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México, referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística. Primer tomo. Visión general del país*. Edición a cargo de Teresa Segovia. Traducción y nota preliminar de José Enrique Covarrubias. México: Banco de México, 1993,

373 pp.

—, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México, referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística. Segundo tomo. Descripción de cada uno de los estados.* Edición a cargo de Teresa Segovia. Traducción y nota preliminar de José Enrique Covarrubias. México: Banco de México, 1993, 410 pp.

NEBEL, Carl, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana, en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834.* Observaciones de Alejandro de Humboldt; prólogo de Justino Fernández. México: Manuel Porrúa, [c1963] xxvi p., láms.

ORTIZ MACEDO, Luis, *Édouard Pingret pintor romántico del siglo XIX.* México: CONACULTA, 2004, 32 pp., ilustraciones.

—, *Édouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX.* México: Fomento Cultural Banamex, 1989, 160 pp.

PENNY, William T. "México de 1824 a 1826. Cartas y diario" en Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830).* México: UNAM, 1987, 216 pp. (Instituto de Investigaciones Históricas: Serie Historia Moderna y

Contemporánea/18).

RUGENDAS, Juan Moritz, *Rugendas: imágenes de México, exposición del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, México D. F., 1994*. Estudio de Pablo Diener Ojeda. México: CONACULTA-INAH, Museo Nacional de Historia-Instituto Goethe, 1994, 142 pp.

—, *20 estampas de México*. México: Museo de la ciudad de México, 1966.

SARTORIUS, Carl Christian, *México hacia 1850*. Estudio preliminar, revisión y notas: Brígida von Mentz. México: CONACULTA, 1990, 327 pp.

—, *México y los mexicanos con 18 ilustraciones por M. Rugendas*. Versión, selección y notas de Marita Martínez del Río. Prefacio de Edmundo O’Gorman. México: San Ángel Ediciones, 1975, 71 pp.

STEPHENS, John L., *Viajes a Yucatán*. Tomo I. Ilustraciones: Frederick Catherwood. Traducción: Justo Sierra O’Reilly. México: Producción Editorial Dante, 1984, 376 pp.

—, *Viajes a Yucatán*. Tomo II. Ilustraciones: Frederick Catherwood. Traducción: Justo Sierra O’Reilly. México: Producción Editorial

Dante, 1984, 437 pp.

TEMPSKY, G. F. von, *Mitla: una narración de incidentes y aventuras personales en un viaje por México, Guatemala y el Salvador en los años de 1853 a 1855 con observaciones sobre el modo de vida de esos países*. Edición facsimilar. Traducido y editado por Mario de la Torre. México: Banco de México, 1991, 370 pp.

VIGNEAUX, Ernesto de, *Viaje a México*. Introducción de Leopoldo I. Orendáin. México: Ediciones del Banco Industrial de Jalisco, 1950, 121 pp.

WARD, Henry George, *México en 1827*. Traducción de Ricardo Haas. México: FCE, 1995, 788 pp. (Biblioteca Americana).

WHEAT, Marvin, *Cartas de viaje por el occidente de México*. Traducción: Pastora Rodríguez. México: El Colegio de Jalisco, 1994, 271 pp.

Fuentes secundarias

ABLEMA, Paul, *Anatomía de la desnudez*. México: Planeta, 1984, 141 pp.

ALBERONI, Francisco et al., *Psicología del vestir*. Barcelona: Editorial

- Lumen, 1976, 103 pp.
- ARMELLA DE ASPE, Virginia, Teresa Castelló Yturbe e Ignacio Borja Martínez, *La historia de México a través de la indumentaria*. México: INBURSA, 1988, 159 pp.
- BALASSA, Gisela y LAVÍN, Lydia, *Museo del traje mexicano*. Investigación iconográfica: María Luz Casal Pagés. México: Clío, 2002, 6 volúmenes.
- BENÍTEZ, José R., *El traje y el adorno en México 1500-1910*. Guadalajara: 1946, 268 pp.
- CAMPOS, Marco Antonio, *La Academia de Letrán*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2004, 89 pp. (Colección de bolsillo 23).
- CARNER, Françoise, "Estereotipos femeninos en el siglo XIX" en Carmen Ramos Escandón *et al.*, *Presencia y transparencia: La mujer en la historia de México*. México: El Colegio de México, 1987, pp. 95-109.
- CARRILLO Y GARIEL, Abelardo, *El traje en la Nueva España*. México: INAH, 1959, 207 pp.
- CASTILLO GRAJEDA, José del, *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catarina de San Juan*. Presentación: Manuel

- Toussaint. México: Ediciones Xóchitl, 1946, 213 pp.
- CORCUERA DE MANCERA, Sonia, “Cuando la historia se vislumbra a través del grabado” en *Recuerdos de México. Gráfica del siglo XIX*. México: INBA-SEP-BM, 1987, 127 pp.
- CÓRDOBA RAMÍREZ, Diana Irina, *Manuel Payno: los derroteros de un liberal moderado*. México: El Colegio de Michoacán, 2006, 307 pp. (Colección Premio Luis González y González).
- COSTELOE, Michael P., *La primera República federal de México (1824-1835) (Un estudio de los partidos políticos en el México independiente)*. México: FCE, 1975, 492 pp.
- , *La República central en México, 1835-1846. “Hombres de bien” en la época de Santa Anna*. Traducción de Eduardo L. Suárez. México: FCE, 2000, 407 pp.
- COVARRUBIAS, José Enrique, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*. México: UNAM-Instituto Mora, 1998, 181 pp.
- CROCI, Paula y Alejandra Vitale (compiladoras). *Los cuerpos dóciles; hacia un tratado sobre la moda*. Argentina: La Marca, 1993, 175 pp. (Colección: Cuadernillos de géneros).
- CRUZ DE AMENÁBAR, Isabel, *El traje. Transformaciones de una segunda*

- piel*. Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995, 200 pp.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*. Sexta edición corregida y aumentada. México: Editorial Porrúa, 1995, 4 volúmenes.
- DRUCKER, Susana, *Cambio de indumentaria. La estructura social y el abandono de la vestimenta indígena en la villa de Santiago Jamiltepec*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1990, 143 pp.
- DUCLAS, Robert, *La vie quotidienne au Mexique au milieu du XIXème siècle*. Préface de François Chevalier. Paris: L'Harmattan, 1993, 272 pp. (Recherches & Documents Ameriques Latines)
- ENTWISTLE, Joanne, *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*. Traducción: Alicia Sánchez Millet. España: Paidós, 2002, 309 pp.
- ESPARZA LIBERAL, María José e Isabel Fernández de García-Lascuráin, *La cera en México. Arte e historia*. Prólogo: Teresa Castelló Yturbe. México: Fomento Cultural Banamex, 1994, 253 pp.
- FLORESCANO, Enrique *et al.*, *Historia general de México 2*. México: El Colegio de México, 1976, 446 pp.
- GALÍ BOADELLA, Montserrat, *Historias del bello sexo: la introducción del Romanticismo en México*. México: UNAM-Instituto de

Investigaciones Estéticas, 2002, 548 pp. (Estudios y fuentes del arte en México 72).

GIBSON, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*. 6ª ed. Traducción de Julieta Campos. México: Siglo XXI, 1981, 531 pp.

GÓMEZ ROBLEDA, José, *Imagen del mexicano*. México: SEP, 1948, 89 pp.

GONZÁLEZ MONTES, Soledad y Tuñón Julia (comps), *Familias y mujeres en México: del modelo a la diversidad*. México: El Colegio de México, 1997, 280 pp.

GRAFENSTEIN GAREIS, Johanna von, *Análisis de la estructura de clases en la sociedad mexicana postindependiente (1821-1854)*. Tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos. México: 1983, 130 pp.

GRAJALES PORRAS, Agustín, “La China Poblana: Princesa India, Esclava, Casada y Virgen, Beata y Condenada” en Eva Alexandra Uchmany, *México – India. Similitudes y encuentros a través de la historia*. México: FCE, 1998, pp. 104-135.

GUTIÉRREZ, Ramón A., *Cuando Jesús llegó, las madres del maíz se fueron. Matrimonio, sexualidad y poder en Nuevo México, 1500-*

1846. Traducción de Julio Colón Gómez. México: FCE, 1993, 428 pp. (Sección de Obras de Historia).

HERNÁNDEZ, Marco Polo, “Las raíces africanas omitidas del charro y la china mexicanos” en Marco Polo Hernández Cuevas, *África en el carnaval mexicano*. Prólogo de Ian I. Smart. México: Plaza y Valdes, 2005, pp. 111-130.

HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence (editores), *La invención de la tradición*. Traducción castellana de Omar Rodríguez. Barcelona: Crítica, 2002, 319 pp.

ILLADES, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*. México: CONACULTA, 2005, 193 pp. (Sello Bermejo).

—, y Adriana Sandoval, *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa y Plaza y Valdés Editores, 2000, 148 pp.

ITURRIAGA, José E., *La estructura social y cultural de México*. Edición facsimilar. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2003, 254 pp. (Clásicos de la historiografía mexicana del siglo XX).

JIMÉNEZ CODINACH, Guadalupe, “El siglo brumoso: en busca de una identidad” en Roberto L. Mayer et al. *México ilustrado. Mapas*,

- planos, grabados e ilustraciones de los siglos XVI al XIX. Palacio de Iturbide. Abril-julio 1994. México: Banamex, 1994, pp. 33-49.*
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio, *Historia de la cultura en México. El virreinato*. 3ª ed. México: Editorial Cultura, 1960, 335 pp.
- KATZ, Friedrich, *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*. Traducción: María Luisa Rodríguez Sala y Elsa Buhler. México: CONACULTA, 1994, 250 pp. (Cien de México).
- LAU JAIVEN, Ana, *De usos y costumbres: aproximación a la vida cotidiana de las mujeres de la ciudad de México (1821-1857)*. Tesis de maestría en Historia. México: 1993, 271 pp.
- LECHUGA, Ruth D., *El traje de los indígenas de México su evolución, desde la época Prehispánica hasta la actualidad*. México: Panorama Editorial, 1991, 260 pp.
- LEÓN, Nicolás, *Catarina de San Juan y la china poblana. Estudio etnográfico-crítico*. Puebla: Ediciones Altiplano, 1971, 99 pp.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. 23ª ed. México: UNAM, 2003, 236 pp.
- , *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. Dibujos de Alberto Beltrán. México: FCE, 1961, 198 pp.

- LURIE, Alison, *El lenguaje de la moda. Una interpretación de las formas de vestir*. Traducción de Fernando Inglés Bonilla. España: Ediciones Paidós, 1994, 302 pp.
- MAZA, Francisco de la, *Catarina de San Juan princesa de la India y visionaria de Puebla*. Prólogo: Elisa Vargaslugo. México: CONACULTA, 1990, 119 pp. (Cien de México).
- MOMPRADÉ, Electra L. y Tonatiuh Gutiérrez, *Historia general del arte mexicano. Indumentaria tradicional indígena*. España: Editorial Hermes, 1976.
- MONTELEONE, Jorge, *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*. 2ª ed. Argentina: El Ateneo, 1999, 332 pp.
- MURIEL, Josefina, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*. México: UNAM-IIH, 1974, 260 pp. (Serie de Historia Novohispana: 24).
- MURRIETA, Ofelia y Roshni Rustomji-Kerns (coordinadores), *La china poblana. Artes de México*. Revista libro número 66. México: CONACULTA, 2003, 80 pp.
- NÚÑEZ BECERRA, Fernanda, *La prostitución y su represión en la ciudad de México (siglo XIX). Prácticas y representaciones*. España: Gedisa Editorial, 2002, 219 pp. (Biblioteca Iberoamericana de

Pensamiento).

ORTEGA Y MEDINA, Juan A., *México en la conciencia anglosajona 2.*

México: Antigua Librería Robredo, 1955, 160 pp. (México y lo mexicano 22).

ORTIZ ANGULO, Ana, *La pintura mexicana independiente de la*

Academia en el siglo XIX. México: INAH, 1995, 151 pp. (Colección Científica).

OTHÓN DE MENDIZÁBAL, Miguel *et al.*, *Ensayos sobre las clases sociales*

en México. 11ª edición. México: Editorial Nuestro Tiempo, 1982, 214 pp.

PÉREZ MONROY, Atzín Julieta, *La moda en la indumentaria: del barroco*

a los inicios del romanticismo en la ciudad de México (1785 – 1826). Tesis de doctorado en Historia del Arte. México: 2001, 500 pp.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo, *Estampas de nacionalismo popular*

mexicano. Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo. 2ª ed. México: CIESAS-CIDHEM, 2003, 237 pp.

PÉREZ SALAS, María Esther, *Costumbrismo y litografía en México: un*

nuevo modo de ver. México: UNAM, 2005, 371 pp. (Monografías de Arte 29).

—, “El costumbrismo del siglo XIX, origen del nacionalismo en la plástica mexicana” en Lilia Granillo (coordinadora), *Identidades y nacionalismos: una perspectiva interdisciplinaria*. México: GERNIKA-UAM, 1993, pp. 149-170 (Colección Ensayos 39).

PÉREZ SALAZAR, Francisco, *Historia de la pintura en Puebla*. Edición, introducción y notas de Elisa Vargas Lugo. Revisión y notas de Carlos de Ovando. México: UNAM-IIE, 1963, 246 pp.

PRIETO HERNÁNDEZ, Ana María, *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*. México: CONACULTA, 2001, 349 pp.

PUIGGARI, José, *Monografía histórica e iconográfica del traje*. México: Editorial Cosmos, 1979, 288 pp.

QUIRARTE, Vicente, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992*. México: Cal y Arena, 2001, 720 pp.

SALAZAR MONROY, Melitón, *La verdadera china poblana*. Puebla: s./ed., 1942, 26 pp.

SANTAMARÍA, Francisco, *Americanismo y barbarismo. Entretenimientos lexicográficos y filológicos*. México: Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, 1980, 272 pp.

SOUSTELLE, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de*

la conquista. 2ª ed. Traducción de Carlos Villegas. México: FCE, 283 pp.

SQUICCIARINO, Nicolás, *El vestido habla: consideraciones psico-sociológicas sobre la indumentaria*. Traducción: José Luis Aja Sánchez. España: Cátedra, 1990, 216 pp. (Colección: Signo e imagen).

STINETORF, Louise A., *La china poblana*. Estados Unidos: The Bobbs-Merrill Company, 1960, 256 pp.

SUÁREZ ARGÜELLO, Ana Rosa, "Viajando como prisionero de guerra. Ernest Vigneaux y su travesía por el México de Santa Anna" en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. Enero-junio 2004, pp. 35-59

Trajes regionales del Estado de Puebla, México: Gobierno del Estado de Puebla, 1980.

TOUSSAINT-SAMAT, Maguelonne, *Historia técnica y moral del vestido. 1 Las pieles*. Traducción Mauro Armiño. España: Alianza Editorial, 1990, 358 pp. (Sección: Libros útiles)

TUÑÓN, Julia, *El álbum de la mujer. Antología ilustrada de las mexicanas. Volumen III. El siglo XIX (1821-1880)*. México: INAH, 1991, 270 pp.

- , *Mujeres en México. Recordando una historia*. México: CONACULTA, 1998, 214 pp.
- VALDIOSERA BERMAN, Ramón, *3000 años de moda mexicana*. México: EDAMEX, 1992, 320 pp.
- VIGARELLO, Georges, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Versión española de Rosendo Ferrán. Madrid: Alianza Editorial, 1991, 323 pp.
- WECKMANN, Luis, *La herencia medieval de México*. México: FCE, 1996, 600 pp.

Sitios de internet

- AGUILAR CAMÍN, Héctor, “La invención de México” en *Nexos*, no. 172. México: julio de 1993, versión en línea: <http://72.14.253.104/search?q=cache:80NjJLu10FEJ:www.cepc hile.cl/dms/archivo_1844_164/rev55_aguil ar.pdf+la+invenci%C3%B3n+de+mexico&hl=es&ct=clnk&cd=1&gl=mx> Última fecha de consulta: 25/09/2006, 11:00 horas.
- AGUILAR CUESTA, Gil, “El traje de China poblana un símbolo nacional”, en <<http://www.elemp lumado.com.mx/articulos.htm>> Última fecha

de consulta: 13/11/2006, 11:43 horas.

AGUILAR OCHOA, Arturo, "La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana (1837-1849)" en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 76, 2000. Versión en línea: <http://www.analesiie.unam.mx/pdf/76_113-142.pdf> Última

fecha de consulta: 26/05/2007, 18:22 horas.

Códice Mendocino, versión en línea: <http://redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/proyectos/tlacuilos_pergaminos_oto2006/acti02.htm>

Última fecha de consulta: 14/10/2007, 12:24 horas.

CRESPO OVIEDO, Luis Felipe, "Políticas culturales: viejas tareas, nuevos paradigmas", versión en línea:

<<http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/derycul/cont/9/ens/ens3.pdf>> Última fecha de consulta: 13/10/2007, 14:24 horas.

CRUZ SOTO, Rosalba, "Las publicaciones periódicas y la formación de una identidad nacional", versión en línea:

<http://www.ejournal.unam.mx/historia_moderna/ehm20/EHM02001.pdf> Última fecha de consulta: 9/11/2006, 14:54 horas.

Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española.

Versión en línea:

<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtile?cmd=Lema&sec=1>.

[0.0.0.0. RAE](#) Última fecha de consulta: 11/01/2007, 10:32 horas.

ENRÍQUEZ VALENCIA, Raúl, “El siglo XIX mexicano: una lectura sacrificial”, versión en línea: <<http://antcritica.tripod.com/id23.html>> Última fecha de consulta: 13/10/2007, 15:22 horas.

GARAVAGLIA, Juan Carlos y Juan Carlos Grosso, “Criollos, mestizos e indios: etnias y clases sociales en México colonial a fines del siglo XVIII”, en *Secuencia*, nueva época número 29. Mayo-agosto, 1994, pp. 39-80. Versión en línea: <http://www.institutomora.edu.mx/secuencia/pdf/29/29_03.pdf> Última fecha de consulta: 13/10/2007, 16:08 horas.

GARCÍA SAIZ, María Concepción, *Las castas mexicanas. Un género pictórico americano*. Versión en línea: <<http://www.iteeinflamate.com/updat/1123114980.pdf>> Última fecha de consulta: 26/05/2007, 18:34 horas.

GONZÁLEZ, Alicia M., “La olvidada influencia asiática” en <<http://muweb.millersville.edu/~columbus/data/art/GONZALE2.ART>> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 11:48 horas.

GUTIÉRREZ, Natividad, “Mujeres patria-nación. México: 1810-1910.” en *La ventana*, núm. 12, 2000. Versión en línea:

<<http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/laventan/Ventana12/ventana12-7.pdf>> Última fecha de consulta:13/11/2006, 11:15 horas.

LARA, María Eugenia de, “La indumentaria, del Imperio al Porfiriato”, versión en línea:
<http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/cultura_y_sociedad/arte_popular/detalle.cfm?idcat=3&idsec=16&idsub=72&idpag=1978> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 12:15 horas.

LUNA PARRA, Georgina, “La china poblana” versión en línea:
<http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/cultura_y_sociedad/fiestas_y_tradiciones/detalle.cfm?idcat=3&idsec=15&idsub=63&idpag=2751> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 11:32 horas

ORTEGA MORÁN, Arturo, “¡Hasta que me cayó el veinte! : La china poblana”. Versión en línea:
<http://www.elporvenir.com.mx/notas.asp?nota_id=31144> Última fecha de consulta:13/11/2006, 11:36 horas.

PALOMAR, Cristina, “El papel de la charrería como fenómeno cultural en la construcción del Occidente de México”, en *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 76, abril de 2004.

Versión en línea:

<http://www.cedla.uva.nl/60_publications/PDF_files_publications/76RevistaEuropea/76Palomar.pdf> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 11:13 horas.

PÉREZ ESCAMILLA, Ricardo, “Tres visiones artísticas” Versión en línea:

<[PÉREZ SALAS C., María Esther, “Genealogía de *Los mexicanos pintados por sí mismos*” versión en línea:](http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/cultura_y_sociedad/arte/imprimir.cfm?idsec=14&idsub=56&idpag=997&w=z?mail=>=> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 12:20 horas.</p></div><div data-bbox=)

<http://historiamexicana.colmex.mx/pdf/13/art_13_1872_16019.pdf> Última fecha de consulta: 26/05/2007, 18:27 horas.

ROMERO GIORDANO, Carlos, “La herencia del Galeón de Manila”, en

México desconocido, No. 320, 2003. Versión en línea:

<<http://www.mexicodesconocido.com/espanol/historia/colonia/imprimir.cfm?idsec=2&idsub=13&idpag=4697&w=z>> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 11:57 horas.

SALOMA GUTIÉRREZ, Ana, “De la mujer ideal a la mujer real. Las contradicciones del estereotipo femenino en el siglo XIX.” en *Cuicuilco*. Enero-abril, año/vol. 7, num. 018. México, Escuela

Nacional de Antropología e Historia, 2000. Versión en línea:
<<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/351/35101813.pdf>> Última
fecha de consulta: 17/01/ 2007, 15:24 horas.

SANCHEZ-GUILLERMO, Evelyne, “Nacionalismo y racismo en el México
decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados”, en *Nuevo
Mundo Mundos Nuevos*, Número 7 - 2007. Versión en línea:
<<http://nuevomundo.revues.org/document3528.html>.> Última
fecha de consulta: 13/10/2007, 15:43 horas.

SIGÜENZA OROZCO, Salvador, “Del mariachi y la china poblana como
identidad nacional en el siglo XX a lo diverso y heterogéneo en el
siglo XXI”, en *Desacatos*, primavera-verano, número 009.
Versión en línea:
<<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/139/13900913.pdf>> Última
fecha de consulta: 13/11/2006, 11:39 horas.

SUGAWARA HIKICHI, Masae, “La Independencia y las clases sociales: un
ensayo de interpretación”, en *Estudios de historia moderna y
contemporánea de México*, volumen 12. Versión en línea:
<<http://www.iih.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc12/149.html>>
Última fecha de consulta: 13/10/2007, 12:45 horas.

“Un artículo de modas” en *Panorama de las señoritas. Periódico*

pintoresco, científico y literario. México: Imprenta de Vicente García Torres, 1842, p. 173. Versión en línea: <<http://lyncis.dgsca.unam.mx/literaturasxix/revistas/panorama/psm60.pdf>>. Última fecha de consulta: 12/05/2006, 14:00 horas.

VÁZQUEZ MANTECÓN, María del Carmen, “La china *mexicana*, mejor conocida como china poblana” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, número 77, 2000. Versión en línea: <http://www.analesiie.unam.mx/pdf/77_123-150.pdf> Última fecha de consulta: 13/11/2006, 11:33 horas